

Crónicas de la rebeldía
y el saber popular
FRUTO VIVAS

Fundación Editorial



elperroy larana

© 1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (versión digital)
© 1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2008 (versión impresa)

©Fruto Vivas

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21. El Silencio,

Caracas - Venezuela.

Teléfonos: 0212-7688300 / 0212-7688399

CORREOS ELECTRÓNICOS

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

PÁGINAS WEB

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

REDES SOCIALES

Facebook: Editorial perro rana

Twitter: @perroyranalibro

EDICIÓN AL CUIDADO DE:

Carolina Brito

David Herrera

Juan Pedro Herraiz

Dileny Jiménez

Patricia Roselló

Carlos Zambrano

ILUSTRACIONES

Richard León y Fruto Vivas

IMAGEN DE PORTADA

Don Luis Zambrano. Cortesía del autor

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal:DC2017000859

ISBN: 978-980-14-3735-2

Fundación Editorial



elperroylarana

Crónicas de la rebeldía *y el saber popular*



Crónicas de la rebeldía *y el saber popular*

FRUTO VIVAS



Es el saber popular que encierra todo el saber

COPLA LLANERA

*Mientras haya un miserable sobre la Tierra,
¡de aquí no se salva nadie!*

LEÓN FELIPE

*Dedicado a todos los creadores populares aquí presentes
y a todos los que se inmolaron durante los años sesenta en
pos de un sueño todavía inconcluso*

Al maestro Enrique Hernández

Al cineasta Mario Nazoa

A Douglas Bravo

A Elegido Sivada-Magoya

A Camarita, comandante Zamora

A Eneidi, esposa de Sergio Baroni

A Monna Gutiérrez

*A mis dos secretarias, que me dedicaron horas sin dormir para transcribir estos
manuscritos: Lisbeth Ortiz y Lee Jane Pérez*

PRESENTACIÓN

“Crónicas de la rebeldía”, “Recorriendo el país”, “Reflexiones sobre arquitectura”, “Crónicas verdes”, “Reflexiones sobre la guerra” y “El saber popular” son títulos que componen la obra *Crónicas de la rebeldía y el saber popular* constituye un entramado arquitectónico a los muy variados artículos y crónicas que acoge este libro. Textos heterogéneos que reflejan, unos, cuanto ha atesorado mi memoria de un andar itinerante a través de los primeros y convulsos años sesenta hasta llegar a la actualidad, otros, también, sobre unos cuantos creadores populares que han estado presentes en nuestra historia. Algunas crónicas proceden de mis años de estudiante; otras, del proceso mismo de la guerrilla revolucionaria entre los años 1960 al 1977.

Personajes desconocidos por la historia presente de nuestro país, como Rolando Maffi, el partisano que dirigió el fusilamiento de Benito Mussolini y su compañera, naturalista y cartógrafa que vivió con los Barí, o como Tulio Bayer, legendario guerrillero, escritor y médico colombiano que, junto a Ricardo Gómez “el Bobayo”, emprendió allá por el año 60 las primeras escaramuzas de la Guerra Revolucionaria en el Guaviare colombiano. Anécdotas como la del elegido Sivade (Magolla) y el camarita Zamora, comandantes de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional de Venezuela, alzados en el llano, o Douglas Bravo dando sabias lecciones. La historia real de una guerrillera colombiana infiltrada en Casigua donde, junto a Alfredo Maneiro, compartimos momentos sublimes del inicio de un sueño revolucionario. Allí conocimos al “Quinto comunista”, una niña de seis años que, dirigida por su madre, guerrillera, analfabeta, pintaba con

carbón en las paredes del pueblo: “Rómulo, renuncia”, “Rómulo, marico”... aquellas consignas de los años duros de la democracia representativa.

Presentes también en estos textos, en la memoria, en una realidad no tan lejana, grandes inventores populares salidos del corazón de la montaña, uno construyendo aviones y helicópteros que sí llegaron a volar, y otro que, con turbinas realizadas por él mismo, hizo llegar la luz a casi todos los pueblos de la montaña, mucho antes de la llegada de las grandes plantas eléctricas... el viejo don Vicente Zambrano de las montañas de Boconó y don Luis Zambrano, doctor honoris causa de la Universidad de los Andes, con solo cuarto grado de instrucción, metido en las montañas de Tovar y Bailadores, estado Mérida.

Y por si fuera poco para quien quiera acompañarme en este periplo vivencial, encontrará poesía de mi creación, llena de todo mi dolor por el genocidio de Irak cometido por el imperio *yankee* en 1991 y 1995.

Finalmente, espero que el lector se aproxime por mucho de lo que ha sido mi vida, pero también parte de la suya; ya solo una indicación más: falta en estas líneas un reconocimiento a don Carlos del Pozo, de Calabozo, estado Guárico, inventor de la electricidad para 1802, mucho antes que Volta, y referido por Humboldt en su *Viaje a las regiones equinocciales*.

F. V.

CREDO

Homenaje a Aquiles Nazoa

Creo en Dios Pueblo Todopoderoso
creador del Cielo aquí en la Tierra
inventor de la música de las campanas
y de las misas de aguinaldo.
Creo en los cohetes que estallan en la noche
para poner una fábrica de estrellas.
Creo en las manos que amasan el barro,
en las abuelas que hacen la mazamorra
mientras cantan canciones de cuna.
Creo en los niños pobres
porque pueden fabricar ilusiones.
Creo en Dios Pueblo
que ilumina el camino con sus procesiones
que cree en la Divina Pastora
y que llora cada año
cuando crucifican a Cristo.
Creo en ti, Pueblo
porque estás en lo más íntimo de mis huesos
y estás dentro de mí
por los siglos de los siglos.

Amén.

YO CONOCÍ LOS ÁRBOLES

*A mi negrita, que es lo mismo
que a todos los niños del mundo...*

Yo conocí los árboles
tal vez nadie quizá sepa
que una vez existieron
y tampoco sepan
qué era un árbol
yo presencié su muerte,
es cierto,
¡terriblemente cierto!
pero primero quiero explicarles
cómo eran.
Es muy difícil describirlos
pues, incluso, el color que tenían
ya no existe.
Ellos inventaron ese color.
Y ellos se lo llevaron con su muerte,
el oxígeno que nos permite vivir
lo produjeron ellos
cuando aun esta estrella helada
en torno a la que giramos
tenía fuego,
hoy lo traemos de las

galaxias más lejanas
en cápsulas atómicas.
Estas rocas ennegrecidas tienen
aún las huellas grabadas
de sus formas extrañas...
estaban asidas a la tierra y se movían
con el viento como unas bailarinas
y su color es fosforescente
y todos los años se llenaban
de mil colores
como chispas eléctricas
cuando chocan los rayos láser
e inundan el aire
de mágicos perfumes.
Entonces, no teníamos
escafandras de ámbar
y podíamos besarnos en la boca.
Después, cuando venía el verano
podíamos comer unas formas extrañas
y llegaban volando naves vivas que
se movían como nuestros vehículos celestes.
Esas naves eran como nosotros
unas diminutas con alas transparentes
y otras radiantes y
veloces que compartían
la comida que les daban los árboles
cuando estaban juntos,
sabían vivir y compartían el mundo
con nosotros...
A los árboles tan solo se les oía
cuando los movía el viento...
después, no sé cuándo, alguien inventó
el hacha
después el fuego...
y ya no nos comíamos lo que nos daban,

sino que comenzamos
a tumbarlos, a darles fuego,
hasta que un día,
unos que eran dueños de todo,
decidieron para cuidar sus fábricas
todo lo que habían inventado
y robado a otros,
lanzar la bomba de neutrones
que solo acaba con la vida.
...Apenas tuvimos
tiempo de enterrarnos vivos
de meternos bajo estas rocas negras
y con estas mismas escafandras
logramos volver a salir otra vez
sobre el planeta.
Entonces, no había nada viviente,
todas las fábricas intactas
con cerebros electrónicos movidos
desde un planeta hueco, artificial
a control remoto,
en manos de aquella pandilla de asesinos.
... Los que quedamos no podíamos vernos
las caras, pues
nuestras caretas de cristal
estaban empañadas de lágrimas
y a los que iban naciendo
yo les dije: —Entonces, era hermosa la vida
cuando yo conocí los árboles
—pero aún más doloroso,
no contentos con haber automatizado
la Tierra
quisieron saltar a otra galaxia
fue así como estalló la tierra,
en una inmensa bola de hidrógeno
igual al Sol que conocí cuando era niño...

... Hoy ya no existe y estas palabras
que oyen los seres de algún planeta lejano
donde estas condiciones para
la vida se haya dado,
son de una grabación que flota perdida
en el espacio cósmico
de pronto, oigo unas campanas al vuelo
y una sinfonía de cantos extraños
me llena de una inmensa alegría...
siento que no puedo abrir los ojos
porque una luz irisada me encandila
y un aroma de eucaliptos y jazmines
me llena los pulmones,
una algarabía de risas de niños que corren
tras una mariposa, me despierta.
Salto a la ventana
toco todas las hojas.
Miro el verdor de Terepaima
tomo a mis hijos
y por entre los helechos de Dafne
grito: —¡ Estamos vivos !
Miro entre los cerros, que
unos niños descalzos
y harapientos juegan en una charca
y veo que ahora más que nunca
tiene más sentido mi vida
luchar hasta vencer.

Fruto Vivas escribió estos textos el 24 de junio de 1978;
estaban extraviados hasta que fueron localizados, hace
apenas unos días, en la Biblioteca Pública Pío Tamayo

LA ORACIÓN DEL ÁRBOL

¡Ser humano!
¡protégeme!

Junto al aire puro
de la mañana al crepúsculo
yo te ofrezco
aroma, flores, frutos y sombra.

Si aun así no te basta
doblégome ante ti y te doy
protección para tu oro
papel para tus billetes
techo para tu abrigo
leña para tu calor
mesa para tu pan
lecho para tu reposo
apoyo para tus pasos
bálsamo para tu dolor
altar para tu oración
y te acompañaré hasta la muerte.
Ruégote: ¡NO ME MALTRATES!
WALTER ROSSI.

¡BAGDAD!

Hoy salgo de un cuento de las Mil y una noches
a caminar las calles de Bagdad
buscando recorrer los velos
buscando los ojos rasgados más bellos de la especie humana.
Solo quedan harapos sobre las piedras ahumadas
minaretes destruidos por las bombas
zigurats que una vez tuvieron sus jardines colgantes
de una Babilonia que solo existió en sueños.
De aquel paisaje de torres redondas con
cebollas de oro y alféizares de cerámicas
multicolores solo quedan cenizas.
¿Quiénes fueron capaces de
borrarte Bagdad tu rostro misterioso
alucinante, milenario?
¿Por qué? Los mismos asesinos que
saquearon los tesoros de la India encabezados
por un regordete baboso llamado Winston Churchill,
los mismos que mordieron el polvo con Douglas Mc.Arthur
en los arrozales de Corea, los mismos que
cayeron en las trampas con púas llenas de mierda
en los pantanos de Vietnam, ya que antes
Sandino les había hecho el corte de chaleco
por osar pisar las tierras heroicas de Rubén Darío
y Simón Bolívar los había sentenciado
como la plaga más inmundada de la especie humana.
Los que invadieron impunemente el pueblo de Granada

y ocuparon Santo Domingo, y hace apenas
un año aún fresca está la sangre de
los niños de Chorrillos y san Miguelito asesinados
con rayos láser con la excusa de buscar
un narcotraficante, justamente en Panamá
la República de Colombia, donde Bolívar quería
fundar la capital del Nuevo Mundo
ante el estupor de ver a Carlos Andrés Pérez
cohonestar este monstruoso crimen llevando
al asesino a visitar la tumba de Bolívar
quizás la más grande ofensa para América
irredenta, y después votar en la ONU para
buscar entre las ruinas de los tesoros
de Bagdad a Sadan Hussein.

Qué inmensa vergüenza para los que sobrevivimos
¡Bagdad! ven a llorar conmigo junto
a las ruinas de san Miguelito o a las puertas
de la fortaleza de Ozama, donde cayeron cientos
de patriotas dominicanos o en las playas de
Granada Heroica junto a los restos
carbonizados por la radioactividad de
Hiroshima y Nagasaki.

Sí, Bagdad, Hiroshima, donde se han
sumado los que ayer con el corazón pararon
en Stalingrado a las hordas fascistas.

Hoy lloro también a Stalingrado, a Berlín
a Hamburgo en llamas con las madres
hirviendo en calderos de fósforo encendido.

Hoy lloro con dolor a Bagdad.

Bagdad de mis sueños de niño
de mis primeros cuentos de hadas.

Bagdad de las Mil y una noches.

¡Saca tu lámpara Aladino!

Y devuélvenos al genio del amor y de la vida
al genio de la esperanza.

Saca tu lámpara y borra para siempre a los responsables de tal barbaridad.
Borra el tiempo
y llena el Universo de flores amarillas
y niños danzando
y de estrellas que alumbren el amanecer.

Crónicas de la rebeldía



MARARITO. LOS PRIMEROS PASOS DE LA LUCHA ARMADA, 1960.

Donde ronca tigre no hay burro con reumatismo

Al inicio de los años 60, el Partido Comunista de Venezuela organiza en muchos campos del país los Frentes por el Derecho al Pan, para luchar por la tierra. Uno de esos frentes quedaba en un poblado cerca de Ocumare del Tuy en el estado Miranda.

El camarada Villa Paredes, del radio de Petare, nos informó que en el poblado de Mararito unos doscientos campesinos tomaron una hacienda abandonada y crearon un Frente por el Derecho al Pan. Había que formar brigadas urbanas para solidarizarse con ellos.

En la escuela de Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela habíamos construido una unidad o taller de arquitectura denominado Taller 8, cuyo programa, para el momento político que vivía el país, era la reforma agraria, meta de algunos partidos políticos. Hicimos una asamblea en el Taller 8 que tenía unos cincuenta alumnos de arquitectura y propusimos que profesores y alumnos nos fuéramos los fines de semana a colaborar con los campesinos. Aún no se habían formado los campos guerrilleros.

Y fue así como llenamos nuestros morrales con hamacas y comida y en una romería de carros llegamos un sábado a Mararito, la hacienda que había sido ocupada por los campesinos, y nos reunimos con ellos para programar nuestro trabajo solidario. Inspeccionamos la hacienda y

descubrimos un antiguo tejtar con un horno abandonado, esa fue nuestra primera tarea: limpiar el sitio del horno, buscar la mina de barro para hacer ladrillos, tejas y losetas para que los campesinos reaprendiesen esas técnicas, así como caldear el horno, acomodar los ladrillos y comenzar las quemas en horno pampa, como se llama. Construimos con bambú un pequeño taller y en trabajo compartido con los campesinos techamos nuestro “campamento-taller”.

Eran tiempos heroicos marcados por la epopeya de la Revolución Cubana que ya cumplía tres años, y nuestra meta política era crear una comunidad autónoma al estilo socialista, donde todo fuera de todos. Los sábados hacíamos reuniones de toma de conciencia y de tareas organizativas para poner en producción la hacienda.

Un domingo reunimos a todas las familias y en un área propuesta diseñamos el poblado. Para consolidar la ocupación llevamos a un viejo camarada, de los primeros comunistas, de una gran sabiduría y experiencia, para que orientara a los “aprendices de brujo” que éramos nosotros. Hicimos un acto simbólico de fundación del poblado sembrando un árbol —un samán— y una bandera.

El camarada nos dio una extraordinaria lección: todas las comunidades campesinas de la región pertenecían a un movimiento llamado “La hoyonera”, que había sido dirigido por un campesino comunista llamado Manuel Ramón Oyón, ya fallecido. Nos cuenta el camarada que el propósito de Oyón era que todos los campesinos tuvieran tierra, que esto no era una revolución comunista sino una revolución agraria, tierra para todos, pero tierra en propiedad, no colectiva. Nosotros, envenenados por un ultraizquierdismo, soñábamos con las primeras comunas colectivas y Manuel Ramón Oyón, líder campesino y comunista, pensaba en algo más realista, tierra para todos pero en propiedad para cada uno. A los campesinos no nos costó nada convencerlos porque todos eran de “La hoyonera”, así que la primera decisión fue repartir la tierra en parcelas iguales para cada campesino.

Un sábado llegamos todos los estudiantes y profesores con el camarada asesor y nos encontramos que los dueños habían traído unas quinientas reses a la finca para recuperarla, ya que la Ley de Reforma Agraria no permitía ocupar haciendas en producción. Llegaron los vaqueros y los ordeñadores, y los campesinos se quedaron con nosotros reunidos como mirones en un momento de gran desencanto.

Por la noche el líder campesino Vitelio se nos acerca a mí y al viejo camarada, y nos dice en secreto: —No se preocupen, que mañana no amanece ni una sola res en los potreros. Efectivamente, al amanecer, desde lo alto del campamento divisamos que en toda la hacienda no había reses. ¿Dónde se fueron? Vitelio con su picardía expresó una sentencia del decir popular:

—“Donde ronca tigre no hay burro con reumatismo”. Este es un secreto pero a ustedes se lo voy a decir: pasamos la noche recorriendo todos los postes de la cerca y les untamos manteca de tigre, porque nosotros sabíamos que las reses le huyen al tigre; así que les dejamos abiertos los portones y se fueron por las calles del pueblo de Ocumare, las cuales amanecieron llenas de ganado, con camiones de la Guardia Nacional arreándolas, pero sin poderlas meter en la hacienda.

Al mediodía llegaron a la hacienda más de cuarenta soldados de la Guardia Nacional, fusil en mano, y se formaron al pie de un samán, frente al campamento; desde allí llamaron por megáfono a Vitelio, que era el líder campesino. Los otros campesinos, más de doscientos, casi todos vestidos de blanco por ser domingo, machete en mano hicieron lo mismo del otro lado del samán.

Era una escena cinematográfica, el comandante de la Guardia llamó a Vitelio y ambos avanzaron serenamente hasta el pie del samán sin decir una sola palabra.

De pronto, Vitelio alzó el machete y de un solo tajo cortó una gruesa rama del samán; todos los campesinos alzaron sus machetes, y el

comandante, sin decir una palabra, sabiendo que no podía hacer nada —cuarenta fusiles y una pistola contra doscientos machetes— dio orden de retirada y todos los campesinos blandieron sus machetes unos contra otros en una hermosa algarabía.

Se había ganado una primera escaramuza revolucionaria apoyada por el arma más poderosa del pueblo: *el saber popular*.

Nota: los campesinos conquistaron la tierra repartida en parcelas y una valiente camarada estudiante de arquitectura, Beatriz Hidalgo, se quedó a vivir con ellos; periódicamente viajábamos a llevarles armas, para crear las unidades armadas de autodefensa, en caso de agresión. Así comenzó la epopeya de la lucha armada. Acciones similares sucedieron en todo el país.

La reforma agraria fue un estruendoso engaño político, hoy hay una luz en el horizonte con la política de dar todo el poder al pueblo y con la creación de los consejos comunales. Les toca a los campesinos organizar y hacer verdad ese poder.

“HOY ES UN DÍA PARA MORIR”

31 de diciembre de 2005-04 de enero de 2006

Estas páginas están dedicadas a un revolucionario cabal, partisano, que pasó la Segunda Guerra Mundial en las montañas del norte de Italia combatiendo contra las hordas fascistas de Mussolini y Hitler, y que tuvo el histórico papel de estar en el pelotón de fusilamiento del dictador italiano y la Petachi, formado por la columna de partisanos que él comandaba. Una calle de su pueblo natal lleva su nombre: Rolando Maffi, alias Berto.

Berto, como lo llamamos siempre, era un comunista vertical, estudioso crítico, y es por esa militancia comunista que voy a su encuentro, en Caracas, 1960, cuando se desencadena la tempestad revolucionaria en Venezuela.

Para ese año se crea en Caracas la Universidad Popular Ezequiel Zamora bajo la dirección del filósofo y revolucionario Pedro Duno, donde nos damos cita con lo más puro del pensamiento revolucionario y donde se forjan los pensamientos que habrán de nutrir nuestras primeras experiencias revolucionarias. Todos surge de algo que había sucedido en la lejana Unión Soviética y en el caldero ardiente y contagioso de la Revolución Cubana, el recuerdo cercano de la gesta histórica de Augusto César Sandino en Nicaragua y Farabundo Martí en El Salvador, la insurgencia creciente en Colombia con José de la Cruz Varela, Cheito Velásquez y muchos otros heroicos combatientes que consolidaron repúblicas revolucionarias.

En medio de este calor prerrevolucionario se crean los primeros frentes de combate, con Argimiro Gabaldón, en Lara; Juan Vicente Cabezas, en Trujillo; Fabricio Ojeda, Pedro Duno y muchos más entran a formar parte de los primeros contingentes que van a desafiar los poderes de turno. Douglas Bravo se alza en Falcón y se crean las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional. Nosotros con mis compañeros de arquitectura –Juan Pedro Posani, entre otros– formamos brigadas de trabajo comunitario con los recién creados Frentes por el Derecho al Pan, por el Partido Comunista, y todos los sábados nos vamos a Mararito, estado Miranda, a crear bases estables con los campesinos para establecer comunidades autosustentables con el sueño de construir sus viviendas, sus acueductos, sus centros de producción; igualmente en las montañas de Guárico con Ibrahim López García, ingeniero y científico, con brigadas de médicos compartimos momentos hermosos con los campesinos organizados que habían tomado las tierras y que prácticamente eran actos revolucionarios, de alto valor. Allí se hablaba de organización, de producción y de prepararse para resistir si venían a ser desalojados: por allí se apuntaba hacia la confrontación con el poder existente.

Una colega arquitecto de la brigada se vino a vivir a Mararito con los campesinos y a consolidar la lucha; su nombre: Beatriz Hidalgo. Compramos armas a coleccionistas y les dimos armamento a los campesinos para el caso de que fueran agredidos por el ejército. Eran unidades de auto-defensa, no de combate. Por allí entré al mundo de la revolución armada, y fue así como se hizo necesario el conocimiento de producción y uso de armas populares; conocíamos toda la experiencia del Che Guevara en Cuba y el ingenio de los guerrilleros latinoamericanos en la producción de armas simples de combate.

Para ese momento yo era militante del Partido Comunista de Venezuela y es de este modo como solicito información de un camarada, Gerónimo Carrera, de la dirección del partido, para que nos oriente en la producción de armamento popular, y es él quien me pone en contacto con Berto, nos dice que es un guerrillero italiano con gran experiencia. Me voy con una compañera de Mararito que editaba toda la propaganda

revolucionaria, Tamara Marosu, a conocer y tratar con Berto; cuando tocamos la puerta, nos salta un joven chimpancé y persigue a Tamara que sale huyendo, oímos los gritos de Berto: —¡Gaspar, Gaspar! El chimpancé regresó a la casa y se metió en su jaula. Al fin, entonces, nos sentamos con Berto y comenzamos a descubrir que estábamos frente a un ser excepcional, fuera de serie.

No puedo olvidar ese primer contacto con Berto. Nos sentamos a la mesa y le ordené a Gaspar que nos trajera Pepsi Cola, el chimpancé abrió la nevera, abrió las botellas, las puso sobre la mesa y volvió solo a su jaula donde tenía papel *toilette* para su aseo. Berto sacó un grueso libro de animales y plantas, toda la información y textos de *El origen de las especies* de Darwin. Era un estudioso profundo del proceso de la vida en la naturaleza. Había ido donde Berto a hablar de armamento ligero y de lo que hablamos fue de la vida integral e insólita de un naturalista a quien la vida y las circunstancias hicieron guerrillero en las montañas de Italia en la lucha contra el fascismo.

Berto, ¿cuál es tu profesión? ¿por qué vives con un chimpancé y otra jaula llena de distintos animales?:

—Soy cartógrafo al igual que mi hijo, somos naturalistas estudiosos de las ideas de Darwin.

—Te contaré por qué vivo con un chimpancé: en mis estudios sobre la evolución en los animales quise conocer de cerca el comportamiento de una de las especies más cercanas al hombre, para lo cual, al terminar la guerra, me contraté como cartógrafo por la empresa TIAV en Venezuela. A mi paso por Nueva York, viajando con mi esposa y mi hijo, sufrí un infarto y fui internado en un hospital, de allí al recuperarme consulté con el cardiólogo cuáles deberían de ser las normas de mi vida para no morir de un infarto. El médico me dijo una sola norma: ‘Dedique su vida a luchar con tenacidad por lo que es su sueño más importante a realizar, concentre su pasión en ese sueño y aun cuando no lo logre, esta lucha le dará todo

el vigor para no morir jamás del corazón. Imagínese que corre tras la más bella mujer de su vida y corriendo tras ella vivirá para siempre.’

—Salí con mi esposa y mi hijo del hospital rumbo al zoológico de Nueva York y solicité la posibilidad de comprar un chimpancé bebé, le compramos ropa de niño y en todo el viaje a Venezuela lo hicimos pasar por un recién nacido, lo bauticé con el nombre de Gaspar, que hoy adulto comparte su vida con nosotros.

Cuando Berto hablaba con Gaspar imitaba sus movimientos y sus gestos, y parecía que era Berto el que se iba volviendo mono y no Gaspar hacerse hombre.

Hablamos por fin del armamento popular, en especial la construcción de moneros y bazucas, y llegó a ser nuestro asesor por unos años cuando se iniciaba en Venezuela la vorágine revolucionaria.

Algo curioso, cuando estaba escribiendo estas notas, un 4 de enero de 2006, y empezaba a desarrollar el momento en que a Berto le da el infarto en Nueva York, sentí fuertes dolores en el pecho, en las mandíbulas, suspendí la redacción y revisé un cartel donde tenía escritas las causas que producen un infarto. Acto seguido me tomaron la tensión, que había subido a 220. Fui inmediatamente a una clínica, a la sala de cuidados intensivos, donde en veinticuatro horas superé la crisis: era algo insólito en mi vida, la primera vez que sentía un dolor igual.

Era el año de 1963 y Berto llega a mi estudio en un estado de indignación que nunca había conocido. Berto, comunista cabal, me dijo:

—No resisto lo que acaba de suceder, en este momento la Unión Soviética acaba de romper relación con la República Popular China, que iniciaba con locura su era revolucionaria. Este es el inicio de la catástrofe de lo que han sido todos mis sueños, no quiero ver este colapso, vengo a despedirme, me voy a la selva a integrarme al mundo natural, a vivir con los que aún quedan aislados en un mundo mágico que nosotros desconocemos.

Muchos años después, por una carta enviada a una gran revolucionaria, Violeta Rofeé, supe exactamente la historia de su viaje a la selva.

Berto, cartógrafo de la TIAV, estaba con su hijo trazando la carretera que va de Maracaibo-Perijá al estado Táchira, pasando por la zona donde habita la etnia motilón —caribe, guerrera, irreductible—; y de pronto descubrió que el jalonero que lo auxiliaba en el estudio topográfico era un indio motilón integrado a nuestra civilización, pero que a la vez convivía con sus compañeros de etnia. Berto le preguntó si él podía irse a vivir con ellos en su mundo ancestral, el motilón le dice que sí, siempre que se despojara de todo lo que tenía y se fuera desnudo con él al asentamiento motilón. Así lo hace, llama a su hijo y le entrega todos los instrumentos de cartografía, su ropa, su reloj, sus zapatos y le dice: —Termina tú la carretera, estás preparado para hacerlo, que yo me voy con los motilones, no quiero ver el desastre que se avecina entre China y la Unión Soviética.

Estas etnias estaban en zonas petroleras de la empresa Shell y periódicamente había asesinatos de motilones para despojarlos de sus tierras y desarrollar los campos petroleros. Esto nos muestra el odio profundo a nuestra civilización, razones sobradas para estar en guerra permanente contra los invasores a sus tierras.

No tengo más noticias de Berto hasta el año 1970, cuando con una unidad guerrillera de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, donde yo militaba, en un recorrido por Péríja (estado Zulia) llegué a la hacienda de un viejo camarada: Farías. Él me conocía; al saludarnos, recordamos los años de lucha en las operaciones del Lago con Vicente García Ucejo, donde Farías formaba parte de nuestra unidad por los años 1961 y 1962. Farías me dijo: —Te tengo una noticia sumamente importante, por aquí pasó un guerrillero y camarada italiano que venía de vivir más de seis años con los motilones, se llama Berto y me dijo que quería verte, pero que por ahora no sabía dónde iba a vivir.

Hasta allí la última noticia de Berto, yo había regresado en 1969 en una unidad guerrillera que venía del exterior, entrando primero por las bocas de

Cocuína en Delta Amacuro y después por la Península de Paria para unirme a las unidades de combate de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional.

Las FALN entran en el proceso de pacificación en el primer gobierno de Rafael Caldera y, posteriormente, en el gobierno de Carlos Andrés Pérez, se me da el indulto que me permite reingresar a la vida civil.

Me vengo a Barquisimeto, donde vivía clandestinamente, construyo mi casa en Colinas de Santa Rosa y allí me van a visitar un grupo de teatreros, juglares, como yo los llamaba, bajo la dirección de Enrique León, para que yo les diseñe su teatro “Del Mocho Marín” para la Sociedad Dramática de Aficionados.

Cuando recibieron el proyecto en Maracaibo se reunieron en una pizzería y sucedió un cuento de Ripley: decidieron comprar un billete de lotería de La Chinita con la ilusión de que si se sacaban el primer premio, construirían el teatro que yo les había regalado. Efectivamente, se sacaron el primer premio y en esa locura me llamaron a Barquisimeto para decirme que el próximo domingo vendrían para montar en mi casa una obra de teatro de Moliere, *El médico a palos*. Invité a todos mis amigos y la casa se vistió de gala con un teatro improvisado con dos sábanas y los actores con todos sus atuendos. Antes de comenzar la obra les pedí decir unas palabras, dada la importancia de aquel gesto de los teatreros.

Y aquí viene la más insólita anécdota de Ripley por segunda vez: compuse un discurso sobre el amor, donde afirmaba que era lógico amar a una mujer, a un niño, a los padres, a una flor... que amar a un ser humano era uno de los sentimientos más hermosos, y fue así como comencé a relatar la historia de Berto, de cómo lo perdí en la selva de los motilones aunque sabía que había regresado... cuando en ese momento tocan con fuerza el portón de la casa y entra Berto con su inmensa sonrisa, nos abrazamos y comenzamos a llorar y mis últimas palabras del discurso fueron:

¡Hoy es un día para morir!

Epílogo

A partir de este encuentro feliz, Berto nos invitó a su finca, cerca de Acarigua, a una casa solariega llena de árboles y toda clase de animales; mis hijas disfrutaban con Berto hablándole de los animales y cuando quisieron montarse arriba de un caballo, él les dijo: —¿Les gustaría que un caballo se montara sobre ustedes? Había puercoespines, dantas, conejos, toda clase de aves, a los que Berto daba de comer boca a boca. Además, tenía por compañera una perrita que bebía cerveza con él todos los domingos.

Nos dijo: —Esperen que sean las seis de la tarde para que vean las bandadas de patos que vienen de la laguna de las Majaguas, duermen conmigo y al amanecer arrancan el vuelo hacia la laguna.

En mi segundo viaje a la finca nos encontramos que las dantas las habían matado los campesinos para comérselas, y en el centro del patio había un promontorio de piedras formando círculos con una tabla con el nombre de la perrita. Nos dijo él que había muerto de una borrachera y que todos los días la regaba con cerveza.

El hijo de Berto, en ausencia de este, se hizo cargo del mono Gaspar y lo trajo a la finca, pero Gaspar se escapaba una y otra vez hasta que la policía de Acarigua lo metió en un calabozo; entonces el hijo de Berto lo regaló al zoológico de Maracay.

No volví a ver más a Berto porque se había ido a Cumaná con su esposa. Supimos mucho tiempo después que había muerto octogenario, sin ninguna lesión en el corazón, de muerte natural, dejando plasmada una de las historias más hermosas de un ser humano, cabal, lleno de un vigor extraordinario y un comunista integral hasta su último aliento.

Años más tarde, al visitar con mis hijas el zoológico de Maracay, encontramos a un grupo de gente amontonada alrededor de una jaula donde un chimpancé acostado en una hamaca fumaba y hacía aros de humo, arriba de la jaula había un nombre: ¡Gaspar!

JULIO VERNE

RICARDO GÓMEZ... “EL BOBAYO”

Todas las anécdotas que contaremos en esta crónica sucedieron tal cual. Siendo Ricardo uno de los casos más insólitos de un revolucionario cabal, salido del corazón del Amazonas, con un conocimiento casi total de todas las etnias, de los ríos, de la historia del Amazonas venezolano, hablando todas las lenguas, un caso único de un militante comunista valiente, osado e incorruptible. Hoy todavía está en Puerto Ayacucho al frente del Partido Comunista, con un gallo rojo enorme montado sobre un Jeep.

Ya para los años sesenta conocía a Ricardo Gómez, quien nos pasaba informes precisos sobre las Nuevas Tribus que ocupaban centros importantes en el Territorio Amazonas, hoy estado Amazonas.

Para esa época se inician las primeras unidades guerrilleras: Douglas Bravo en Falcón, Fabricio Ojeda y Juan Vicente Cabezas en Trujillo, Argimiro Gabaldón en Lara, Ponte Rodríguez y Gabriel Puertas en Monagas y Francisco “Flaco Prada” en Apure.

Ricardo Gómez, “el Bobayo”, se une a las unidades comandadas por el Flaco Prada en el Arauca, estado Apure. El conocimiento que tenía Ricardo de la etnia de los yaruros era importante para la realización de las operaciones.

Ricardo cae preso en los llanos de Apure y lo llevan al cuartel del SIFA frente a Miraflores, en Caracas. Allí hace gran amistad con los guardias.

Es muy servicial y colabora con todo en el cuartel, pero no acepta esa forma de vivir, así que le pide al comandante que como él es indio quiere volver con los yaruros en Apure y lo mandan al Llano en un avión militar. Ricardo, entonces, junto a los indígenas yaruros, se vuelve a alzar organizando guerrillas con ellos.

Llega a Puerto Ayacucho y hace contacto con un guerrillero colombiano exilado en el Territorio Amazonas, y junto a otro guerrillero deciden organizar una unidad guerrillera en el Arauca colombiano. Los dos guerrilleros notables son el legendario Tulio Bayer y Minuto Colmenares, ambos con larga experiencia como guerrilleros en Colombia, quienes organizan su campamento cerca del aeropuerto de una población colombiana a orillas del Orinoco.

Escriben una declaración de Guerra Revolucionaria y la hacen llegar al Ejército colombiano. Aunque apenas cuentan con algunos indígenas y muy pocas armas, preparan una gran emboscada al Ejército, haciéndoles creer que estaban muy bien armados, y efectivamente el Ejército de Colombia mordió el anzuelo.

A los pocos días aterrizó en el aeropuerto un avión militar cargado de soldados y oficiales, Tulio Bayer, utilizando un megáfono al salir el primer soldado del avión, avisó que todo el aeropuerto estaba minado con minas de telecontrol, y que solo bajara el comandante. Que estaban rodeados de guerrilleros fuertemente armados y podrían volar el avión si no se rendían, que arrojaran las armas fuera del avión y que el comandante parlamentara con la comandancia guerrillera para informarlo de sus propósitos: respetarían sus vidas y podrían regresar, pero sin armas.

Así exactamente sucedió, el avión militar con su ejército cayó en la trampa. Cuenta Ricardo que él era el lugarteniente de Tulio Bayer, y que mientras el oficial del Ejército de Colombia y Tulio Bayer conversaban, él le daba a este informaciones falsas, como: —Mi comandante, ya llegaron las cien mulas de Villavicencio y están descargando los pertrechos que vienen de Río Negro, etc.

Una sarta de mentiras ingeniosas que de veras engañaron al Ejército de Colombia. Con estos primeros pertrechos se armó la primera guerrilla colombiana en la frontera con la Amazonia venezolana. El avión regresó sin armas. Una primera victoria llena del más alto ingenio.

Para 1965 yo viajo a Europa con el ingeniero César Oliver Rugeles para ir a Alemania y Checoslovaquia a negociar tecnología de vivienda para los planes de Raúl Leoni, presidente para entonces de Venezuela. Estando en Praga es allanada mi casa por la Digepol en Caracas y ponen preso a mi hijo Homero y al biólogo José Vicente Escorza, hecho que me obligó a permanecer exilado en Praga.

Me reúno con mi esposa Dafne que venía de Nicaragua y pido ingreso a Cuba para trabajar en diseño de viviendas, como efectivamente sucedió. Se me encarga de la dirección del Centro de Investigación en Técnicas Constructivas del Ministerio de la Construcción.

Para ese entonces yo vivo en la casa del escritor Alejo Carpentier, que había sido nombrado embajador cultural de Cuba en París.

Continuando la historia de Ricardo Gómez, el Bobayo, una noche me llaman de la Seguridad Cubana para informarme que ha llegado de Europa un señor que dice ser miembro del movimiento guerrillero venezolano y que quiere hablar con su jefe, el comandante Prada, y con el arquitecto Fruto Vivas, porque trae informaciones claves para el desarrollo de la lucha armada en Venezuela.

Esa misma noche llamamos al Flaco Prada y nos reunimos con Ricardo en la casa de Alejo Carpentier, en presencia de oficiales de la Seguridad Cubana. Nos dibuja con gran precisión todas las bases de las Nuevas Tribus en el Territorio Amazonas y nos informa, con pruebas irrefutables, que están llegando aviones de guerra norteamericanos a los aeropuertos de estas organizaciones.

Ya conocía gran parte de esas informaciones, pero lo más importante es cuando relata su encuentro con Tulio Bayer al Flaco Prada y a los cubanos, historia ya relatada anteriormente. Inmediatamente la Seguridad Cubana, sin que Ricardo sepa, llama a Tulio Bayer quien, exilado de Colombia, estaba trabajando como médico en Cuba, y este sorprende a Ricardo en la reunión. Se abrazan como hermanos en un encuentro delirante y los dos ratifican lo ocurrido en el aeropuerto de Colombia, agregan más anécdotas y por supuesto le dan a Ricardo toda la credibilidad.

Ricardo nos comunica que solo vino para hacer contacto con su jefe, el Flaco Prada, y que después de pasar el informe él se regresa con sus indígenas, pero la gran incógnita de nosotros los venezolanos y de los cubanos es cómo Ricardo llegó a Cuba, historia por la cual se ganó el título de Julio Verne.

Cuenta Ricardo que después del encuentro con Tulio Bayer y Minuto Colmenares, decide viajar a Cuba sin tener un solo centavo y con un palito y un bojote de ropa en la punta, arranca pidiendo cola en los barcos hasta llegar a la Guayana Francesa. Allí busca contacto con miembros del Partido Comunista e informa que anda en una misión estratégica de alto valor para la lucha revolucionaria.

Los camaradas franceses lo mandan a la isla francesa de Guadalupe y de allí se enlaza con la cabeza del Partido Comunista Francés, en un acto insólito de audacia.

Los franceses lo traen a París y de allí a Berlín Oriental, donde a través del partido alemán lo mandan por tren a Praga y le hacen el contacto con la embajada cubana, que lo envía a La Habana, a la misión de las Fuerzas Armadas de Liberación de Venezuela y así llega a mi casa: ¡sin tener un solo dólar!

La Seguridad Cubana le compra la ropa y lo asiste en los pasajes para volver a Venezuela vía Praga. Lo lleva al salón de seguridad del aeropuerto y le dice que debe entrar de último en el avión. Cuando los cubanos fueron

a la habitación de seguridad, una vez que hubo partido Ricardo, encontraron que se fue con su ropa vieja, con su palito tal como vino y devolvió los pasajes, la ropa y los dólares, iniciando otra epopeya de regreso a Venezuela.

Por la prensa nos enteramos que un médico llamado Ricardo Gómez está preso en Brasil por haberse alzado en armas en Río Negro con una guerrilla de puros indígenas y que con un barco llegó hasta Manaos, donde fue hecho prisionero.

Fue histórico el rescate de Ricardo Gómez de la cárcel de Brasil por iniciativa del presidente Rafael Caldera, quien le pidió a Garrastachu Medici, presidente dictatorial de Brasil, en un encuentro en la frontera del estado Bolívar, que le fuera entregado el guerrillero venezolano Ricardo Gómez, quien apareció con el título de médico.

Ricardo regresó al territorio Amazonas, se unió al Partido Comunista de Venezuela y trabajó para la gobernación del Territorio Amazonas, continuando su trabajo contra las Nuevas Tribus.

Fueron importantísimas todas las investigaciones realizadas por Ricardo, quien tuvo una novia francesa que hablaba inglés. Con ella penetró todas las estructuras de las Nuevas Tribus. Material fundamental el de estas investigaciones que sirvió al cineasta Carlos Azpúrua para su documental *Yo hablo a Caracas*, donde están todas las denuncias hechas tanto por Ricardo como por oficiales de las Fuerzas Armadas.

Creemos justo proponerle a Carlos Azpúrua que haga la película de Ricardo Gómez Bobayo y Tulio Bayer, dos seres insólitos de la lucha revolucionaria de América Latina.

EL QUINTO COMUNISTA

Al inicio de la década de los sesenta se forman las primeras unidades guerrilleras urbanas y campesinas para dar inicio a la lucha armada en Venezuela.

Por órdenes del comité central del Partido Comunista soy comisionado para organizar las brigadas guerrilleras de sabotaje en el lago de Maracaibo.

En particular para enriquecer la memoria histórica y hacer un homenaje muy especial al camarada Eduardo Machado —quien recomienda la liberación de un territorio estratégico donde traer armas para poder dar inicio a la lucha armada—, son las tareas fundamentales que relatan estas *Crónicas de la rebeldía y el saber popular*, centro de mi actividad revolucionaria en el estado Zulia.

El camarada encargado de dirigir la operación fue otro legendario combatiente, Alfredo Maneiro, quien al igual yo era “aprendiz de brujo”. La operación consistía en aislar una zona remota del estado Zulia en los límites con Colombia y convertirla en una base de operaciones de abastecimiento revolucionario.

Se seleccionó, por recomendaciones de Eduardo Machado, la ciudad de Casigua, en el suroeste del estado Zulia, que tenía un aeropuerto con vuelos regulares, una pequeña refinería y lindero con Colombia junto a las unidades guerrilleras experimentadas del Ejército de Liberación Nacional

de Colombia (ELN), y que era, por su situación geográfica, fácilmente aislable del resto del estado Zulia.

Siendo yo “el especialista” en explosivos y comunicaciones, se me encargó la tarea de iniciar la entrada en Casigua con cuatro guerrilleros. El trabajo preliminar consistía en localizar el aeropuerto, la refinería, el tendido eléctrico de la ciudad; ubicar todas las antenas de radiocomunicación para realizar el silenciamiento de las mismas, los accesos por carretera para cerrarlos, controlarlos, y conocer los enlaces con la guerrilla colombiana, así como ubicar el cuartel, la vivienda de los comandantes, etc.

Habiendo previamente enviado un telegrama al enlace de Casigua, tomé el avión para realizar toda la exploración preliminar. Es importante anotar que en Casigua había solo cuatro comunistas, en ese momento presos, y el enlace era un amigo del partido.

Cuando llego al aeropuerto de Casigua tomo un taxi y me dirijo a la dirección prevista del enlace, calle El Correo, Nro. 45; antes de llegar allí, una señora mayor, flaca, con un rostro moreno tipo indio y dos niños agarrados de la mano, nos para y grita mi seudónimo: “¡Señor Marcelo, señor Marcelo!” El taxi se para y la señora me dice: —Véngase conmigo para mi casa—inmediatamente pienso que a esta señora la había mandado el compañero de enlace.

Cuando vamos caminando hacia su casa observo que todas las calles están pintadas con letreros al carbón que dicen “Rómulo, renuncia”, “Rómulo, marico”, “Viva la Revolución”. Los letreros están muy bajos, a menos de un metro del suelo, pero veo que todo el pueblo está lleno con esas pintas.

Mientras caminamos hacia la casa, le pregunto: “¿Por qué usted paró el carro antes de llegar a El Correo?” “Es que el taxista que lo iba a traer a usted está enfermo y ese taxista es de la Digepol y no quieren que conozca la casa de El Correo.”

Sin sospechar nada de la señora, llego a la casa, ella me dice que tiene montado un sancocho para cuando venga el compadre y: —Le tengo agua bajo la sombra para que se bañe —y me dio una toalla y jabón; en el patio me desnudé y me bañé a cuero pelao. La señora abrió mi maletín y me trajo ropa limpia sin importarle un pito que yo estuviera desnudo.

Cuando regresé a revisar mi maletín no estaba, ni mi pistola ni una granada de mano. Cuando ella detectó mi preocupación, me dijo: “No se preocupe, yo le guardé la mercancía porque aquí vienen los guardias del cuartel a almorzar y tres de mis hijos son de los guardias.”

Mientras esperábamos al compadre, que ella mandó a buscar con uno de sus niños, me dijo: “A la una y media se oye La Perica”, que era la emisora revolucionaria de lo que para ese entonces llamábamos “Ejército Nacional de Liberación”, precursor de las futuras Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN). Entonces escuché mi voz en uno de los últimos programas grabados en Maracaibo.

Al llegar el compadre nos abrazamos y nos sentamos a comernos el sancocho; entonces él me dijo: —¿Y cómo llegaste aquí? —Bueno tu comadre me fue a buscar. —¿Y cómo supo ella que tú venías en ese taxi?

Le eché todo el cuento, hasta que llegó la comadre y ella dijo: —Como le lavo la ropa a usted, encontré en un bolsillo un telegrama donde decía la llegada de Marcelo, y como yo sabía que el amigo taxista no podía buscarlo me adelanté y lo traje para mi casa para que se vieran aquí.

Ella nos explicó que no sabía leer y que su hija mayor de siete años sí sabía. Al preguntarle al compadre cómo era que el pueblo estaba lleno de pintas si todos los comunistas del pueblo estaban presos, la comadre, en un tono de respeto, nos dijo:

—Como llegó mi comandante —era yo—, entonces le voy a echar el cuento: esas pintas las hizo mi hija y como aquí se va la luz a las diez de la noche, cuando cayeron presos los muchachos yo me iba todas las noches

con una velita y con tizones de carbón, y mi hija iba pintando todo lo que yo le decía. ¡Descubrí así, en forma insólita, al quinto comunista de Casigua!

De ahí en adelante comenzó una relación nueva con la comadre. Ya habían llegado los cuatro guerrilleros y vivían como yo en la hacienda del compadre. Ella sospechó a qué veníamos y sin decir nada nos dio toda la información del cuartel, en dónde guardaban las armas y dónde estaba el control eléctrico, pues ella era lavandera del cuartel.

Cuando hicimos la primera reunión en la hacienda del compadre, la llevamos con todos sus niños para que cocinara y además participara en las uniones de organización. En la hacienda del compadre trabajaban cuatro campesinos colombianos haciendo almidón, y ella nos pidió que incorporáramos a los campesinos en las operaciones previstas.

La comadre era nada más ni nada menos que comandante en Casigua del Ejército Nacional de Colombia (ELN).

Nota final:

La operación de la toma de Casigua nunca se realizó, la unidad guerrillera comandada por Maneiro fue detectada antes de llegar y este se retiró del estado Mérida sin sufrir bajas; los cuatro guerrilleros de Casigua fueron hechos presos y enviados por corto plazo a la cárcel de Maracaibo, ya que no había pruebas contra ellos, el Gobierno jamás conoció el propósito de la “operación de Casigua”. La causa de la caída de la operación es que en esa fecha se dio el golpe llamado El Carupanazo y todas las unidades militares de la frontera fueron reforzadas incluyendo Casigua, que pasó de veinte a cien hombres.

Creemos que la camarada del ELN aún está en Casigua.

LA MEDIA AREPA

Las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional comandadas por el legendario Douglas Bravo, en una de las escaramuzas propias de la guerrilla de esos años, llegó a un poblado de la montaña de Falcón con el comandante campesino, Elegido Sibada, alias Magoya. La unidad guerrillera tomó la población, detuvo a los dos policías del pueblo y convocó a toda la población frente a la botica y el almacén del turco. Allí el comandante Douglas Bravo arengó a la población para aclarar que ellos simbolizaban la esperanza de esos pueblos, que eran herederos de José Leonardo Chirinos, héroe legendario de Falcón y que luchaban por todos los pobres de la montaña, que los que quisieran colaborar con las fuerzas guerrilleras lo hicieran a voluntad, no por la fuerza de las armas.

El boticario del pueblo llenó los morrales de los guerrilleros de las medicinas que necesitaban y el turco ofreció cobijas, hamacas, leche en polvo y panela. Al terminar de llenar los morrales, va entrando en el pueblo un viejito montado en un burro y pregunta: —¿Qué está pasando?, y le responden: —Llegaron los guerrilleros que luchan por los pobres, todo el que quiera dar algo que lo dé.

Entonces el campesino saca media arepa coreana y le dice a Douglas: —Yo lo que tengo es media arepa y quiero dársela para su almuerzo. Douglas Bravo se para jadeante arriba de un banco y le dice al pueblo y a los guerrilleros: —Hoy todo lo que hemos conquistado es media arepa, porque este campesino nos dio todo lo que tenía, en cambio la botica y el almacén del turco quedan llenos de medicinas y corotos.

Y la media arepa se convirtió en un símbolo de lo que es capaz de dar el pueblo: lo que tiene en su corazón.

HOMBRE OBRANDO

En una de las grandes marchas de la guerrilla por la zona de Trujillo, nos cuenta Douglas Bravo que la norma cuando un guerrillero necesita evacuar es poner el morral en el suelo a la orilla del camino e irse al monte con su fusil. Todos los guerrilleros al pasar frente al morral deben decir “hombre cagando”, y pasar la voz.

Fue en una de esas marchas cuando se oía pasar la voz sobre el morral dejado en el camino: “Hombre cagando, hombre cagando”, hasta que un guerrillero caraqueño dijo: “Hombre obrando”, el que siguió dijo: “Hombres operando”, y así los que venían detrás se dispersaron en la montaña esperando a los “hombres operando”. Pasadas unas horas y verificado que no había ninguna emergencia, Douglas reunió de nuevo la columna, la puso en el orden de la marcha y fue preguntando a cada uno qué había dicho: “Hombre cagando, hombre cagando”... hasta que llegó el caraqueño y dijo: “Hombre obrando”, y Douglas en un tono fuerte le dijo: “Carajo, usted fue el de la palabrita”.

ZULY: DEVUELTA A LA VIDA

Los que participamos en la preparación de la fuga de veintitrés revolucionarios del cuartel San Carlos, en Caracas, fuimos repartidos por todo el país, desconcentrados, ya que preveíamos que la reacción del Gobierno iba a ser muy fuerte.

Me tocó refugiarme en Tovar, estado Mérida, al calor de grandes amigos, pintores, escritores, coleccionistas. Para el día en que esperábamos la salida de los muchachos, inventamos un viaje a la montaña, a las lagunas del Páramo de Mariño, para pernotar allí. Yo llevaba un radio para oír las noticias de la fuga, todo en absoluto secreto. Subimos a la montaña en un Jeep manejado por un camarada ingeniero y nos acompañaron tres estudiantes universitarias de la ULA. Durante el trayecto las jóvenes sacaron sus cigarrillos de marihuana y comenzaron a fumar, ofreciéndome. Al negarme a fumar, una joven me dijo: —Es que tú eres reaccionario —y le conteste: —Sí, soy reaccionario, yo reacciono muy bien todavía.

Con ese chiste entablamos amistad. Una de ellas, muy bonita, de unos dieciocho años, llamada Zuly, se negó a fumar y le pregunté: —¿Por qué no fumas? Ella me contó que vivía en las residencias para oficiales de Mérida, donde solo entraban militares y sus familias. Su padre, muy severo, la tenía prácticamente presa en la casa.

Zuly había hecho amistad con sus compañeros, todos envueltos en el mundo de las drogas, y ella los engañaba haciéndoles creer que fumaba. Prácticamente se escapaba de la casa para poder tener amigos.

Al otro día llegamos al amanecer a Tovar y Zuly estuvo todo el tiempo contándome historias terribles de su vida familiar; le ofrecí toda mi solidaridad, le presenté camaradas para auxiliarla. Pasó la fuga y regresé a Caracas a continuar las tareas revolucionarias.

Pasaron muchos meses y un día un compañero de Mérida me llamó para informarme que había venido con él una joven que me conocía y necesitaba hospedaje, así fue como de nuevo me encuentro con Zuly, amargamente convertida en una drogadicta. Había escapado de su casa y se había refugiado en una comuna de *hippies* drogadictos en la población de La Azulita. Estaba en estado y el viaje a Caracas era para poder hacerse un aborto. El compañero le buscó médico y enfermera, y yo le di hospedaje mientras se recuperaba; estaba totalmente destruida y apenada.

Zuly regresó a Mérida con el compañero, pasaron unos cinco años de mi encuentro con ella. La Universidad de Mérida me invita a dictar un ciclo de conferencias en la facultad de Arquitectura y soy llamado por el diario *Frontera* para una entrevista.

El director del diario, señor Fonseca, cuando me ve me dice: —Te noto un poco pálido, te recomiendo que tomes por la mañana unos veinticinco granos de ajonjolí con una copita de vino y esto te regulará tu estrés. Mi esposa, que iba conmigo, le preguntó: —¿Y usted receta? —Sí, yo conozco algo de medicina natural. —Entonces, ¿qué debo hacer para los sangramientos del estreñimiento? —Vaya todas las mañanas al río más cercano y meta las nalgas en el agua del río unos minutos y más nunca sufrirá de eso. Días más tarde le consulté a mi hermano médico si eso era verdad y me respondió que en la farmacia vendían agua con sales naturales en frascos para curar esos males.

La compañera de la universidad que fue con nosotros a la entrevista, igualmente le dijo al señor Fonseca que ella sufría de los riñones, y el doctor le contestó: —Tome todos los días un litro de agua con perejil y usted soltará todos los cálculos renales.

—Doctor ¿y dónde aprendió usted todo eso?, entonces él respondió:

—Yo no soy periodista, soy médico graduado en México con mi esposa, cuando terminamos la carrera, la universidad nos mandó a hacer la pasantía obligatoria en una comunidad indígena en Yucatán y allí aprendimos otra medicina distinta a la que habíamos estudiado, pero la lección más importante fue conocer que los curanderos indígenas no cobran por curar, ese es un deber sagrado de ellos para su comunidad y fue así que cuando terminamos la pasantía, en el acto de despedida de la comunidad Maya, rompimos nuestros títulos de médicos, hicimos un juramento: dedicarnos a la medicina que aprendimos de los mayas y vivir de otra cosa, menos del dolor de la gente. Esto para mí fue sumamente emocionante.

Cuando ya nos vamos a ir, el señor Fonseca nos avisa que esperemos al fotógrafo para la foto del periódico y cuál sería la sorpresa cuando veo que la fotógrafa es nada menos que Zuly, vestida de bluyín, flaca, pálida, quien me dice: —Ahora soy fotógrafa del diario *Frontera*.

Al preguntarle a Fonseca cómo había llegado Zuly al periódico, nos contó el drama. Fonseca y su esposa la recogieron de las calles de Mérida en el peor estado de drogadicción, y se la llevaron con ellos. La devolvieron a la vida en un acto hermoso, sublime, donde uno dice que sí es posible amar la vida en este mundo. Entonces sí podemos decir que Hipócrates está vivo en el corazón del pueblo.

ODISEA EN SOL MAYOR

Una maquilladora en La Habana me tiñe el cabello de mechones blancos, y amarillos, y me arregla un bigotico catire. Al Flaco Prada lo disfrazan de japonés vestido de liquiliqui marrón, con anteojos redondos y bigotes. Así, nos fueron cambiando los rostros para iniciar la odisea de nuestro regreso a Venezuela. Éramos seis aprendices de invasores que volvíamos al país por la vía clandestina, con seis maletines, todos con doble fondo, dos pistolas y proyectiles. Para aquel momento no había los controles que se tienen hoy en los aeropuertos.

Salimos de La Habana rumbo a Praga y de Praga a Suiza, de allí por tren hacia Italia. Como conocía la ruta hice de intérprete, sin hablar ningún idioma, salvo medio masticar el italiano.

En Milán nos esperaba el primer enlace, nuestro contacto con las Brigadas Rojas, que nos recibirían. Allí pasamos el primer susto: el Flaco Prada, quien era nuestro comandante, debía llegar a una hora exacta a una cabina telefónica y entregarle al que estaba allí medio billete de un dólar. Cuál sería nuestra sorpresa cuando la persona que se encontraba en la cabina sacó el otro medio dólar y lo unieron. ¡Había sido perfecta la planificación del contacto! Posteriormente guié a los compañeros hacia los maleteros monederos de la estación del ferrocarril, encontrando la novedad de que los habían cancelado; dejamos entonces las maletas en el depósito de la estación, y fue en este momento que vivimos nuestro primer susto. El camarada que nos recibió preguntó por los maletines y al informarle dónde estaban nos dijo: —¡Corran a retirarlos, hace una semana que los maleteros fueron volados por una bomba! En el momento en que

todas las maletas iban por la correa transportadora al control, saltamos y las rescatamos en una operación relámpago. Así empezó la odisea.

Nos hospedaron en las afueras de Milán, en una casa moderna, llena de letreros en árabe —era un refugio de guerrilleros palestinos. De allí partimos por tren a Bolonia a encontrarnos con el primer enlace de las FALN: Molly, una joven hija de cubanos con un hermoso espíritu revolucionario, entregada totalmente al movimiento y que hablaba tres idiomas. Nos quedamos los seis compañeros en su casa, mientras se preparaba el salto al océano. Salimos de Bolonia a Milán, para tomar el avión que salía a Londres con escala en Barbados, donde desembarcamos. El Flaco Prada descendió con una revista *Life* sobre su pecho; entre la multitud que estaba esperando se encontraba un hombre, quien tenía la misma revista también sobre su pecho. Fue así como entramos a Las Antillas y fuimos hospedados en la casa del contacto. Mascullando el inglés, pasamos unos días gratos en un paraíso tropical. El Flaco Prada organizó la continuación del viaje, el siguiente punto era Trinidad. En el aeropuerto nos recibieron dos “chinos”, uno de los cuales era el Flaco. El encuentro fue muy sencillo y nos quedamos en una casa de huéspedes, para establecer la logística de cómo entrar por agua a Venezuela. Todavía estábamos en el preludio de la odisea propiamente dicha...

Contratamos una lancha rápida para que nos llevara a Tucupita, entrando por el Delta del río Orinoco. El lugar de partida, al sur de la isla de Trinidad, era Cedros Bay. Alumbrándonos con linternas, salimos de noche, pasando por los manglares, hasta abordar la embarcación. Era un viaje clandestino, por eso debíamos viajar de noche, y en plena madrugada tomamos rumbo a Venezuela. El mar era todo de agua dulce y millones de boras pintaban el horizonte de colores. El lanchero, un trinitario, agregó otro hombre a la tripulación, quien como nosotros era un prófugo de la justicia y se iba a asilar en Venezuela.

Amanecimos en las bocas del caño Cocuina y en un recorrido de más de ocho horas remontamos el Delta. El espectáculo era indescribible: la presencia majestuosa del Delta, el río verde, el cielo lleno de pautjes

y guacamayas, la fuerza telúrica de la selva, inundada de agua. Con esta cosmovisión como impactante escenario desembarcamos. El Flaco Prada hizo un ritual revolucionario, una especie de juramento político: besó la tierra bendita donde llegábamos todos a luchar por una causa, por un ideal de justicia.

En el recorrido a Tucupita nos cruzamos con bongos llenos de waraos, la etnia propia del Delta del Orinoco. Llegamos a un caserío llamado La Horqueta, donde nos alojamos para continuar al día siguiente hacia Tucupita. En esos momentos, 1968, Venezuela estaba en pleno período de elecciones.

En La Horqueta, el dueño del hospedaje nos dijo que su casa era además de un centro de votación, un puesto de la Guardia Nacional y que no era posible seguir hacia Tucupita. Nos alojaron en una pequeña habitación que tenía unas colchonetas en el suelo. Éramos siete clandestinos, que nos hacíamos pasar por comerciantes. Esa noche descubrimos que el dueño de la posada había pasado candado a la puerta y que estaba armado con una escopeta. Antes del amanecer el Flaco Prada pidió al posadero que nos abriera, habíamos tomado la decisión de regresar a Trinidad. Compramos al hombre toda la gasolina que tenía e iniciamos el viaje de regreso —con un lanchero que sospechaba de nosotros. En ocho horas estábamos nuevamente en las bocas del caño Cocuina, llevándonos al llegar la primera sorpresa: al mirar el horizonte, detectamos una nave militar a la orilla del río. El lanchero, contrabandista y astuto, apagó los dos motores de la embarcación, se acercó bastante a la orilla remando y pasamos pegados a la nave militar. Salimos mar afuera y tres horas más tarde nos encontrábamos otra vez en Cedros Bay, en Trinidad. ¡Era una madrugada con luna!

Cuando salíamos le habíamos dicho al posadero que íbamos a Güiría para poder pasar el contrabando que traíamos. El lanchero nos dejó en una playa y nos mandó un taxista para que nos llevara a Puerto España; cuando él llegó, supimos por la radio que estaban bombardeando a pescadores en Güiría, se había creado la emergencia y Trinidad también estaba alerta. Cuando regresábamos de la playa, nos encontramos con tres patrullas de

la policía que venían a buscarnos. La vía era sumamente angosta y por esto la policía no pudo regresarse. Al llegar el lanchero lo hicieron preso y él confesó que había llegado con siete hombres. Ante esa situación decidimos dirigirnos a la montaña y entrar a la selva. Con nosotros iba el prófugo trinitario, quien era nuestro guía y de esta manera, en medio de una lluvia milagrosa —porque borró todas las huellas—, escuchamos ladrar a los perros de la policía que no nos pudieron encontrar. Teníamos con nosotros raciones de alimentos para cualquier emergencia, lo que nos permitió pernoctar. A la medianoche volvió el taxista y nos llevó a una hacienda donde nos bañamos y logramos comer completo, y con él volvimos a Puerto España, nos hospedamos en una pensión diciendo que éramos obreros petroleros, que estábamos de vacaciones. Esa fue nuestra estratagema.

Con nosotros venía desde La Habana un compañero chileno de nacionalidad francesa. El Flaco Prada, en un acto de astucia, mandó al chileno para Caracas por avión y le preparó todos los contactos con las FALN, para que vinieran a rescatarnos a la costa de Paria. Se precisó la hora y fecha exactas.

En la pensión pasamos unos días esperando respuesta de Venezuela e hicimos amistad con el novio de la dueña de la pensión, fuimos con él al balneario de Maracas, siempre como obreros petroleros. El Flaco Prada, en previsión, había comprado todos los pasajes de avión que trajo el enlace chino de Trinidad, y eran falsos, pero las fechas de salida y las reservaciones eran ciertas, así que le dijimos al novio de la dueña que nos iríamos al día siguiente en la noche, él tomó los boletos y se fijó en nuestros nombres, todos falsos. En la noche, pude escuchar una conversación del hombre y descubrimos que éramos sospechosos y que él era de la Seguridad Trinitaria. Nos levantamos muy temprano con los trajes de baño puestos diciéndole a la señora que íbamos a bañarnos, a pasar el día en la playa y que regresaríamos en la noche. Antes, en forma clandestina, habíamos entregado al chino nuestros maletines. Llevábamos unas chapaletas que habíamos comprado para nadar en el mar y tomamos un taxi rumbo al balneario donde en el muelle nos estaría esperando una lancha que nos llevaría al contacto con nuestros camaradas. Como al salir de la pensión lo hicimos a la vez con el hombre de quien ahora

sabíamos que era un policía, tomamos el taxi solo por dos cuadras, cambiándonos a otro para despiatarlo por si nos perseguía, puesto que ya estábamos delatados y en sus manos.

Fuimos directo a un automercado a cambiar dólares por moneda trinitaria y me obligaron a hacer una compra: pedí paquetes de cigarrillos.

Llegamos al muelle del balneario, ya el lanchero sabía quiénes éramos. Al subir a la barca, muchos niños de los que recogen las monedas que los turistas arrojan en el mar se subieron a nuestro bote, en el cual iríamos de “paseo”. A empujones los sacamos de la embarcación, mientras les tirábamos cajas de cigarrillos, para que nos dejaran ir. Entramos mar adentro y en el lugar escogido por el chino nos encontramos con la lancha que nos esperaba para llevarnos a tierra firme. La lancha, que tenía dos motores, era de un zorro contrabandista de apellido Velásquez, quien nos surtía de armas y explosivos. Llegamos a las diez de la noche y nos avistó una nave patrullera de la Guardia Costera, que nos persiguió en medio de la oscuridad sin podernos alcanzar. Llegamos a la costa y el lanchero nos indicó: —Cada vez que suba la ola, salta uno, que del otro lado los están esperando. Así se hizo.

Cuando salté a la playa, un pescador me agarró y me metió en el monte: los contrabandistas saben llegar de noche, sin ser vistos. Allí nos recibió el Viejo Pedro, quien nos llevó a un rancho de la montaña donde vivía con su hija. Al día siguiente, el Viejo Pedro nos enseñó a cazar lapas con trampas de escopeta, estábamos en una selva encantada frente al mar, esperando la llegada de la lancha final que nos llevaría al encuentro con Caracas. Así nos fuimos a San Juan de las Galdonas y en plena noche nos tiramos todos al mar, nadando con las chapaletas casi un kilómetro. En la noche, unos faros desde un cerro nos avisaban el sitio del encuentro. En un Ford de lujo, un viejo camarada de oriente, el doctor Simón Verde, ya fallecido, adeco de pura cepa y solidario incondicional del proceso revolucionario, nos esperaba vestido de militar. Así arrancamos para Caracas, los primeros en salir de la montaña. Nos llevaron a Maracay a la casa de

una comprometida y gran mujer, Elba, y en su casa estuvimos hasta que pudimos enlazar con toda la comandancia de las FALN.

Había concluido una odisea inolvidable, llena de seres amados de la más alta solidaridad y consecuencia, seres para nosotros de recuerdos eternos: Simón Verde, hace apenas unos años que se nos fue, pero quedó impresa en la memoria, eternamente, su inmensurable condición humana, que los inscribe para siempre, junto a Elba, el chino, el inglés de Barbados, Molly, el Viejo Pedro, el Viejo Velásquez, ¡los camaradas de las Brigadas Rojas!, en una página hermosa de la lucha revolucionaria.

Recorriendo al país



Ilustración: Fruto Vivas

BUSCANDO A VENEZUELA

Esta anécdota insólita nos llevó a conocer al pueblo, a ver sus problemas y pensar cómo ayudarlos. Era realmente algo hermoso, lleno de toda la rebeldía de un pueblo abandonado por los gobiernos regionales.

En los inicios de la facultad de Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela en Caracas, éramos un grupo de estudiantes con un total desconocimiento del país; además, la arquitectura que nos enseñaban estaba referida al mundo clásico europeo, con partenones, triglifos y metopas, sin ninguna relación con lo que era la arquitectura de nuestro país. Tan solo iluminados por las lecciones del maestro Villanueva, quien nos abrió los ojos hacia una arquitectura traída de España, la arquitectura de los grandes terratenientes y de los templos con altares forrados en hojilla de oro; pero había algo desconocido para nosotros: la arquitectura que hacía el pueblo, la de las casas humildes, de las montañas, de los Andes, llena de una ternura inolvidable, yo la había conocido en mi infancia.

Yo llegué a Caracas en 1939, después de cuatro días rodando sobre carreteras polvorientas, pero viendo el encanto de las casas, de los páramos, de los Andes y de los cardonales de Carora. Muchos años después escribí en un artículo que publicó la revista *El farol*: “El campesino venezolano, arquitecto por la gracia de Dios.”

Allí comenzó mi angustia por conocer más de cerca lo que hacía el pueblo y más aún siendo estudiante de arquitectura. Fue así como por nuestra propia voluntad nos juntamos unos quince estudiantes y, en una Semana Santa de 1953, en una caravana de tres carros salimos hacia el

estado Falcón con el pretexto de visitar unas cuevas en plena sierra, cerca de Cumarebo. Íbamos ataviados de cámaras, cuadernos de dibujo y tizas de colores. En Cumarebo nos esperaba el doctor Rafael González Sirit, que después fue casado con una hermana mía, quien sería nuestro guía.

La carretera para el estado Falcón, después de pasar la entrada a Puerto Cabello, era toda de tierra, con pasos por chalana en dos ríos. La primera sorpresa que nos llevamos fue cuando llegamos a la desembocadura del río Yaracuy en un poblado de pescadores con casas de palma, llamado Boca de Yaracuy, el cual estaba estrenando un gran puente metálico que evitaba pasar el río en chalana, y quedaba justo en la confluencia de tres estados: Yaracuy, Carabobo y Falcón. Al llegar al pueblo había una larga cola de camiones y un gran cartel que decía:

República independiente de Boca de Yaracuy
¡Queremos un médico!

Al llegar a la cola se presentó una comisión de los habitantes toda descendiente de esclavos negros, vestidos de blanco y con sombreros, pidiendo una contribución para pagar un médico. Les preguntamos con curiosidad por qué se consideraban una república independiente y nos dijeron que fueron a la gobernación de Yaracuy a pedir el médico y los mandaron para la de Carabobo y esta los mandó para la de Falcón. Porque cada vez que el río crece el pueblo cambia de estado:

—Entonces, como no pertenecíamos a ningún estado, todo el pueblo se reunió en una gran asamblea y nos declaramos en república independiente, y como lo único que tenemos es un puente, lo tomamos y cobramos por pasar para poder pagar un médico.

Continuamos el viaje por la orilla de la playa hacia Falcón y vimos por primera vez un mar sin horizonte, lo que veíamos eran las crestas de las grandes olas. Al llegar a una bomba de gasolina preguntamos por qué no se veía el horizonte y nos dijeron: —Ustedes están pasando por la depresión

de Falcón, que está por debajo del nivel del mar, el cual forma un talud de arena. La carretera estaba más baja que el nivel del mar.

El próximo pueblo que visitamos era Tocópero, donde tomamos fotos de las casas hechas de torta de barro y techo también de barro, todas con un horno para hacer pan como una burbuja de barro crudo. Cuando nos paramos a la orilla de la carretera uno de los compañeros vio unas ruinas de piedra de cantería con arcos de medio punto de alta perfección. Nos montamos arriba del arco, los que pudimos, y tomamos una histórica fotografía como prueba de carga de aquel tesoro de piedra tallada, perdido en un campo de maíz. A las pocas horas llegamos a Cumarebo vadeando ríos crecidos llenos de polvo hasta los huesos. Nos recibió el doctor González Sirit y mi hermana, y nos hicieron un recorrido por el lugar, con casas con portales de piedra tallada como los de Tocópero. Vimos el palacio de León Jurado y un viejo zorro político que vivió en Cumarebo, una vieja casona de dos pisos toda hecha de cantería. Cuando le preguntamos al doctor González Sirit quién era el artífice artesano, nos habló de un señor Maimoni que vino por los años veinte a Cumarebo y dejó toda una obra de cantería. Y añadió: —Mañana los voy a llevar a Tocópero a que conozcan las ruinas de piedra hechas por Maimoni. —No hace falta, cuñado, le respondí, y le mostramos todo el reportaje gráfico que habíamos hecho de las ruinas.

Al otro día nos preparamos para visitar las cuevas de la Sierra cerca de otro pueblo colonial llamado Pueblo Cumarebo; el otro es Puerto Cumarebo.

Visitamos la iglesia colonial, una joya de arquitectura toda de tapia de un diseño único. El objetivo primero del viaje era visitar las cuevas, las cuales exploramos todo el día, una experiencia nueva para nosotros: la espeleología. Cargados como estábamos de todo lo que habíamos visto en la carretera, lo que nos esperaba era nada menos que todo el tesoro de la arquitectura colonial de Coro, que el profesor Carlos Manuel Moler nos había enseñado en las clases de historia de la arquitectura.

Eran las grandes mansiones de los señores dueños de todo Falcón, verdaderas joyas del arte colonial hoy patrimonio de la humanidad. Pero la lección mayor nos la dieron los campesinos de los cardonales de Paraguaná, con su arquitectura de barro, todas las casas blancas con techo de torta, y perdido entre esos cardonales el pueblo de Santa Ana, al pie del monte del mismo nombre. Donde la arquitectura colonial y la popular pintaban un paisaje maravilloso con artesanos alfareros y productores de queso de cabra y dulce de leche, con muebles hechos de cardón con diseños que nos maravillaron. Una de las obras más hermosas era la hacienda Las Virtudes, una joya del saber campesino. Esta hermosa casa hoy fue adquirida por un arquitecto que ha atesorado todo este patrimonio en hermosos libros, quien la restauró y le devolvió toda su belleza original: Gasparini.

Con este recorrido maravilloso por Falcón terminado en Paraguaná, pudimos valorar la inmensa riqueza de nuestro patrimonio realizado por el pueblo llevado de la mayor belleza, una hermosa lección de qué es en verdad la arquitectura y que muchos años después yo bauticé con el nombre de *arquinternura*.

Al regresar a la facultad, en uno de los talleres, hicimos la gran exposición de nuestro viaje, al que bautizamos “El hombre y su medio”.

Con conferencias, diapositivas y grabaciones con la música y la voz prístina del pueblo, finalmente pudimos decir que: ¡habíamos encontrado Venezuela!

REBELDÍA WAYÚ

Esta crónica sobre un acto insólito de rebeldía wayú, fue recogida y presenciada por el gran poeta y humorista Aquiles Nazoa en Maracaibo, estado Zulia. Por los años cincuenta cuando existía en Maracaibo una televisora llamada Ondas del Lago TV, cuenta Aquiles Nazoa que una comunidad wayú había hecho su ranchería detrás del inicio de la pista del aeropuerto viejo de Maracaibo con piso de tierra. Cuando llegaron los primeros aviones de propulsión a chorro de Aeropostal, todas las casas y la gente eran bañados por huracanes de arena a la hora de despegar los aviones. La comunidad wayú se organizó y fue a la alcaldía y a la gobernación de Maracaibo para que asfaltaran las calles, la alcaldía respondió con la amenaza de desalojo por ocupar terrenos del aeropuerto.

Fue así como la comunidad wayú ante la negativa del poder municipal y estatal decidió ir a la televisora Ondas del Lago, a las emisoras radiales de Maracaibo y corrió como pólvora la noticia de que la comunidad wayú con otras comunidades solidarias iban a hacer una gigantesca marcha desde el aeropuerto hasta la alcaldía y la gobernación, en algo que estaba de moda: “el monoquini”, es decir, en pantaletas.

La marcha se anunció para un domingo a las nueve, toda la prensa de TV y de diarios de la ciudad con sus fotógrafos, se apiñaron a lo largo de las calles del barrio para presenciar el histórico desfile en monoquini. A la hora indicada ante la presencia multitudinaria de los barrios vecinos, curiosos, periodistas y mirones, vieron a cientos de mujeres wayú con sus batas de colores esperando la hora de iniciar el desfile, como efectivamente sucedió.

A desnudarse todas las wayú ante la presencia expectante del pueblo de Maracaibo, que veía todo esto por televisión, las mujeres avanzando en filas, agarradas de las manos cantando el Himno Nacional por todo el arenal del barrio, se oyeron las cornetas de una caravana de camiones que en dos filas avanzaban en sentido contrario a la marcha, lanzando chorros de asfalto líquido sobre las calles.

Las wayú no se detuvieron, siguieron avanzando mientras los camiones las iban pintando de asfalto, parecía una danza fantasmal de mujeres desnudas entrando al baño de asfalto pintadas de negro.

Así con este hermoso acto de rebeldía la comunidad wayú consiguió el asfaltado de todo el barrio dentro de la más delirante algarabía, Maracaibo completa presencié esta página de la rebeldía cuando un pueblo hace valer con valentía sus derechos.

EL MILAGRO

En la década de los años cincuenta me fue encomendado el proyecto de un hotel de montaña en la ciudad de Santo Domingo, estado Mérida, por el entonces director de turismo de Venezuela, doctor Camejo Octavio.

Se seleccionó un equipo de excelentes carpinteros portugueses dirigidos por el artesano Rodríguez de Oliveira, quien con sus carpinteros hizo posible esa magnífica obra de artesanía de madera que es el actual hotel Moruco.

Cuando fuimos a seleccionar el terreno para construir el hotel, el doctor Camejo Octavio recomendó un área con una fuente natural de agua sin consultar con la comunidad, eran los tiempos de Marcos Pérez Jiménez.

Un año después, cuando se iniciaron los trabajos, me encontré con que el hotel había sido cambiado de sitio por el carácter pantanoso del suelo y ya la fuente de agua quedaba fuera del hotel.

Al regresar del hotel me encuentro con que todo el pueblo está reunido en la plaza en un acontecimiento inusual, están llegando cientos de campesinos de la montaña en burros, caballos y camionetas y se están concentrando en la plaza. Vengo con los carpinteros portugueses que ya han traído la madera para hacer el hotel, nos acercamos y le preguntamos al sacerdote: ¿qué estaba pasando? ¿cuál era la causa de esa inmensa romería? El sacerdote emocionado nos responde: —Es que hoy se va a celebrar un milagro. —¿Y qué milagro es, padre?

El milagro es que el pueblo al ver la construcción del hotel en la fuente sagrada donde apareció el Santo Patrono, hizo rogativa al santo para que mudaran de sitio el hotel y se dio el milagro, ya mudaron el hotel y hoy comenzaremos la procesión desde la iglesia hasta la fuente sagrada para cumplir con la rogativa y con el milagro.

La procesión se hizo por el camino colonial empedrado ya desaparecido, caminando por entre potreros y portales de piedras, con el obispo montado en silla de manos con un toldo rojo y adelante los campesinos cada uno con un pendón de la cofradía de cada caserío. Adelante unos campesinos iban disfrazados de indígenas con las caras teñidas de carbón y de bija —onoto— con tambores, pitos y maracas, era una algarabía extraordinaria; parecía la llegada a Roma de una procesión en los inicios del cristianismo, fue un día insólito, inolvidable.

Después de varias horas de marcha llegamos a la fuente donde había una cruz rústica, un pozo de agua clara y un bambú que dejaba caer un chorro de la naciente.

Todos los campesinos se acomodaron en el cerro y rodearon de pendones la fuente milagrosa, los indígenas bailaron frente al pozo, y el padre comenzó su ritual con una misa solemne que terminó con el casamiento de todos los mancebos, el bautizo de los niños y la bendición para todos.

Cuando terminó el acto sagrado, me acerqué al sacerdote y le dije que yo era el arquitecto del hotel y quería regalar el proyecto de la capilla votiva abierta y que los carpinteros construirían la capilla. Fue así como se inauguró el hotel, con la capilla formada por una gran cruz de troncos de madera de acapro, una viga horizontal sosteniendo una campana, un pequeño techo de madera sobre el pozo y un tubo de bambú cayendo en el centro del pozo, todo rodeado de un patio de ladrillo con escalones para sentarse formando un área ceremonial de alto valor cristiano.

Se abre el hotel al público y el gerente encargado toma la amarga decisión de prohibir a los pobladores entrar al hotel porque son los

“piojosos” del pueblo. Cuando me reúno con el sacerdote me dice, con voz de decisión: —No se preocupe arquitecto, que volveremos a pedir otro milagro.

Y ese milagro se hizo: hoy el pueblo es dueño de su fuente sagrada y todos los años hace su romería para saludar a su santo y hacer verdad el último milagro.

CUÁNDO PODRÉ VOLVER A SONREÍR

De repente sentí a mi mamá entrar corriendo a la casa, tirar el paraguas, y gritar con locura, ¡ganamos, ganamos! Se oía la voz del presidente en la televisión y muchísimos cohetes sonando como cuando sale la procesión en Caraballeda. Aquí en el barrio es imposible tirar un cohete con ese chaparrón que no ha parado en todo el día, afuera en la calle de barro, todos gritaban menos el bodeguero, que tenía un “no” grandote en la puerta.

Me desperté cuando sentí que el rancho se estaba rodando, que estaba entrando el barro a borbotones, que estábamos flotando como en un barco, vi como a mi mamá se la llevaba la corriente y el callejón era un inmenso río color ceniza, empecé a ver pasar carros flotando, neveras, televisores, gritos de terror y voces que se iban apagando lentamente.

En mi barrio apenas se veía el techo de la casa del bodeguero con mucha gente arriba, única casa buena que había.

La corriente me arrastró aguas abajo, yo había aprendido a nadar en Naiguatá cuando mi abuela nos llevaba a la playa, por eso pude ver todo, todo, absolutamente todo, árboles que bajaban sin caerse, casas completas, camiones, autobuses repletos de gente dando botes.

Había un hedor a podrido, la lluvia no paraba, hasta que fui a chocar contra un carro nuevito, todo lleno de barro y me agarré de la manilla de una puerta. Me olvidé de todo lo que veía a mi alrededor, lo único que yo miraba era el hermoso carro. ¡Tenía un carro!, era mío, yo lo encontré, yo lo agarré primero, era un Mercedes Benz, lo reconocí por la estrellita, nunca

pude imaginar que en mi barrio, además del carrito de alquiler de mi tío, este iba ser el único carro, que aunque no tengo garaje, ni donde guardarlo, al menos puedo dormir adentro y sentir el olor del cuero nuevo y tocar los botones y aunque yo no sé manejar, al menos puedo mover el volante, mañana todos van a saber que tengo un carro nuevo.

El avión acababa de despegar del aeropuerto de Frankfurt, la aeromozza de Lufthansa me dio un regalo que era una estrella plateada que decía *sheriff*, de esas que usan los vaqueros americanos, además de unas esposas de juguete como la de la policía. Mañana cuando salga a patinar sobre la nieve, se la pondré a mi chaqueta nueva, y en Stuttgart todos mis compañeros vendrán a ver mi estrella.

Mi mamá estaba conversando con un señor de pelo blanco sobre lo que está pasando en Venezuela, donde miles de niños han quedado sin padres, que ellos no tendrán como yo una chaqueta nueva que estrenar, pero como mi papá trabaja en la Mercedes Benz, haciendo carros nuevos para vender en América, yo le voy a pedir que busque un niño huérfano y que le mande un carro para que lo tenga de regalo en la Noche Buena, pero mi mamá le está diciendo al señor que hay una fundación alemana a la cual pertenece mi papá que va a mandar cien casas nuevas para hacer un pequeño pueblo, para que ochocientos niños puedan ser becados para siempre por familias alemanas.

El avión comienza a bajar sobre el cielo azul de Stuttgart, miro los techos rojos de las casas y pienso: —Así van a ser las casas de los niños en Venezuela, hechas por mi papá. Yo no vi más al señor de pelo blanco, pero aún estoy pensando cómo poder ir un día a Venezuela y ver a los niños jugar como yo en mi país.

Pero mi carro está metido dentro del barro, pero es el único carro, me doy cuenta que tengo carro, pero no tengo la calle por donde pasear, ni garaje, ni nada, tan solo tengo una manilla en la mano, es lo único que tengo, pero lo que verdaderamente tengo es mi mano, que es mía y me pertenece.

Los helicópteros se aparecen como abejas en un panal y ven mi carro nuevo y me saludan, hasta que siento que el pelo se me va por el viento que produce uno de ellos, que cae pesadamente al lado de mi Mercedes Benz, un soldado me agarra fuertemente y yo no quiero soltar la manilla de mi carro, lo único que tengo, ya no tengo casa, ni barrio, ni familia, solo tengo mi carro nuevo.

Llorando me montaron en el helicóptero abajo los techos de las casas llenos de gente, dentro del helicóptero una abuela me abraza y todos nos miramos las caras, somos del mismo color, embarrados hasta los huesos.

Nunca me había montando en un avión sin alas, era como un sueño, ya me había olvidado de que tenía carro nuevo. Nos llevaron al aeropuerto donde yo veía desde la camionetita en la autopista los aviones grandes.

Éramos mucha gente, muchísima gente, nos daban agua, nos lavaron a todos los niños la cara, nos cambiaron la ropa, hedíamos a perro viejo. De momento se oye un escándalo, todos comienzan a gritar, era realmente una locura. Por entre la gente vi a un militar, que venía con un traje igual al de mi primo que lo mataron en la época de la guerrilla y que era paracaidista, lo reconocí, porque el uniforme lo guardaba mi tía como una reliquia, era todo manchado de negro y amarillo.

El militar tenía una boina roja, entonces fue cuando me di cuenta de que los que estábamos allí estábamos vivos, que era verdad, la mano que tenía agarrada a la manilla era mi mano viva, y que yo estaba allí, viendo todo en una loca algarabía.

Fue entonces cuando me quedé pensando: ¡cuándo podré volver a sonreír!

EL SAMÁN QUE SE NEGÓ A MORIR

En la zona cafetalera del estado Táchira en Venezuela, al pie del majestuoso pico del Tamá hay un pueblo pintoresco lleno del encanto y la *arquiteratura* es igual a la de todos los pueblos de los Andes; con su gran catedral, su plaza con uno de los samanes más hermosos de los cuales quedan muy pocos, se llama Santa Ana del Táchira. Durante los años 50 en plena dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, un joven cobrador de la firma Studebaquer llamado Enrique Hernández (hoy un gran arquitecto Premio Nacional de Arquitectura), recogió esta hermosa gesta de la rebeldía popular en un acontecimiento notable sucedido en Santa Ana del Táchira.

El entonces gobernador de turno, con motivo de la visita del general Pérez Jiménez al Táchira, decidió colocar una estatua del Libertador en la plaza de Santa Ana, que tenía ese hermoso samán. Preparó toda la parafernalia alusiva a la colocación de la primera piedra del monumento a Bolívar y la tala del Samán, sin consultar para nada a los habitantes de Santa Ana.

El día domingo, la fecha anunciada para talar el samán y colocar la primera piedra, subió por la meseta de Santa Ana la comitiva, de vehículos Mercedes Benz con las escoltas de “patiblanco”, como los llamaban, sonando las sirenas a todo dar, al llegar a la plaza, para sorpresa del presidente y el gobernador, el pueblo estaba solo sin un alma en la calle; todas las casas y la iglesia cerradas, se bajó la comitiva, se formó en orden militar la escolta de patiblanco, se bajó la banda del estado y la comitiva se acomodó en dos largas hileras hasta llegar al pie del samán, allí dos jóvenes

uniformados tendieron una cinta tricolor y otra joven traía un cojín rojo con un palustre de albañil y una pequeña hacha.

El acto comienza con el *Himno nacional*, todos firmes de pie esperando que baje el señor presidente con el gobernador y se dirijan solemnemente hacia el samán. Al llegar el presidente para proceder a hacer el simulacro del primer hachazo para talar el samán, para gran sorpresa de toda la caravana de fablistanes se abre la puerta de una casona colonial y una fila de damas todas vestidas de negro, se dirigen al samán y se van montando en sus ramas como una gran zamurada, sin decir una palabra. El presidente sorprendido, suelta el hacha, toma el palustre y cambia de sitio la ubicación de la futura estatua y coloca la primera piedra sin tocar el samán repleto de damas de negro. Todos se paran firmes, se dicen unas cortas palabras, se toca el *Himno nacional*, la caravana vuelve a sus automóviles y bajan por la plaza de regreso, de pronto se oye un repique de campanas que tocan arrebató, se abre la puerta de la iglesia, se abren todas las casas y el pueblo llena la plaza cantando y bailando, alrededor del samán que se negó a morir por la voluntad de un pueblo unido, que sin decir una sola palabra dio una de las lecciones más sublimes: demostrar cuál es la fuerza de un pueblo cuando decide hacer valer sus derechos.

PURGUEY Y TUCUYO: DOS CIUDADES PERDIDAS EN LA SELVA

Para 1954, siendo estudiante de arquitectura de la Universidad Central, un gran escritor oriental, Alfredo Armas Alfonso, le informa a su hermano, compañero de estudios, Roberto Armas Alfonso, que cerca de Sabana de Uchire en la sierra norte de la costa debían estar los restos de dos ciudades que fueron saqueadas y quemadas en 1815 por las huestes españolas encabezadas por Morillo. Según cuentan las memorias del padre Caulín, enterrado en Purguey.

Para completar el azar, un hermano de Roberto Armas Alfonso era director de una escuela en Sabana de Uchire, y fue así como Roberto Armas nos convocó a un grupo de diez estudiantes para hacer una “expedición”, —como la llamamos pedantemente nosotros— a Sabana de Uchire con el propósito de encontrar los restos de esas dos poblaciones perdidas en la selva de la cordillera de la costa.

Recordando algunos nombres de quienes “hicimos” esa expedición están Enrique Hernández, Elio Vidal, Aguirre, Rafael Puig, Roberto Hernández, Elías Toro y otros que no recuerdo. Conseguimos equipo de cámara de filmar y recursos con la Universidad y en una caravana de cuatro vehículos con Roberto Armas de guía en una semana santa, arrancamos hacia Carmen de Cura, donde encontramos una ciudad abandonada toda en ruinas con una hermosa catedral tragada por la selva y mansiones coloniales en total abandono.

De allí nos dirigimos a una población del pie de monte llanero San José de Guaribe, ciudades que formaban parte de lo que Miguel Otero Silva llamó “Las Casas Muertas” del llano venezolano.

Como estudiantes de arquitectura que éramos comenzamos a retratar las casas antiguas y allí hicimos el primer descubrimiento: las casas estaban techadas con sogas de cuero tensadas y enganchadas y en las sogas, unas tejas rectangulares de madera de 0,40 x 0,20 m. como una gran hamaca de madera y sogas, al preguntar el nombre nos dijeron —esos son techos de escándula, una palabra tal vez de ascendencia árabe.

Cuando el viento le pega al techo, las escándulas se pegan unas con otras, pero en la otra agua del techo se levantan y suenan como un gran marimba poniendo música eólica a la habitación y refrescándola.

Allí alquilamos un camión que nos llevó al pie de la montaña donde se inicia el camino real que va a Sabana de Uchire. Nos paramos en las haciendas a ver el ordeño —conocimos y grabamos los “cantos de ordeño” que no conocíamos.

Después de más de seis horas de camino llegamos a un pueblo encantado: Sabana de Uchire. Con calles sembradas de grama y una hermosa plaza con árboles centenarios, donde hubo en 1920 un automóvil, comprado por un millonario hacendado de Sabana de Uchire —cuentan que el carro lo trajeron montado en bueyes desde Carmen de Cura— y que luego fue abandonado en la redoma de la entrada del pueblo donde lo retratamos, los rines de madera habían sido tragados por la termita, era un Ford T de 1918.

Allí en Sabana de Uchire, Roberto Armas nos conectó con su hermano y nos llevó a un viejo de más de noventa años, maestro y cronista de Sabana de Uchire. Que tenía una imprenta de 1850 con una prensa y nos mostró las matrices talladas en madera de hechos sucedidos entre 1850 y 1940, hechas en bajo relieve. Prácticamente un tesoro del nacimiento de la imprenta en Venezuela.

Recorrimos el pueblo y vimos el calvario en una avenida formada por un túnel de bambúes con una enorme cruz al fondo, era una catedral gótica vegetal.

Por la noche Armas Alfonso nos organizó un sarao con joropo, arpa cuatro y maracas, con todas las familias más importantes del pueblo incluyendo al cura de Sabana de Uchire. Donde todos aprendimos a bailar un joropo figureado típico del Guárico. Allí conocimos al indio Marichales que iba a ser nuestro guía por la montaña cuando iniciáramos la exploración.

Fue así como todos preguntamos al indio dónde había ruinas de pueblos abandonados en la selva: —Eso no lo hay por aquí, lo único que cuentan los abuelos es que en el camino hacia Boca de Uchire había postes donde amarraban a los negros esclavos con cadenas de oro.

Entre las informaciones que nos dio Armas Alfonso tenemos: que esos pueblos vivían del cultivo del añil y que el añil lo procesaban en grandes tanques. Con esa referencia le preguntamos al indio que si alguna vez había visto esos tanques, nos dijo que sí y nos llevó a las ruinas de los tanques.

Entonces uno de los estudiantes le preguntó al indio: —¿Y dónde espantan? Y él nos dijo: —Vengan por aquí donde cuentan que aparecen espantos por las noches.

Fue así como Elías Toro, uno de los estudiantes, vio un gran poste cuadrado muy alto con un corte a un tercio de la altura y el hueco de dos clavos, era una cruz. Estábamos en medio del pueblo, tal vez el calvario.

Nos reunimos todos a discutir cómo iniciar la exploración y nos preguntamos qué es lo que puede perdurar de una vivienda de barro y palma, alguien dijo: —las piedras de moler el maíz. Y fue así como nos dividimos en columnas perpendiculares hasta encontrar la primera piedra de moler. Al fin avistamos la primera piedra. Pusimos arriba la brújula y

marcamos los ejes cardinales ya que los pueblos tenían las calles orientadas al norte y al este. Al fin encontramos las primeras piedras cada siete varas (5 m.). Así ubicamos las calles en medio de la selva.

Alrededor de la cruz hicimos un recorrido hasta encontrar más cruces. Era un cementerio allí, encontramos cadáveres tapados con tierra que no fueron enterrados, y verificamos con los documentos de Armas Alfonso que eran muertos producidos por la peste o las hordas de Murillo.

Por las leyes indias esos pueblos tenían el cementerio detrás de la iglesia. Y así fue como Aguirre descubrió un piso de ladrillo con esperma todavía en el piso. Estábamos en plena catedral de Purguey. Las paredes de tapia estaban caídas y formaban promontorios paralelos que nos decían del tamaño de la iglesia.

Sabíamos que el padre Caulin, que habia sido obispo, estaba enterrado en el altar y tenía un crucifijo de oro. Dejamos para otro viaje el encontrar la tumba.

Al terminar el primer día de exploración decidimos volver al campamento, en plena selva. Reunimos a todos y yo pedantemente les dije es por aquí. Y el indio Marichales, burlándose de mí, nos dijo: —Usted está perdido, es pal otro lao. Ustedes están ciegos no ve que todas la hojas del piso miran para allá, donde se oculta el sol, era imposible para nosotros ver cuáles hojas miraban hacia el sol, ese es el fototropismo positivo de las plantas que se nos había olvidado.

Pero la lección más grande fue cuando nos dijo: —¿Quieren saber para dónde es el norte? Péguale la lengua a los palos y por donde esté más salada ese es el norte, para allá está el mar, por eso es que yo no me pierdo en la montaña.

Nos habíamos encontrado con el saber popular que es el saber ancestral, era para nosotros el comienzo de una nueva escuela, de unos nuevos saberes: los saberes del pueblo.

Pasamos tres días en la selva levantando los planos de Purguey y cuando terminamos iniciamos el regreso orientados por el indio Marichales hacia Boca de Uchire. Población de pescadores a la orilla de la laguna de Uchire, aún no había carretera por la costa. Nos faltaba identificar al pueblo de Tucuyo que estaba muy cerca de Purguey. Al bajar por la cuenca del río Purguey ya seco, pasamos por una meseta sembrada de maíz recién arado, era el primer asentamiento campesino que encontramos, al recorrer los bordes del sembrado nos encontramos con un tesoro, cientos de piedras de moler amontonadas que fueron arrastradas por los bueyes y colocadas al borde del barbecho sembrado de maíz, allí estábamos, en Tucuyo.

Topamos con un campesino agricultor, amigo del indio que nos sirvió de guía para continuar el camino hacia un caserío llamado Aguas Calientes por donde subiríamos a la montaña a encontrarnos con el camión que nos esperaba del otro lado de la sierra y nos llevaría al poblado donde estaban nuestros carros.

Al bajar por el camino lleno de cardones y cujíes, caminábamos por el río seco y jugábamos haciendo saltar piedras sobre el lecho seco, hasta que oímos que una piedra chocó con algo como una campana. Al ver ese gran objeto de hierro, escarbamos hasta descubrir que era el volante de un gran trapiche, el agricultor nos contó que su abuelo trabajó en ese trapiche y que todo aquí estaba sembrado de caña y que el río Purguey era navegable, desde allí veíamos cerca la laguna de Uchire... que el trapiche lo trajeron de Europa en un barco. Todo parecía fantasía, pero conocíamos los reportes dejados por el barón de Humboldt sobre la muerte de cientos de grandes ríos de Venezuela producto de las quemas y la deforestación, estábamos ante un desastre ecológico de gran magnitud. Al ver la fecha de fabricación del volante decía: "London -1850."

El agricultor nos llevó a su casa y nos preparó un pastel de morrocoy servido en el caparazón del mismo. Primera vez que comíamos un plato típico de la costa que solo se come en semana santa. Nos llevó el campesino hasta Aguas Calientes, subiendo por el camino real hasta la cresta de la

montaña, allí encontramos el balneario campesino de Aguas Calientes con una posada de grandes corredores llenos de hamacas de visitantes de semana santa. Y nos pusimos los trajes de baño a compartir con los vacacionistas campesinos las delicias de las aguas termales, nos dijeron que cuidado nos metíamos en la última poza llamada “la poza de Jumbor” porque allí se podían cocinar huevos y que tuviéramos cuidado con los nuestros. Evidentemente el agua estaba hirviendo, pero lo más notable era otro descubrimiento: por allí pasó el barón de Humboldt rumbo a Calabozo, y dejó su huella. Cuando por el Orinoco realizó su “viaje a las regiones equinociales” y en Calabozo se encontró con el pionero descubridor de la electricidad: don Carlo del Pozo, citado en su libro.

Subimos y bajamos la montaña, a la orilla de una quebrada nos esperaba el camión que nos llevó a nuestros carros. Había terminado para nosotros, jóvenes estudiantes aprendices de antropología y de historia, el encuentro con una hermosa página de tantos rincones ocultos que aún nos queda por descubrir en Venezuela.

EL NIÑO DON YON

Estando en Maracaibo, organizando con el Partido Comunista las unidades tácticas de combate en la sede del partido en un barrio, se presentó un señor de aspecto campesino con acento de los Andes y le pidió al secretario del partido que quería ingresar a las filas de la organización. El camarada le preguntó por qué quería ingresar al partido.

Él le dijo que no sabía nada de lo que era el comunismo, pero que en el basurero cercano a su casa le llegaban con el viento todas las propagandas de los partidos políticos y el único que dice que lucha por los pobres es este partido y como yo soy pobre quiero estar en el partido de los pobres.

Así entró “el Gocho”, como lo apodamos, a las filas del partido. Entre las anécdotas que nos relató nos dijo que vivía en un barrio muy pobre; y cómo él, hijo de agricultores de Palmira, estado Táchira, al ver que nadie tenía siembras, fabricó con palos de la basura muchas barbacoas que son cajones con patas metidas en latas con agua y llenas de abono donde tengo toda clase de hortalizas, que algunas las vendo y la mayor parte las regalo a mis vecinos y les enseño a sembrar; además, yo tengo un camioncito que es de la lavandería donde soy repartidor de ropa, como en el barrio no hay cine ni televisión yo les pido a los señores cuando entrego la ropa que me den películas para yo pasarlas en un proyector que me presta un compadre, y todos los sábados y domingos el patio de mi casa se llena de gente para ver las películas.

Y fue así como un día, cuenta el Gocho:

—Yo vi un aviso en el periódico de un tal *Dale Carnegie*, que decía que él enseñaba a hablar a la gente y que la primera lección era gratis, porque el curso para aprender a hablar costaba muy caro. Entonces busqué el mejor traje que tenía en la camioneta así como una buena camisa, me compré una corbata y me fui al hotel del Lago para la primera clase del señor *Dale Carnegie*.

La sala estaba llena de señorones, tal vez banqueros, muy bien vestidos, cuando empezó la clase el señor nos preguntó a todos que dijéramos una historia de nuestra vida para ver cómo hablábamos.

Cada quien fue contando: cuando fueron a New York en un crucero, o cuando viajaron a patinar en hielo a Canadá, etc., etc.; cuando me tocó hablar yo les dije que les iba a contar la historia del niño don Yon, que es la historia de mi vida de muchacho en Palmira, mi pueblo.

Mis padres trabajaban en una hacienda cerca de Palmira, mi mamá como cocinera y mi papá como peón; cuando había una fiesta gozábamos mucho comiendo las sobras que quedaban en los platos, el hijo de los señores de la hacienda se llamaba el niño Juancito.

Al niño Juancito lo mandaron a estudiar a Estados Unidos y cuando regresó ya no se llamaba el niño Juancito sino el niño don Yon. La familia organizó una gran fiesta para celebrarle su cumpleaños y fue así como nosotros supimos que era un cumpleaños, porque los niños pobres nunca cumplen años.

Yo les pido a todos ustedes, con hijos que todos los años celebran su cumpleaños, que vayan a los barrios donde yo vivo y les lleven regalos a los niños diciéndoles *feliz cumpleaños* para que puedan decir que alguna vez cumplieron años.

Nota: los señores le pagaron el importe del curso al Gocho. Al domingo siguiente todos se presentaron en su barrio cargados de juguetes diciéndoles a los niños: —¡Feliz cumpleaños!.

*Crear
hombres libres
es la más grande obra
de arquitectura
de nuestro tiempo*
F.V.

Reflexiones sobre Arquitectura



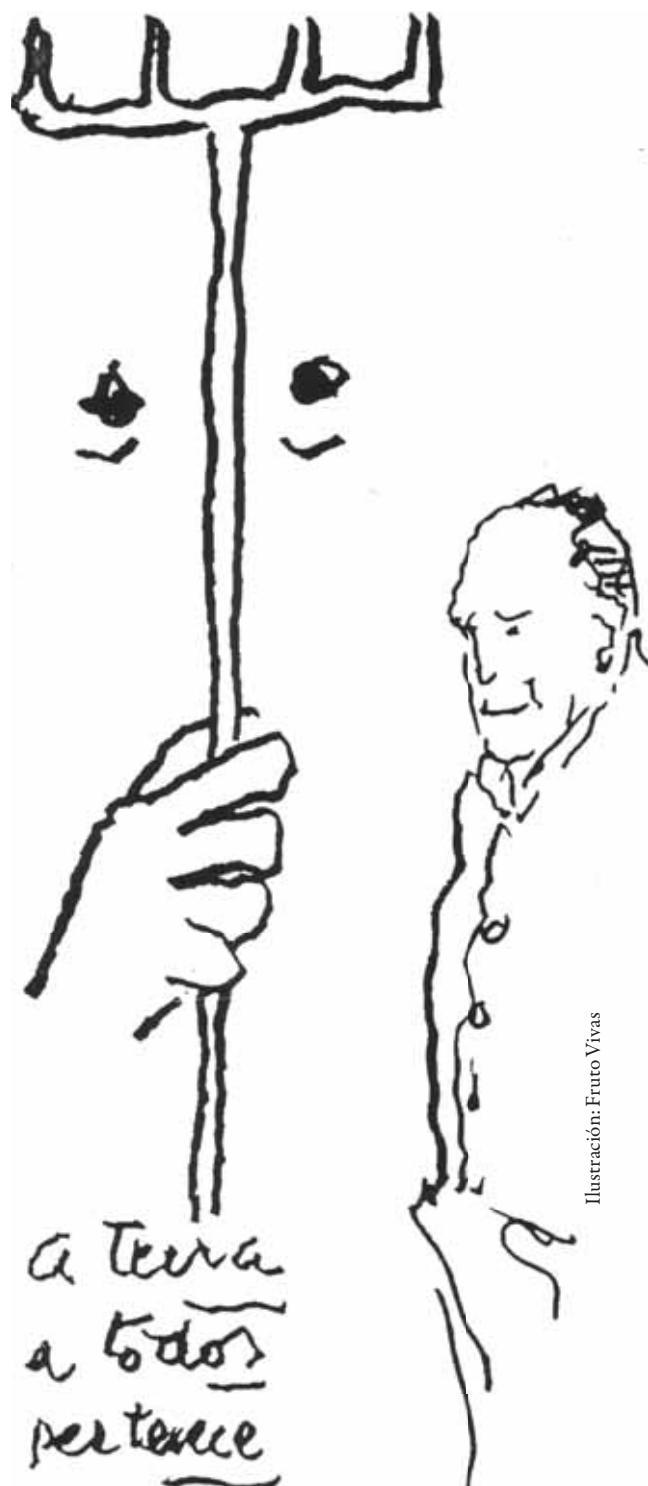


Ilustración: Fruto Vivas

OSCAR NIEMEYER

El arquitecto de una América Nueva

*No es el ángulo recto
lo que me atrae
ni la línea recta dura, inflexible,
creada por el hombre.*

*Lo que me atrae es la curva libre
y sensual:*

*la curva que encuentro en las montañas de mi país,
en el curso sinuoso de sus ríos... en las ondas
del mar*

en el cuerpo de la mujer amada.

De curvas está hecho todo el Universo

O. N.

Noventa años construyendo el futuro, imaginando sueños como mariposas blancas que se posan sobre el Planalto de Brasília, colocar sobre un risco de Niteroi un inmenso nenúfar blanco, posar una bandada de gaviotas sobre una plaza de São Paulo y dejar una mano sangrante de concreto en el corazón del parlamento latinoamericano... colocar la Cruz del Sur con Cristo entre los brazos sobre un ramo de nardos junto al Palacio del Itamaraty, donde una rosa de mármol blanco que semeja los cinco continentes flota sobre un mar de victorias regias, reflejando la majestad de los arcos de concreto que guardan una caja de cristal llena de lirios, juncos y heliconias.

Arquitecto de la poesía y de la esperanza, de las formas voluptuosas y simples, desgravitadas. Arquitectura con alas como si fuera un producto más de la naturaleza. Oscar Niemeyer, comunista firme como sus obras, comprometido con su pueblo, fiel a su pensamiento, cargado de una fuerza telúrica en su obra y en sus actos.

Noventa años de abanderado de sueños imposibles que después vimos florecer sobre una meseta de Brasilia.

Noventa años hablándonos de su fe en el porvenir por un mundo mejor que alcance para todos.

Noventa años comprometido con lo más sublime de la belleza, de la pureza y la creación.

Noventa años que marcarán el siglo XX con uno de los creadores que abrió las puertas con sus pájaros blancos a lo que será la arquitectura del tercer milenio. Oscar Niemeyer, maestro metido en lo más profundo, del corazón del pueblo, que lleva por sus venas toda la fuerza mágica de la selva amazónica, de la inmensa riqueza de una naturaleza indómita con toda la alegría del carnaval carioca y de la imagen iluminada del cielo de Copacabana en su *Reveillon*, visto desde su palomar, donde con su lápiz dibuja el mundo que ha soñado donde pueda anidar la esperanza.

CARTA DE LA MITAD DEL MUNDO

(borrador propuesta)

Mucho antes que la carta de Atenas, la carta de Machu Picchu o la carta de Kuala Lumpur, los pueblos ancestrales ya habían diseñado las pautas para crear un orden imperecedero en la arquitectura.

En la América indígena nos impusieron las Leyes de Indias para normar nuestras ciudades, usando como cimientos los monumentos millenarios que encontraron y que ya tenían sus leyes y cosmogonía propias, basadas en parámetros totalmente diferentes, nacidos de las constelaciones del área de la esfera celeste que veían.

En la civilización occidental cristiana, el punto referencial para la Historia es el año supuesto del nacimiento de Cristo, impuesto dogmáticamente y divorciado totalmente de la mecánica cósmica. Mientras en el mundo amerindio manejamos el Tiempo Largo en fechas exactas relacionadas con el giro completo de la constelación de la Cruz del Sur, 26.000 años.

Europa vivió encandilada por el mundo helénico, continuado en el Imperio Romano y revivido en el llamado Renacimiento, cuando, después de quinientos años de oscurantismo, la arquitectura encontró un lenguaje propio en toda Europa con la llegada del románico, y finalmente la magnificencia insólita del arte gótico que es brutalmente aplastado por el Renacimiento, repetido luego en la tenebrosa era del fascismo y las “democracias prepotentes” que se expresan en grandes obras

monumentales usadas como espejismos para imponer ahora a los pueblos sojuzgados la herencia de la Grecia antigua.

Igual hicieron los zares de Rusia al traer a San Petersburgo obras propias del Imperio Romano, importadas desde Italia y borrando las raíces islámicas de la cultura genuinamente rusa.

Sin embargo, los pueblos de Asia y Medio Oriente —Corea, Japón, China, Laos, Birmania, Indonesia y la India—, con solo dos mil años de contacto con el Occidente, conservaron en sus raíces su propia nacionalidad y perseveraron en defender integralmente todos sus valores, aun cuando en la actualidad estén siendo minados por la cultura occidental, su lengua, su música y sus monumentos son imperecederos y en ellos está escrito el mensaje ancestral, el mismo que también encontramos en Teotiwakan, Chichén Itzá, Copán, Machu Picchu y Tiahuanaco.

Es importante reconocer el poder total de la Iglesia sobre los pueblos, para lograr dar a las edificaciones religiosas un contenido místico; la luz, los olores, la música, la escultura, la osadía de estructuras no repetidas aún en la era contemporánea, salvo Antonin Gaudí, el último místico de la arquitectura.

Hoy cuando en el mundo aún perviven con valentía los herederos de nuestras culturas ancestrales resistiendo la vorágine de un colonialismo despiadado, al pie de los restos de sus espacios milenarios, todos los arquitectos del mundo enfrentamos la responsabilidad de la creación de las nuevas ciudades, de las nuevas edificaciones en un milenio que comienza con nuevos materiales y deslumbrantes “casas inteligentes”, fruto de las nuevas tecnologías. Un milenio también donde las dos terceras partes de la población del planeta padecen la más horrenda miseria originada por los grandes focos del poder y la prepotencia de los dueños insaciables de todas las riquezas y reservas de vida biológica y energética.

La Bestia hunde ahora sus garras atómicas en las selvas, los ríos, las montañas, en pos de adueñarse de todas las fuentes de vida, agua dulce y

oxígeno que nos regalaba el Astro Rey, creador de vida y dios supremo de todas las culturas ancestrales.

Estamos lógicamente comprometidos con nosotros mismos. Aquí y ahora, donde no falte nadie, ninguna cultura, ninguna etnia, ningún barrio humilde, ningún pájaro, ninguna flor.

*¡Diseñemos y construyamos el edificio de la
arquitectura de la esperanza!*

LA ARQUITECTURA HECHA LUZ

Cuando era estudiante definí la arquitectura como *el organismo exterior del hombre creado por él mismo, ubicado en el espacio y en el tiempo*, como una definición biológica, como un panal de abejas para las abejas o un nido de arrendajo colgado de una rama para un arrendajo.

Después de cincuenta años, no he cambiado de parecer y afirmo que la piel de la arquitectura es el límite físico entre tecnología, materiales y arquitectura. Donde termina la arquitectura comienzan las cosas, lo que la envuelve y podemos tocar la piel, y de allí en adelante está lo más inmaterial creado por el hombre: ¡la arquitectura!

Cuando vemos una pared, un techo, solo vemos la piel, no sabemos cuánto pesa, de qué espesor es, pudiéramos estar dentro de una caverna o en una escenografía de televisión donde todo es de cartón.

Recordando a nuestro más grande maestro, Carlos Raúl Villanueva, al decirnos que la arquitectura está hecha de luz, reafirmamos lo ya dicho. Si apagamos la luz del Sol o de los bombillos por la noche, todas las cosas están allí, los mármoles, las escaleras, los cristales, las obras de arte. Podemos tocarlas, pero no está la arquitectura, que es simplemente vida: ¡extensión de la vida! Y la vida solo existe en la luz.

Los ciegos perciben a través de los otros sentidos la arquitectura iluminada ¡viva! La huelen, la tocan, la oyen, la sienten y podría afirmar que la ven.

La arquitectura es la hermosa vasija donde se guarda el llanto, las emociones, la más grande razón de vivir que es el amor. La arquitectura nos conoce, ha visto a nuestros hijos jugar, a nuestros abuelos regar los jardines, nuestros dolores y angustias.

Nos deja ver las mariposas y sentir el calor de los árboles, la arquitectura nos envuelve, nos arropa y nos guarda el tesoro más grande del hombre: la alegría de vivir.

SON TIEMPOS DE CREACIÓN

Inventamos o erramos...

SIMÓN RODRÍGUEZ

Estamos a las puertas del tercer milenio y la humanidad entra en un peligroso descabro. Sin embargo este siglo que termina nos ha dejado un bagaje único, insólito en todos los campos del quehacer humano: hemos penetrado en lo más íntimo de la materia, descubriendo la más grande fuente de energía, que solo hemos usado contra nosotros mismos. Presentes están Hiroshima y Nagasaki. Hemos hurgado los rincones del universo, escudriñado el Sistema Solar y nos preparamos para viajar a todos los planetas. Somos capaces de hacer las naves más sofisticadas para volar a cuatro veces la velocidad del sonido, y tan solo las hemos usado para destruir el mundo milenario de Bagdad.

Todo un extraordinario desarrollo tecnológico nos ha permitido unir el Planeta, salvar miles de vidas con los nuevos métodos quirúrgicos, acumular información como jamás se había logrado. Millones de libros comprimidos en disco duro. Realmente el prodigio del desarrollo de este siglo aún no lo hemos valorado. Estamos encandilados frente a la sumatoria creciente del mundo tecnológico. Pero qué amargo que hoy más que nunca millones de hombres se mueren de hambre. América Latina toda está contra la pared, hipotecada, acorralada precisamente por las fuerzas que detentan, asumen y son dueñas de todo el desarrollo tecnológico. Sobre las villas miseria, entre drogas, desnutrición y desarraigo cultural, vuelan los *jets* electrónicos, telecomandados, manejados por las sofisticadas computadoras.

Dos mundos que crecen amargamente con la imagen de un espejo. Uno hacia el más alto desarrollo y otro hacia la máxima pobreza.

Las grandes metrópolis desarrolladas consumen mas del 90% del combustible útil del Planeta. Producen todo el veneno que nubla los cielos urbanos, los ríos contaminados, el agua del mar en peligro de acabar con toda la fauna marina, último recurso biológico del hombre.

En los últimos cien años, hemos visto desaparecer miles de especies que nunca más veremos; así como desaparecieron los dinosaurios por un extraño cataclismo, igualmente el mundo biológico se prepara para su muerte producida precisamente por ese desarrollo tecnológico que destruye bosques y fabrica desiertos.

Así nos aproximamos a un tercer milenio con seres que tienen que usar máscaras antigases y que tendrán que guardar toda el agua de lluvia para poder beber.

Y nosotros, arquitectos, ¿qué?

Ver los inmensos rascacielos de cristal con vida artificial por un lado y las villas de miseria por el otro. Con el agravante de que el suelo urbano crece aceleradamente en valor y se aleja de los millones de pobres que requieren un techo, un lugar para vivir dignamente. Allí está nuestro compromiso.

¿Estará en nuestras manos la posibilidad de dar respuesta espacial a esos millones de seres?

Por otra parte, la vivienda debe ser, cada vez más, una solución integral, autónoma, capaz de producir su propio oxígeno, los alimentos básicos de toda la familia. Aprovechar que el Sol brilla para todos y que esa fuente infinita de energía nos permite sembrar primero los árboles, para hacer la casa y después darnos todo lo necesario para vivir, aun la energía de las máquinas que necesitamos para transformar los productos.

Estamos así frente a la casa productiva, la misma de nuestros antepasados, que fueron capaces de sobrevivir por milenios en los más agrestes desiertos y montañas.

Esa lección magistral del pasado es la que nos obliga a reflexionar y decir: son tiempos de creación, son tiempos de esperanza.

Debemos mirarnos en el espejo de la Historia, de las comunidades que con su cultura de resistencia hoy todavía sobreviven al holocausto de la llegada de los europeos a América.

Si analizamos una comunidad aborigen, como los otavaleños de Ecuador, los mayas de Chichicastenango en Guatemala o los guambianos de los Andes colombianos, veremos el extraordinario ejemplo que nos dan con su desarrollo. Ellos no tienen deuda externa ni están hipotecados. Para muchos turistas son espectáculo de *native color*, pero para ellos es su razón de sobrevivir, de consolidar su identidad, su lengua y sus costumbres, y luchar a brazo partido para no ser aniquilados por la avalancha del llamado progreso, el mismo responsable de la contaminación, del envenenamiento de los ríos, pero también de un poderoso desarrollo tecnológico que nos pertenece a todos porque de alguna forma todos hemos contribuido a crearlo, unos con su sudor, otros con sus ideas y otros apropiándose de las cosas.

A todos corresponde por igual juntar nuestras ideas, nuestros sueños. Desafiar al futuro cada día y, por sobre todo, caminar codo a codo con esos millones de desamparados que guardan un potencial de esperanza y en cuyas manos descansa el futuro.

El pueblo tiene la palabra y a nosotros no nos queda otra alternativa que estar junto a él construyendo lo que esté a nuestro alcance. Sin temer a soñar lo imposible, pero haciendo verdad cada día un pedazo de ese imposible.

“Quien intenta lo absurdo conquista lo imposible”

Son tiempos de creación, pero de creación para la vida.

HACIA UNA ARQUITECTURA DEL COMPROMISO

El concepto de arquitectura del compromiso aparece en Venezuela en el valioso libro documental *Caracas y su arquitectura*, de Juan Pedro Posani.

Le toca pues a ese puntal de la arquitectura venezolana, uno de sus cronistas y críticos más valiosos, crear una nueva categoría para evaluar nuestro trabajo como arquitectos.

Podríamos decir que toda nuestra pléyade de arquitectos que han estado trabajando en las instituciones públicas, comisiones de urbanismo, ingeniería municipal, contratos con el Estado para elaborar obras sociales —como lo han sido todos los desarrollos del Banco Obrero, después INAVI, Fundabarrios, Fundacomún, vivienda rural, edificaciones escolares, asistenciales y de servicios públicos—, forman parte de los aportes fundamentales a nuestra historia de la arquitectura, y es en ellos donde se inician los aportes en esa valiosa categoría que es la arquitectura del compromiso.

Agregar un juicio aún más importante: *arquitectura de la responsabilidad*.

Podríamos decir que los pioneros de esa arquitectura fueron los que elaboraron las primeras obras sociales del país, como el Hospital Vargas, los sistemas de mercados populares de casi todas las capitales de estado como Barquisimeto —muchas de ellas realizadas en las épocas de Guzmán Blanco y Gómez—, Maracaibo, Caracas, etc.

El fortalecimiento de esa arquitectura parte de los inicios de la era democrática, cuando se inician los grandes planes educativos en Venezuela y se construyen las primeras edificaciones escolares donde Villanueva, Malausera, Chataing y muchos otros pioneros de la nueva arquitectura venezolana, inician con sus obras sociales la arquitectura de la responsabilidad, diseños de una altísima calidad ambiental que reviven la arquitectura tropical iniciada en los patios coloniales de la vieja Universidad Central y continuada en excelentes diseños de edificaciones escolares para la época del general Isaías Medina.

Le corresponde al maestro Villanueva, con la escuela Gran Colombia, diseñar la primera obra donde aparecen los rasgos de una nueva visión de la arquitectura.

En el campo de la vivienda social es importante destacar a los pioneros que hicieron los primeros desarrollos para el naciente Banco Obrero de los años 30, tales como el proyecto de la urbanización Propatria del maestro Carlos Guinand, los conjuntos urbanos multifamiliares de Vista Alegre y posteriormente los macrodesarrollos urbanos realizados por el equipo dirigido por Villanueva en el Banco Obrero, como los planes masivos de vivienda de la urbanización de Coche, Casalta, 23 de Enero y, por sobre todo, la obra maestra de El Silencio, iniciada en el período del general Medina, donde se afirma nuestra identidad en la arquitectura creando el modelo más valioso de reordenamiento urbano, respetando y retomando elementos de nuestro pasado colonial, pero dejando unos espacios íntimos de grandes patios arbolados en el propio corazón y devolviendo a la ciudad los amplios corredores que una vez tuvieron nuestras calles y que con la llegada de carrozas y carretas y después el automóvil, fueron desapareciendo. A todas nuestras ciudades coloniales le fue negado y cercenado su corredor empedrado donde amarrar las bestias de carga, hoy sustituida por gandolas y camiones.

Es una pena para nosotros los arquitectos formados en la escuela de la responsabilidad del maestro Villanueva, no haber aprendido la lección de El Silencio con que se inició la primera intervención urbana trascendente.

Es importante destacar la excelente labor desarrollada por todos los arquitectos vivandistas que hicieron posible los innumerables planes de vivienda de la era del Banco Obrero, entre otros el proyecto Cerro Grande del arquitecto Guido Bermúdez o los desarrollos en el barrio La Concordia de San Cristóbal, de Juan Andrés Vegas y Julián Ferris. Muchos de estos proyectos hacen grandes aportes a la arquitectura social y al urbanismo.

Y no hay que olvidar el papel rector en los programas de vivienda que jugó Leopoldo Martínez Olavarría con el Taller de Diseño en Avance, que da inicio a la investigación constructiva y donde destaca el aporte del arquitecto Enrique Hernández en el Sistema de las Edificaciones, junto con todas las propuestas posteriores en nuevas tecnologías para la construcción.

Para esa época penetran en el mercado de la vivienda los sistemas prefabricados de grandes paneles que tuvieron una vida efímera, no por su calidad, sino por su dependencia sofisticada de las tecnologías. Mas recientemente, están los aportes tecnológicos del IDEC bajo la dirección de Enrique Hernández, abriendo las puertas de la investigación y experimentación, entre ellas las propuestas de estructuras transformables realizadas por un relojero de la técnica, Carlos Hernández, con excelentes propuestas en estructuras límites de máxima eficiencia.

Todo esto desarrollado por un equipo de profesionales, en todas las disciplinas, que nos dejan propuestas como el Instituto Tecnológico de Yaracuy, el Banco del Libro en Altamira (Caracas) y la transferencia tecnológica del Sistema Inglés para Edificaciones Educativas.

Para los años sesenta se inician los procesos de renovación universitaria continuando la ola de cambios producidos en las universidades francesas.

La Universidad Central en su conjunto, ante los cambios políticos sucedidos en Venezuela después del 23 de enero, realiza una tarea de alto valor social como lo fue el censo de los barrios de Caracas, un diagnóstico

de una realidad desconocida que sirvió de base para audaces y renovadores programas de acción en los barrios populares.

Uno de los programas más trascendentes que entran dentro de una arquitectura de la responsabilidad fueron la creación de parques de recreación dirigida, emulando una valiosa experiencia francesa, a cargo de un equipo de pediatras sociales encabezados por el doctor Gustavo H. Machado, fundador del Hospital de Niños y presidente del entonces Consejo Venezolano del Niño. De ese equipo de médicos recordaremos a Lía Imber de Coronil, Olinto Camacho, Hernán Méndez Castellano, Rafael Andrade Niño y Zaira de Andrades, José Francisco, entre otros.

El proyecto consistía en desarrollar en casi todos los barrios más densos de la capital y después de todo el país, un parque muy particular, con una edificación modular, que me tocó diseñar y construir para servicios sociales, tales como: consultorios, salas de juego, talleres de artesanía y pintura, cerámica, biblioteca, salas de clase para cursos antidrogas, cultura ambientalista, así como piscina para natación, campos de juegos, etc.

Era el año 1959, tiempos del plan de emergencia del presidente Larrazábal. Se construyeron cuarenta y tres parques en seis meses que produjeron cambios profundos en los jóvenes de los barrios, que tenían seis horas libres sin escolaridad, creando una nueva filosofía del tiempo libre y recreación. Uno de los frutos más relevantes de esa experiencia fue la victoria de los atletas de los parques de recreación dirigida en competencias con los clubes de las clases altas de Caracas. Así como una gran exposición de pintura en el Museo de Bellas Artes con más de dos mil obras, dirigida por nuestros más relevantes creadores, como Abilio Padrón, Jacobo Borges, entre otros.

La vergonzosa historia de los políticos posteriores hizo desaparecer esta extraordinaria experiencia a favor de la salud mental del pueblo. Valdría la pena replantear en estos momentos ideas similares, agregando los talleres de educación para el trabajo y la productividad pero a partir del papel autogestionario de las comunidades.

Para los años sesenta se crearon en la facultad de Arquitectura los talleres verticales siguiendo los programas de renovación universitaria, en los cuales esta facultad, unida a programas sociales desarrollados por la Universidad como fue el censo de los barrios, se volcó, con los talleres en brigadas de jóvenes estudiantes, hacia los barrios populares a resolver problemas concretos con las familias humildes, realizando propuestas para construcción de viviendas, escuelas, ambulatorios, en actos participativos que ligaron la Universidad con la realidad dramática de los barrios.

De estas experiencias destacaremos algunas, como el diseño y construcción de la iglesia y viviendas en la comunidad de Manzanita en el estado Lara, bajo la dirección del estudiante Domingo Acosta y cuarenta alumnos de la Unidad Once que viajaban conmigo como tutor y profesor de la Unidad para construir en dos meses una iglesia en colaboración con los niños de La Ciudad de los Muchachos, bajo la tutela del sacerdote Ángel Riba, creador y fundador de dicha institución benéfica.

Igualmente es necesario destacar el trabajo realizado en la comunidad de Casalta, bajo la dirección del arquitecto José María Matamoros, quien después bautizaría a sus brigadas de estudiantes-construtores con el nombre de Escuela Popular de Arquitectura.

Fueron muchas experiencias realizadas por estas brigadas de jóvenes estudiantes, pero con un problema que estaba fuera de su alcance y es que ellos trabajan por semestres y la vida de los barrios tiene otra velocidad: al graduarse los jóvenes, eran abandonadas las tareas de los barrios. Fue necesario, entonces, cambiar esa participación por el voluntariado para grandes contingencias como lo fue para los años ochenta la gran inundación de Boconó, estado Trujillo, donde me tocó promover en cinco universidades unas brigadas de emergencia para dar solidaridad a los damnificados. Fue así como sumamos más de ciento veinte voluntarios entre profesores y alumnos, fuera de sus estudios, para construir en dos semanas treinta y cinco viviendas con sistemas constructivos desarrollados durante la experiencia, siendo esta una de las más ricas cátedras de aprendizaje durante una tragedia.

Se trabajó en construcción, producción y montaje de los componentes, servicios de agua y drenajes con brigadas mixtas de campesinos y estudiantes. Aquí en esta hermosa experiencia está vivo el germen de lo que debe ser la arquitectura de la responsabilidad.

Para esos años se inicia la Revolución Sandinista en Nicaragua, y ante la devastación dejada por la guerra se creó en la Universidad una brigada de voluntarios bajo el nombre “Carlos Aponte”, luchador internacionalista que peleó en Nicaragua, El Salvador y Cuba durante las dictaduras de Somoza y Machado.

Los estudiantes hicieron verbenas y recolectaron libros y materiales para dotar la facultad de Arquitectura de la Universidad de Managua, que había sido destruida por las hordas somocistas.

Fueron dos brigadas de cuarenta estudiantes cada una las que estuvieron un año en Managua, desarrollando proyectos para el proceso revolucionario. Estuve de tutor de la brigada y lo más importante fue el trabajo práctico de los estudiantes desarrollado sobre una dura realidad. Luego vendrían a Venezuela estudiantes nicaragüenses.

Además de los proyectos desarrollados en equipo con arquitectos nicaragüenses, merece destacar la construcción por parte de la brigada de una iglesia en el barrio Villa Venezuela, donados los recursos por el entonces presidente de Venezuela, doctor Luis Herrera Campins.

Se diseñó y se construyó en Managua en tan solo ocho días, siendo inaugurada la obra por el presidente en su visita a Nicaragua. Los estudiantes lograron que les facilitaran un avión de transporte del Ejército venezolano para trasladarse y llevar dos toneladas de equipos para la facultad de Arquitectura.

Esta iglesia se convirtió en un símbolo del trabajo solidario, así como un ejemplo más de ese compromiso con la arquitectura al servicio del pueblo.

Otras universidades en sus facultades de Arquitectura han hecho contribuciones a una arquitectura de la responsabilidad con innumerables proyectos, tales como los desarrollados por la Universidad de los Andes, la del Zulia y la Universidad Centro Occidental de Lara.

Para 1998, en un Congreso Internacional de Arquitectura realizado en San Cristóbal, me tocó proponer la creación de la Escuela Itinerante de Arquitectura de Nuestra América, a partir de la idea planteada por el escritor Joaquín Gabaldon Márquez en el foro “En defensa de la ciudad” en Caracas, en 1980, de crear la “capital de América”, a inspiración de las propuestas del Libertador Simón Bolívar durante el Congreso Anfictiónico de Panamá.

Bolívar había planteado la necesidad de crear esta capital en la Goajira venezolana cerca de Santa Marta, con el nombre de Ciudad de Las Casas, para lo cual se propuso hacer un concurso en todas las facultades latinoamericanas a fin de lograr ideas para el diseño de dicha ciudad. Este proyecto está pendiente.

En el citado Congreso convocamos a los arquitectos a reunirse periódicamente en diferentes facultades. No a dar conferencias sino a construir prototipos, modelos de una arquitectura necesaria para cada lugar de América Latina.

La primera convocatoria fue en Cúcuta, durante el encuentro patrocinado por las alfarerías colombianas, para lo cual el arquitecto Alfonso Ramírez Ponce construyó con los estudiantes una cúpula experimental. Con motivo de la Escuela Itinerante hemos visitado todos los países de América Latina utilizando las convocatorias de CITED, de los congresos y bienales de arquitectura para reunirse a producir propuestas reales sobre distintos problemas locales, tales como: la experiencia de Cuenca, donde los estudiantes de arquitectura bajo mi dirección construyeron en dos días una alternativa de vivienda de bambú para El Hogar de Cristo, de Guayaquil, un taller que produce casas de bambú en Ecuador, todo ello en el contexto de una gran inundación que sucedió en toda la costa ecuatoriana.

La brigada de Cuenca, compuesta por estudiantes de distintas escuelas de Arquitectura, se trasladó después del congreso a unirse solidariamente con los damnificados de Guayaquil y al igual de la experiencia en Boconó, cumplieron con tareas de construcción en viviendas de emergencia bajo la dirección del arquitecto y maestro del bambú, Jorge Morán Ubidia.

Similares experiencias han sido realizadas durante todos estos años en todos los países de América Latina, compartiendo experiencias con grandes maestros.

Vale la pena mencionar la convocatoria realizada por el arquitecto colombiano Carlos Morales en la Universidad de San Buenaventura de Cali, para proponer viviendas de emergencia en beneficio de más de un millón de desalojados por los paramilitares de Colombia, que, en condiciones infrahumanas, vivían en la selva, bajo cubiertas de plástico entre los árboles. Allí durante un mes compartimos con González Lobo, de México, y Eduardo Aguirre, de Guatemala, donde vimos las viviendas de emergencia realizadas después del terremoto en México y la experiencia, en Guatemala, del desmantelamiento de viviendas transitorias de veinticinco mil guerrilleros.

Allí, mas de ciento treinta y cinco estudiantes de distintas facultades de Arquitectura de Colombia nos dejaron excelentes propuestas de viviendas de emergencia para los desalojados por la guerra.

Otra experiencia digna de ser mencionada es el taller del arquitecto Carlos Levington en la facultad de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires, donde cumple tareas similares a las de la Escuela Itinerante de Arquitectura, produciendo estructuras de mallas metálicas de rápido montaje y recubiertas de poliestireno para los barrios pobres de Buenos Aires; las cuales ya las producen las cooperativas populares y se están usando en África y Asia bajo la dirección del gran maestro Levington.

Igualmente mencionaremos, de la Escuela Itinerante de Arquitectura, todos los talleres de construcción dictados en Monterrey, Pachuca, Mérida, Puebla, en México, junto a González Lobo y Ramírez Ponce, así como la última experiencia de la Escuela realizada en un barrio de Manta, costa ecuatoriana, con un equipo de expertos en bambú construyendo una vivienda modelo, bajo la dirección del arquitecto ecuatoriano Jorge Morán Ubidia.

Con esta breve visión casi cinematográfica de lo que ha sido el trabajo de los grandes maestros venezolanos y los colegas latinoamericanos con esta hermosa experiencia de la Escuela Itinerante de Arquitectura, también es importante mencionar los talleres dictados por el IDEC, con invitados internacionales, y los dictados por mí en la Universidad Centro Occidental de Lara, en la escuela de Ingeniería, con participación de maestros internacionales.

Para cerrar este capítulo de la arquitectura de la responsabilidad hablaremos de la obra reciente del arquitecto Juan Pedro Posani, Premio Nacional de Arquitectura y compañero de viaje en la obra monumental y patrimonial que representa la Ciudad Universitaria de Caracas, junto al maestro Carlos Raúl Villanueva, con el proyecto de los módulos culturales desarrollados por el CONAC para muchas comunidades del interior de la República, el cual representa uno de los más valiosos ejemplos de arquitectura tropical, con estructuras límites metálicas de máxima eficiencia, que nos permiten visualizar cuál es el camino a seguir en edificaciones de servicios públicos donde la luz y el aire del trópico nos devuelvan la calidad ambiental de una vivienda wahiba en las orillas del río Anauco.

Por todo ello invito a mis colegas arquitectos y no arquitectos a contribuir con nuestro esfuerzo y conocimientos a servir a nuestro pueblo compartiendo sus angustias, aprendiendo de él, uniéndonos a ese tema que es la arquitectura de la responsabilidad y el compromiso, para así poder decir con verdadero orgullo que nuestras obras contribuirán a consolidar una Venezuela realmente digna.

HA SIDO VEJADO EL PATRIMONIO CULTURAL DE BARQUISIMETO

Barquisimeto tiene el privilegio de tener una de las obras más representativas del arte del siglo XX, realizada por un gran maestro del arte contemporáneo, Carlos Cruz Diez:, el *Monumento al Sol Naciente*.

Bastaría leer a uno de los más connotados críticos del arte, Alfredo Boulton, para comprender y estimar el altísimo valor de esta obra, colocada en el este de la ciudad de Barquisimeto al final de la arteria vial más importante en el cruce con el otro eje norte-sur que es la avenida Los Leones, donde sobre un montículo de más de cincuenta metros de diámetro y a tres metros del nivel de la avenida, unas alas de acero con fisiocromías propias del arte de Cruz Diez, emergen del suelo en forma radial conformando un espacio virtual policromado de altísimo valor estético y, en esta semana, con motivo de los eventos promovidos por la Copa América, se ha colocado una gran feria popular montada sobre el monumento escultórico con un gran *duomo* blanco de lona en el centro y en toda la periferia tarantines con grandes anuncios de cerveza, amarrados a las alas del monumento, tarantines para orquestas, grandes balones de fútbol y el pájaro multicolor gigante, emblema de la copa, así como sanitarios portátiles colocados entre las alas policromadas.

¡Jamás había habido un vejamen tan grande a una obra de arte!

Tan solo imaginemos la Torre Eiffel en París llena de carteles de propaganda, la Estatua de la Libertad con una botella de un refresco muy conocido en la mano o el Cristo del Corcovado en Río con grandes carteles

de cerveza guindando debajo de sus brazos. Hago estas referencias para entender la profundidad del atentado a la cultura en un país que se inicia con grandes planes, dedicada precisamente, a engrandecer el arte.

Esta no es la única agresión que ha tenido este monumento, hace algunos años el arquitecto chileno Hernán Pizarro, ya fallecido, de paso por esta ciudad vio con pasión el altísimo valor de esta obra y observó que la habían rodeado en toda su periferia de grandes vallas publicitarias comerciales, desvirtuando el valor escenográfico de la obra e inició una protesta pública que fue oída por las autoridades locales y finalmente logró el retiro de todas las vallas comerciales.

Del mismo modo se han hecho críticas severas a los propietarios de un gran centro comercial que está detrás del monumento, que colocó en el eje de la avenida un gran portal luminoso con un gran sol que perturba la visual del verdadero *Monumento al Sol Naciente*.

Nos gustaría saber la opinión del ministro de la Cultura sobre este atropello a una obra de arte.

Hago un llamado con el peso más positivo a todos los responsables de este absurdo atentado a la cultura, a devolverle su majestad al monumento y no volver a vejar el patrimonio sagrado de nuestros valores culturales o si el señor alcalde considera que ese sitio es un área ferial, entonces se hace necesario desmontar el monumento y llevarlo a donde se respete el valor de una obra de arte.

Es una pena decirle al señor alcalde que al lado del monumento hay un gran parque urbano donde es posible realizar todo tipo de feria.

Queremos recordar que en 1977 y 1980, Barquisimeto fue sede de dos grandes eventos nacionales: el foro “En defensa de la ciudad” y el “Encuentro por la defensa nacional de la cultura”, en homenaje a Aquiles Nazoa, donde se dieron pautas sobre el valor del patrimonio cultural de Venezuela.

La Venezuela nueva que deseamos construir y estamos construyendo, donde avizoramos la creación de una nueva sociedad, no es para avasallar nuestro patrimonio cultural sino para respetarlo, cuidarlo, multiplicarlo y engrandecerlo.

EL ROSTRO AGREDIDO DE NUESTRA CIUDAD

Cuando hacemos un recorrido por la ciudad y contemplamos su rostro, observamos con profunda tristeza que las edificaciones que una vez fueron hitos urbanos de reconocidos arquitectos, hoy han sido cubiertas en la totalidad de su fachada por gigantes pancartas publicitarias, algunas de ellas con vistosas modelos en bikini, independientemente del contenido del mensaje que atañe a las normativas legales existentes sobre publicidad.

Todas las autopistas de mayor tránsito han sido atiborradas de anuncios gigantescos que ocultan la majestad de El Ávila o la fisonomía urbana de nuestra ciudad. No estamos contra la publicidad, es la publicidad la que está contra de nosotros, contra nuestra ciudad, contra el espacio urbano de nuestra ciudad.

Una ponencia histórica del primer foro “En defensa de la ciudad” realizado en Barquisimeto y Caracas, en 1977, nos habló de la contaminación visual independientemente del contenido de la publicidad, donde a los niños se les llena de mensajes de licores y cigarrillos que distorsionan su identidad y su cultura, además de la distracción que producen a los conductores de vehículos.

Vale la pena recordar que cuando fueron inauguradas las primeras autopistas en Venezuela, en la época del general Marcos Pérez Jiménez, estaban prohibidas las publicidades en las vías expresas. No tengo conocimiento de por qué en la era democrática ha sido derogada esa normativa.

Llamo la atención a los poderes locales, a los señores alcaldes, a los concejales, a las instituciones que velan por la salud mental del pueblo, a tomar medidas preventivas y a dictar normas sobre la publicidad urbana, para no envenenar más el rostro de nuestra ciudad y, sobre todo, respetar el celo de nuestros arquitectos por aumentar la calidad visual del espacio urbano, que luego es cubierto con gigantogramas que desdibujan la verdadera realidad urbana.

Invito a todos los defensores de la calidad urbana de la ciudad, a las instituciones que velan por la salud mental del pueblo, a los alcaldes, a recorrer toda Europa desde la Península Ibérica hasta los Urales, para sentir el placer de disfrutar un espacio limpio, descontaminado de pancartas publicitarias, donde quizás el único hito que recuerdo es el inmenso *Toro negro*, colocado en las colinas de Andalucía como símbolo de una región vinícola española, sin un nombre, sin un mensaje que no sea el símbolo de una región.

Este respeto por el paisaje, por la contemplación de dos mil años de Historia, no está manchado, ni minado de carteles, está maravillosamente limpio, sujeto a normas para la comunicación visual; cada ciudad tiene sus espacios para las carteleras, tiene sus normas para el tamaño de los avisos, para un restaurante, una tienda, etc.

Cuando me tocó diseñar para la institución que maneja el sistema vial del estado Zulia, colocar los hitos a las entradas de todas las ciudades y proponer normas para eliminar los carteles gigantes en las vías, se recomendó hacer un inmenso andamio espacial con los carteles de servicios urbanos, hoteles, centros comerciales, tiendas, productos regionales, etc.

Estas inmensas carteleras parten de una idea del arquitecto Jorge Romero, quien al diseñar un centro de oficinas en Sabana Grande (Caracas), solicitó los servicios de un maestro de la escultura: González Bogen, para diseñar una estructura modular espacial, con carteles previamente diseñados con el escultor, para colocar todos los avisos del Centro Profesional del Este, lo cual no se ha repetido más en nuestra ciudad. Aún

está visible esta escultura publicitaria en dicho Centro para guardar y velar por la salud mental de nuestro pueblo. Repito: *no estamos contra la publicidad, es la publicidad que está en contra de nosotros.*

MÁS VALE PREVENIR QUE LAMENTAR

Al igual que en salud la prevención es su base fundamental, lo es en las obras civiles hechas por el hombre: puertos, represas, puentes, edificaciones, etc. El término “prevención” está implícito desde el inicio mismo de las obras y en toda su vida útil. En los proyectos de obras civiles se toman en cuenta todas las contingencias posibles, endógenas o exógenas, sea por acontecimientos telúricos: terremotos, ciclones, inundaciones, maremotos, fallas geológicas o tectónicas, así como la calidad de los materiales, su ejecución y su diseño. Sin embargo estamos sometidos periódicamente a acontecimientos catastróficos donde las consecuencias tanto físicas como humanas son producto de la *imprevisión*.

El presente artículo está dedicado a lo que ha sido mi experiencia personal en estos acontecimientos, para los cuales junto a compañeros profesionales habíamos recomendado tomar medidas preventivas que pudieran evitar los desastres ocurridos posteriormente.

Comenzaremos por uno sumamente importante en la historia de las estructuras realizadas en Venezuela, el puente sobre el Lago de Maracaibo.

Me tocó estar presente en el proceso de construcción del puente y conociendo en detalle las características de la estructura antes de que colocaran las vigas centrales, promovimos con el doctor Carlos González Bogen, Ibrahim López García e Iván D’Angelis (capitán del tanquero más grande de la Shell) un simposio en la facultad de Ingeniería de la Universidad del Zulia que titulamos: “Cómo se va a caer el puente sobre el Lago”, ya que dicha estructura no soporta impactos perpendiculares a la

dirección del puente; recomendando amortiguadores de arena confinada en un tablestacado piramidal, se argumentó en contra el alto costo. El capitán Iván D'Angelis renunció a la dirección del barco, negándose a pasar bajo el puente sobre todo en los días de calina de febrero a marzo, que impide la visibilidad del puente aun de día. Aceptó pasar el barco solo con remolcador y argumentó la deriva que se produce por las corrientes distintas de viento y del lago, que hoy con los radares actuales puede corregirse.

Cuando se produjo el impacto de un tanquero contra el puente lejos del paso de los barcos, el ministro de la Defensa, que conocía los argumentos que habíamos hecho sobre la estructura, me llamó para que le informara sobre nuestras observaciones. Le respondí diciendo que el accidente que esperamos era por todo el centro del puente y que estaba pendiente aún el colapso del puente por choque con un barco. Muchos años más tarde el presidente de Corpozulia, doctor Chumaceiro, nos convocó a una reunión sobre la Siderúrgica del Zulia y mi propuesta en ese evento, que anexamos con dibujos, suponía una alternativa para proteger las bases del puente y colocar otra estructura metálica colgante similar a la del puente sobre el Orinoco, apoyada en el tablestacado, que permitiera pasar los autos livianos por la estructura colgante y por la pista actual, agregar el paso del ferrocarril. Independientemente de la inversión de esta propuesta, la protección de los pilotes es vital.

Le tocó al ingeniero Ibrahim López García hacer el estudio de los tirantes que soportan el puente demostrando su posible colapso por deterioro, lo cual logró que el equipo técnico bajo la dirección del ingeniero Juan Otaola, coautor del puente, colocara cables de emergencia para luego reponer cables definitivos como los actuales. Aun así, es importante colocar muros protectores en el arranque inferior de los cables que impidan un impacto contra los mismos donde el enemigo principal es el fuego que pondría en crisis la estructura, esto se llama: *prevenir*.

En un congreso de defensa civil realizado en la década de los 80 en Barquisimeto, me tocó plantear puntos de alta vulnerabilidad como eran

los depósitos de petróleo y balones de gas ubicados en zonas urbanas y los estacionamientos subterráneos, sin medidas de prevención de incendios. Pusimos de ejemplo el balón de gas de Plan de Manzano en la bajada hacia el litoral en Caracas y el peligro de su ubicación; pusimos de ejemplo el estallido de un balón similar en la ciudad de Pittsburgh, Estados Unidos, en 1947. Se produjeron siete mil muertos y el estadillo en la década de los 80 de otro balón de gas en Ciudad de México, veintidós mil muertos.

Hablamos de los depósitos de petróleo de Tacoa, Catia la Mar y en toda la Costa Oriental del Lago y sobre la refinería de Puerto la Cruz con sus depósitos de petróleo en la periferia de la ciudad. Dolorosamente estalló el depósito de petróleo de Tacoa con más de trescientos muertos. El balón de gas de Plan de Manzano fue eliminado aliviando el peligro de un estallido en zona urbana.

Venezuela es un país petrolero con áreas de altísima vulnerabilidad y se hace necesario redoblar las medidas de prevención, para lo cual PDVSA cuenta con un plantel altamente calificado en medidas de seguridad.

Los estacionamientos subterráneos

Conozco solo dos ciudades donde están prohibidos los estacionamientos subterráneos bajo los edificios: Londres y Curitiba-Brasil. Durante la Segunda Guerra Mundial los alemanes ordenaron bombardear los grandes estacionamientos para ahorrar en bombas dada la alta combustibilidad de los automóviles, esto obligó a la municipalidad de Londres a desarrollar excelentes sistemas de transporte masivo y bajar el uso de estacionamiento de autos dentro de la ciudad.

En la ciudad de Curitiba —Brasil—, capital del estado de Paraná, están prohibidos los estacionamientos dentro de los edificios. Es una ciudad con varios kilómetros de calles peatonales con el sistema de transporte superficial más eficiente de América Latina. Con controles de contaminación en todas las calles tiene la más alta calidad de vida.

En Venezuela es obligatorio el uso de estacionamientos en los edificios, con excelentes sistemas de ventilación, lo cual contribuye a avivar el fuego en caso de incendio. Una edificación del Estado, en particular Parque Central, está montada sobre un gran estacionamiento donde existen grandes depósitos de basura, lo que podría convertirse en foco de incendios; considerando que cada automóvil equivale a diez tacos de dinamita, la explosión en cadena de varios de ellos es similar a una pequeña bomba atómica.

Estas consideraciones fueron presentadas por mí a la señora Sofía Imber cuando se construyó Parque Central, junto a otras relativas a la vulnerabilidad de esa edificación, consideraciones sobre lo que denominé *edificios enfermos*.

No se trataba solamente de prevenir incendios en los estacionamientos, sino que las dos torres mayores de Parque Central no tienen entrada de aire natural del exterior, son cajas de cristal cerradas totalmente, dependientes del aire acondicionado y que de producirse un corte de luz llegan a ser trampas mortales para más de ocho mil habitantes: no hay sistemas de escape que no sean las escaleras de tan solo 1,20 m. de ancho, incapaces de producir un desalojo masivo, con el ingrediente trágico del pánico en eventos que ya han sucedido por causa de incendio dejando cientos de personas asfixiadas, ya que los productos de las oficinas, cielos rasos, muebles, computadoras, etc., producen gases tóxicos. Algo de eso vimos, desgraciadamente, cuando se produjo el gigantesco incendio de la tercera parte de la Torre Este, por causas de imprevisión en los sistemas contra incendio, sistemas que fueron correctamente diseñados pero que no tuvieron un mantenimiento preventivo adecuado. Ya hace más de veinte años cuando fue necesario quitar las grúas usadas para la construcción, pedimos a los directivos del Centro Simón Bolívar, dejar las grúas sobre las torres para facilitar el escape en caso de siniestro, así como una propuesta que quisimos fuera pedida por la comunidad, como un derecho de amparo, de colocar marquesinas en el primer piso a todos los edificios con fachadas de cristal y colocar redes sobre los cristales para recoger los

vidrios en caso de terremoto u otras causas, y evitar así que cayeran sobre los transeúntes.

Igualmente pedimos que colocaran ventanas que se abrieran en todos los pisos. Agregar cuatro escaleras grandes de emergencia, de estructura metálica con tubos llenos de agua para evitar el colapso por fuego. Estas escaleras podrían tener dos metros de ancho y facilitarían el desalojo de emergencia de las torres. No olvidemos que se colocaron los preescolares en el último piso con puentes de interconexión entre las torres de vivienda, siendo esto el más grande absurdo, ya que tales puentes debían haberse construido cada cuatro pisos para facilitar la interrelación humana y permitir la evacuación en caso de emergencia. Los preescolares debían haber estado en planta baja conectados con el hermoso Parque los Caobos. Estas recomendaciones valen para muchas torres de cristal de Caracas y del interior, que están igualmente enfermas como el Parque Central.

Se hace finalmente necesario, en términos generales, un estudio sobre prevención de incendios en cualquier tipo de edificación del país, ya que los sistemas contra incendio, cuando los hay, solo funcionan en los primeros tiempos; después las lámparas de emergencia y los extintores desaparecen, quedando cientos de edificios expuestos a graves contingencias.

Hace más de diez años la Universidad Vargas hizo un simposio sobre “El estado crítico del viaducto Nro. 1 de la autopista Caracas-La Guaira”, donde asistieron los especialistas más reconocidos en patología de las estructuras.

Allí conocimos la propuesta del doctor Roberto Centeno de rellenar el cauce y producir un gran terraplén con sus respectivos drenajes y paso de quebradas, así como un puente alternativo de concreto. Quizá la propuesta más interesante fue el plan de contingencia realizado por el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas para caso de derrumbes totales, colapso del viaducto o cierre de los túneles, bajo la dirección del general Maldonado Michelena, donde se preveía el desarrollo de un plan de transporte por helicópteros y desalojo del puerto de La Guaira hacia Puerto Cabello,

entre otras medidas. Allí propuse una idea basada en el proceso de construcción del viaducto, que en su momento se hizo sosteniendo la cimbra del arco con tirantes hacia los apoyos del puente. Mi propuesta fue volver a poner tirantes al puente, ya que el arco como tal no funciona y transformar, la estructura del puente de arco a un sistema de dos voladizos atirantados cortando el puente a la mitad y colocar un deslizador metálico. Esta es una solución transitoria para evitar el colapso de la estructura.

Pero una de la más peligrosas acciones que pesan sobre nuestras áreas urbanas son los terremotos: la población venezolana se encuentra colocada casi toda sobre el espinazo montañoso de la cordillera de los Andes; la zona costera y la oriental, sobre un sistema de fallas activas como la de Boconó, Humbolt, San Sebastián, el Pilar, etc., con eventos recientes de alto nivel de daños materiales y humanos. El último terremoto de Caracas se produjo hace treinta y siete años, y hace solo cinco fue el terremoto de Cariaco en el oriente del país.

Nuestras ciudades se han desbordado en edificaciones, unas de alta calidad y otras de alta vulnerabilidad como lo son los barrios pobres de todas nuestras ciudades. Se hace necesario crear una cultura de la prevención, de la conducta frente a los eventos que se esperan; no basta tener excelentes normas sismorresistentes si los edificios viejos no las aplican y menos aún las construcciones precarias de los barrios.

Este es un tema que no puede soslayarse. Así como tenemos planes gigantes de fumigación contra la malaria o el dengue, planes masivos de vacunación, es necesario diseñar planes masivos de prevención contra sismos. Con motivo de las últimas inundaciones los barrios tienen sistemas de alerta temprana para caso de inundación, tenemos que hacerlo igual para sismos.

Finalmente, después de ver las imágenes monstruosas de los *tsunamis* del océano Índico, nos vemos obligados a tomar medidas de emergencia para casos similares de riesgo de inundación a que está sometido un país ya de por sí montado totalmente sobre una gran inundación cíclica —cada seis meses—, como lo es la cuenca del río Orinoco, y con ciudades con una “espada

de Damocles” en la frente como lo son la ciudad de Lagunillas en el estado Zulia, la ciudad de Barcelona en oriente y la ciudad de Barquisimeto en el estado Lara.

Comenzaré por la ciudad de Barquisimeto, montada en una planicie que drena hacia la quebrada de La Ruesga, una cuenca de un alto caudal en tiempo de lluvia que pasa por una antigua laguna donde la canalización en forma absurda fue hecha al revés, de arriba hacia abajo, y que drena hacia el valle del Turbio, a través de un cañón abierto por erosión, en una colina formada por calizas que conforman una ramal de la falla de Boconó. Este cañón es susceptible de un colapso convirtiéndose en un gran dique que puede inundar el cauce de la vieja laguna de La Ruesga, hoy totalmente urbanizado. En este valle ya ha habido inundaciones catastróficas y es imprescindible tomar las medidas preventivas a que haya lugar.

Continuaré con la ciudad de Barcelona, a orillas del río Neverí, al que le fue construido un canal de alivio en el área noroeste de la ciudad que hoy se halla abandonado, relleno de basura y escombros, incapaz de aliviar una gran crecida del río. Por otra parte, en el delta de la desembocadura del Neverí, donde existía un gran manglar, este fue relleno y, por decisión de la municipalidad, totalmente urbanizado sobre terrenos aluvionales con rellenos de mala calidad y aún lo más grave, sin canalizar la desembocadura del río que baja por su antiguo cauce. Toda el área nueva urbanizada donde hay centros comerciales y universidades espera una catástrofe que puede evitarse. Una casa que diseñé en esa zona la hice palafítica, diciéndole al dueño que era para llegar en bote cuando Barcelona se inundara.

Para terminar con este cuadro dantesco de imprevisiones y propuestas posibles, quiero referirme finalmente a Lagunillas, una ciudad que por causa de la extracción petrolera ha ido descendiendo, un fenómeno llamado “subsistencia” y que hoy pone en peligro una gran ciudad de la Costa Oriental del Lago.

“No nos acordamos de Santa Bárbara sino cuando truena”, dice el saber popular, y hasta que no se inunde Lagunillas no vamos a tomar las

previsiones necesarias para evitar un desastre, que en un área muy pequeña del territorio será tan gigantesco como los ciento cincuenta mil muertos del *tsunami* del océano Índico o como la dolorosa inundación del estado Vargas.

Hace más de cuarenta años se diseñó la ciudad del Menito en una terraza vecina a Lagunillas y aún no ha sido posible el traslado de su población. Hace más de diez años dicté una conferencia en el Colegio de Ingenieros del Zulia, en Cabimas, y el centro de mi charla fue Lagunillas, donde dejaba constancia del excelente dique construido y vigilado por técnicos holandeses y solo pedía hacer escuelas, mercados y hospitales sobre balsas flotantes para al menos salvar una parte de la población.

Hoy con la nueva PDVSA y la posibilidad de emplear recursos estratégicos para fines sociales, me ha tocado hablar de nuevo como asesor de la empresa estatal sobre el caso de Lagunillas. Conociendo el laboratorio social inteligente manejado por la comunidad donde se han tomado todas las medidas para una contingencia, un verdadero modelo de acción social solo comparable con los trabajos de Fundacredesa, que nos da esperanza de que un trabajo organizado y masivo comunitario es un arma vital para atacar un desastre donde con solo tres horas de lluvia se inundaría Lagunillas, si las bombas no llegan a funcionar.

Mi recomendación central es mudar ya a Lagunillas al Menito, gracias a los recursos existentes y bajo el control total de la propia comunidad.

Para terminar concluimos: más vale prevenir que lamentar.

LA VIVIENDA COMO HECHO CULTURAL LA CASA, OBJETO DE MANIPULACIÓN POLÍTICA

*Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar*

JOSÉ MARTÍ

Al igual que en el mundo biológico, miles de pájaros, roedores, insectos, nos muestran las maravillas de sus habitáculos dándonos lecciones magistrales de estructuras de máxima eficiencia. El hombre en su largo peregrinaje por la historia nos ha dado muestra en todo el Planeta, en los lugares más agrestes, de su infinita capacidad de adaptación al medio, del ingenio y la audacia producto de la necesidad para darnos respuestas al problema de la vivienda, no solo en cuanto a su construcción, sino también sobre estructuras gregarias con modelos de alta calidad urbana y equilibrio ecológico.

Comenzaremos por mostrar algunos ejemplos de adaptación al medio: los diferentes nidos de especies de pájaros en diversas regiones del Planeta, las colmenas de abejas y de otros insectos como el comején o las hormigas con sus fantásticos laberintos y rascacielos que marcan el paisaje. Pero describiremos uno solo de ellos, por la similitud que tiene con las técnicas ancestrales usadas por el hombre. Es el caso del nido del hornero, un pájaro de América del Sur que hace su nido sólido de barro, formando un habitáculo espiral donde él puede controlar la entrada de intrusos, igual a un caracol.

Este nido funciona como una casa solar, donde aprovecha las bondades térmicas del barro para protegerse del calor o del frío y nos inicia en una técnica ancestral que casi todas las culturas del Planeta, con diferentes técnicas, han realizado, utilizando biomateriales mezclados. Hemos heredado lecciones de gran sabiduría, ya sea la casa maya de dos medias circunferencias de bahareque con techo de palma entrelazada que aún podemos ver en los poblados mayas de Yucatán; las casas de Nuevo México, donde estas se unen al paisaje desértico con soluciones de la más alta calidad bioclimática; o las ruinas de los tapiales de la ciudad tragada por el desierto en Casas Grandes.

En Perú aún tenemos huacas de barro con más de quinientos años que, gracias a la sequedad del clima, han pervivido, al igual que las viviendas circulares de bóvedas de barro de los Tiahuanacos en el desierto de San Pedro de Atacama. Todo el altiplano boliviano está lleno de viviendas organizadas en comunidades tipo ciudadelas, con casas circulares de tepe (adobes creados directamente del suelo arcilloso, conservando las gramíneas que nacen en la superficie), con una respuesta única en cuanto al uso de biomateriales, con techos de palma con planta redonda como es el caso de los chipallas o con cúpulas hechas sin cimbra sobre planta cuadrada como es el caso de la Laguna Carmen en Cochabamba.

Es importante hacer un recorrido por todo el Norte de África y el Oriente Medio, desde Marruecos hasta Irán, Irak o Estambul, para maravillarnos de todo lo que es posible hacer con un solo material. En la India tenemos ejemplos de cúpulas antifuniculares de barro, siguiendo la teoría de las membranas, montadas en muros de adobe de planta cuadrada, dándonos muestras del más elevado ingenio constructivo.

Tan solo en el Polo Norte, donde hay un solo material, hielo, podemos ver cómo los esquimales con sus cúpulas de hielo y el uso de calefacción con grasa de focas, pueden lograr temperaturas de 30 grados en sitios donde el exterior está a 20 grados bajo cero.

En Venezuela aún persisten modelos habitados en comunidades de las diferentes etnias de la selva Amazónica, tales como yanomamis con sus shabonos circulares en forma de fortalezas o los yekuanas, piaroas y pemones con churuatas circulares de palma, o las casas de pisos flotantes en viviendas palafíticas en el delta del Orinoco de las culturas waraos.

En el Lago de Maracaibo, en la Península de la Guajira, la cultura wayú con sus palafitos de enea y magle, formando ciudadelas dentro del agua, sirvió de base para darle el nombre a Venezuela o Pequeña Venecia, puesto por Alonso de Ojeda, el primer visitante europeo que penetró en el Lago de Maracaibo.

Todas las técnicas del barro ya manejadas por las culturas ancestrales en Venezuela y por las traídas de España hace quinientos años, hicieron posible el desarrollo de poblaciones de altísima calidad, totalmente autogestionarias, con soluciones integrales donde la casa es autosuficiente con huertos, animales domésticos, etc. Las técnicas del bambú de Colombia, Ecuador y Perú nos muestran una de las respuestas de la bioarquitectura, donde un material ya probado por miles de años en Asia nos permite vislumbrar caminos para ver el problema de la vivienda a partir del hecho cultural.

“Es del saber popular que encierra todo el saber”, reza una copla popular venezolana, que nos lleva a reflexionar sobre todas las técnicas urbanas, societarias y constructivas que, como consecuencia de la necesidad y en un duro proceso, hicieron posible soluciones donde el pueblo con sus formas de organización ha marcado el Planeta y en especial la América Indómita; donde en la actualidad vemos la riqueza cultural de comunidades ancestrales que sobrevivieron al etnocidio de los europeos, como en Chichicastenango, Ambato, Pizac, Masaya o cualquier comunidad. Más allá de la aparente pobreza de esos aborígenes con sus trajes multicolores, sus vasijas, sus viviendas muestran unas comunidades en perfecta armonía con la naturaleza, sin deuda externa, abriendo una rendija para mirar el futuro de América.

Pero así como aún podemos ver en la selva Amazónica y en muchos lugares de América comunidades aún en equilibrio, con su lengua, su cultura, que sobrevivieron al cataclismo etnocida que pretendió aplastarlas con la invasión española, sobre las ruinas de Tenochtitlan, Tlaxcala, de Cuzco, en un proceso de más de cuatrocientos años de amalgama cultural, nació otra cultura constructiva, mestiza, con una extraordinaria unidad, aún quizás más hermosa que la que había en Europa, para dejarnos joyas de la arquitectura y del urbanismo que, gracias a las Leyes de Indias, hicieron posible el milagro donde el mundo mágico religioso y creativo de los aborígenes, unido a siete siglos de cultura árabe, del norte de África subyacente en España, nos dejó los monumentos que hoy son patrimonio de la Humanidad: Cartagena, Ouro Preto, Potosí, Quito, Mompós, Antigua, Trinidad, La Habana Vieja, Sucre, etc., unido a todo el bagaje arquitectónico del Caribe con la nueva arquitectura tropical que holandeses, ingleses, franceses y después norteamericanos, aun en sus campamentos mineros o del Canal de Panamá, nos dejaron. Un legado extraordinario que debemos estudiar, profundizar y readecuar a los tiempos modernos, no para hablar del folclorismo de transposiciones “postmodernas”, sino para cimentar nuestra identidad, buscar nuestras raíces como lo hicieron los mayas o los tiahuanacos y después, con otro discurso, lo repitieron los europeos al crear el modelo tricultural americano.

¿Qué elementos debemos rescatar en la vivienda y el urbanismo?

Primero, la estructura gregaria de organización social, el perfecto equilibrio con la Naturaleza.

El invento del patio, el corredor, los balcones y la plaza, como elementos de comunicación, de adecuación al clima y alta calidad bioclimática.

El uso de los materiales del lugar con la sabia lección ancestral de los primeros habitantes, tomada por los colonos europeos y en un sincretismo cultural que eleva su calidad.

Y algo por demás trascendente, sobre todo por la profunda crisis que vivimos: *el carácter autogestionario de la vivienda*, el cual incluye las formas populares de organización para la fabricación de la vivienda, tomadas de la cultura ancestral, como son la cayapa, el convite, la mano vuelta y hoy las cooperativas.

Así como el carácter autosuficiente de la vivienda, productora de oxígeno, son sus patios arbolados, de excelente clima con la exuberante vegetación, y productora también de alimentos a partir de los huertos y los animales domésticos, cerrando todo un proceso de armonía hoy colapsado por el crecimiento brutal de las ciudades, por la ausencia de un desarrollo equilibrado del campo, por la apropiación de la tierra cultivable de parte de los grandes monopolios agrícolas, para crear monstruos urbanos donde millones de seres sobreviven sin servicios, ocupando las faldas de los cerros o las quebradas en viviendas improvisadas, intentando sobrevivir entre droga, insalubridad y las arremetidas de las policías que los acorralan obligándolos a la autodefensa, colocando a la población humilde en el desempeño de la delincuencia.

Ellos, esas masas empobrecidas, formadas por campesinos sin tierras, restos de la esclavitud indígena desarraigados de su entorno cultural, conservan al menos una inmensa riqueza, y su identidad como pueblo, con costumbres, mitos y destrezas heredados de sus abuelos, nos permiten pensar que el camino de la democracia les pertenece a ellos por entero, sencillamente porque son la mayoría. Ellos necesitan trabajo, productividad, capacitación para poder optar a una vivienda. Para ellos solo caben los programas emergentes de autotransformación, concentrando la fuerza principal en la productividad que no es otra que sobrevivir.

Para este estrato mayoritario de la población de nuestras ciudades, los políticos de turno acometen sus planes de “casas inhumanas” a veces en desarrollos de aparente calidad, sucediendo, sin embargo, que esos “pordioseros”, en la mayoría de los casos, no califican para adquirir una vivienda que lógicamente pasará a ser adquirida por los estratos superiores de trabajadores asalariados o clase media emergente. Son trampas políticas que usan a los pobres como carnada de su voracidad, haciendo

jugosas ganancias e incentivando la más alta corrupción. Se agrega a esto la ausencia de tierras urbanas, que conlleva el traslado de las poblaciones de indigentes lejos de su área de acción comunitaria de los centros de trabajo, y los altísimos costos de los insumos, que convierten la tierra urbana en un jugosísimo negocio. Finalmente, muchas de estas soluciones habitacionales resultan almacenes de seres humanos, sin parques, sin productividad, privando a la mayoría de la población de la posibilidad de hacerse a corto plazo propietaria de una vivienda digna.

El desarrollo reciente de las megalópolis, como México, Caracas, São Paulo, Río de Janeiro, Buenos Aires, con gravísimos problemas de transporte, hacinamiento, polución, donde el automóvil es el rey de la ciudad, ha hecho que los problemas urbanos y humanos lleguen a situaciones peligrosas, y en general a la pérdida de las relaciones interpersonales que, si acaso, se conservan en los barrios pobres. La aculturización, la dependencia, la pérdida de la identidad cultural, unidas a los vicios de la propaganda, la televisión y el resto de los medios de comunicación, aniquilan al habitante y lo llevan a los más altos niveles de estrés, conformando el síndrome urbano o metropolitano. Si a esto añadimos los riesgos por terremotos, incendios y convulsiones políticas, vemos que todo ello claramente impide el desarrollo cabal de una sociedad, donde los niños son las primeras víctimas, y nos lleva a reflexiones sumamente importantes a la hora de acometer programas realmente humanos de vivienda, que reivindiquen al ser humano y le permitan crecer, crear y soñar un mundo posible, a su alcance, y no ser víctima del fascismo y la manipulación.

Por ello, las tecnologías avanzadas, la ecología, la calidad de vida, pasan a un segundo plano; los problemas inevitablemente son totalmente políticos y le toca al propio pueblo decidir su destino. En consecuencia ¿de qué vivienda hablamos?:

¿De la vivienda de los señores dueños de la tierra urbana, del dinero, de las fábricas que hacen las lujosas mansiones que llenan las revistas de arquitectura, hechas por nosotros los arquitectos?

¿De las viviendas de las clases medias en proceso de empobrecimiento, hipotecadas por años, hacinadas en rascacielos inhumanos, esperando los terremotos, los huracanes, los incendios, en trampas de la muerte de lujosa apariencia?

¿De la vivienda de los obreros asalariados que reclaman el cumplimiento de sus contratos laborales para tener opción a viviendas a menudo inhumanas?

¿O viviendas para los millones de desamparados que conforman la realidad tremenda de nuestras ciudades sitiadas por campesinos sin tierra que les negó una reforma agraria, cuyo problema fundamental es sobrevivir a esa horrenda miseria?

El problema es, pues, más complejo que ofrecer “casas”—simples objetos— y no ofrecer “viviendas” donde se respete la dignidad humana y de las que el hombre americano nos ha dado lecciones desde nuestros ancestros; esas casas dignas, salidas de la naturaleza, integradas a ella como un profundo hecho cultural, autogestionario y solidario que debemos emular, redescubrir y sobre todo reflexionar ante la hecatombe social que se avecina. El pueblo tuvo, tiene y tendrá capacidad endógena para asumir el rol de creador de su espacio habitable, unido a su dignidad, a su independencia, corriendo tras un fantasma: la alegría de vivir.

MANAGUA Y HANOI: TIEMPO DE REFLEXIÓN

*Ponencia presentada desde la clandestinidad al Foro
sobre Ingeniería Sísmica*
(Caracas, mayo de 1973)

*A los heroicos pueblos de
Nicaragua y Vietnam,
a sus dos símbolos: Sandino y Ho Chi Minh*

Los presentes apuntes forman parte de un trabajo sobre reflexiones acerca de los tipos estructurales aplicados a la vivienda, a las construcciones civiles en nuestro tiempo, y tiene por objeto evidenciar el extraordinario atraso que existe en el campo de la tecnología aplicada a la vivienda y a las construcciones civiles en relación con las demás ramas que conforman la realidad de nuestro siglo, y la posibilidad de crear fundamentos e hipótesis que sirvan como puntos de partida más lógicos para enfrentar un problema vital: el problema de la vivienda.

Las consecuencias del terremoto de Managua hablan por sí solas de las ideas que voy a exponer. Trataré de explicarlas con ejemplos simples y objetivos, para cuya comprensión no es necesario ser ingeniero, arquitecto ni constructor. A fin de poder poner en claro tan evidente atraso en ese campo, atraso que todos los años cuesta la vida a millares de seres en todo el planeta, se necesita dolorosamente un terremoto para saber lo absurdo del mundo que habitamos. Si las casas se compraran, no por metros cuadrados

sino por las posibles toneladas que nos van a caer encima, evidentemente cambiarían los criterios de compra de ellas.

Comenzaré por hacer algunas preguntas a los habitantes que sobrevivieron a la tragedia de Managua:

- ¿Cuántos muertos hubo entre los habitantes que en ese momento viajaban en automóvil, autobús o dormían en algún tráiler? Únicamente aquellos a los que les cayó encima una pared, el techo del garaje, o alguno que cayó en una grieta abierta por el sismo.
- ¿Cuántos muertos hubo entre los que estaban en sus botes pescando en el lago? A menos que se haya producido una ola gigante, tal vez ninguno.
- ¿Cuántos árboles fueron derrumbados por el terremoto? Tal vez solo cayeron las ramas secas y algunas frutas maduras. En cambio, la ciudad emulaba trágicamente otro desastre similar ocurrido el mismo día en Hanoi; este último hecho por la mano del hombre, pero con una gran diferencia desde el punto de vista que estamos tratando: allí los automóviles, los árboles y los botes también desaparecieron.

En Managua las construcciones, en 90%, estaban afectadas o destruidas por el terremoto. Me dirán algunos que no se cayó el hotel Hilton, ni los edificios de las compañías de seguros, ni la Casa Presidencial. Eso hubiera sido el colmo, pero estoy seguro de que Howard o Somosa hubieran preferido estar en ese momento en un tráiler o bajo un árbol, en cualquier parte menos en una mole de un millón de kilogramos de piedra que se estremecía con la violencia propia de su peso.

Les he nombrado los automóviles, trailers, botes o barcos y los árboles. Ahora bien, yo les recuerdo: las casas, los hoteles, los grandes rascacielos, están estáticos, como muertos, de casualidad se mueve una que otra puerta o ventana, el resto está amarrado al suelo, inmóvil y cargando un lastre de miles de toneladas de material inútil, colocado allí solo para sostenerse a sí mismo. Si yo, al construir una vivienda, salto de alegría porque la

casa está bien hecha y esta se mueve, se bambolea o es elástica por su naturaleza misma, se me dirá que está mal hecha, que se quiere una casa sólida. Pero los carros, los barcos, se mueven todo el día y a velocidades insólitas; los aviones mueven sus alas sin que se partan, los barcos danzan en el agua y los árboles, aún más inteligentes, no ofrecen resistencia al viento, sino que se mecen con él, se van con él y cuando pasa la tormenta vuelven a su estado de reposo. Ahora bien, estos ejemplos que he puesto, vehículos y árboles, se mueven todo el día y cuando viene un terremoto, pues se moverán un poco más, algo así como un perro cuando sale del agua y se sacude, pero no le cae a usted una lámpara, una viga o un pedazo de motor en la cabeza. En cambio, en aquella casa de concreto, ladrillo, piedra o madera, aparentemente sólida, usted muere aplastado, si no queda la casa agrietada o inservible. ¿No es realmente absurdo el mundo en que vivimos?

Por un lado, la naturaleza creando sus monumentos majestuosos que nos dan la vida y por otro lado, una técnica capaz de hacer objetos que pueden transformarse en habitables o que ya lo son, como un tráiler, invulnerables a los terremotos y, para variar, livianos, que se mueven, que no necesitan anclarse al suelo y que se fabrican en serie, nos ofrecen los recursos y elementos necesarios para crear soluciones racionales al problema objeto de estos apuntes. Pero no usamos esos objetos para habitarlos sino para otros usos, para la vanidad de exhibirse en un flamante carro o pasar un domingo en la playa en un tráiler. Si yo les dijera que lo lógico sería amontonar cascarones de automóviles, camionetas o autobuses en andamios resistentes y desmontables de acero, primero me dirían loco y segundo que eso es “feo”, que no es “arquitectónico”. Pues bien, allí no habría peligro de terremotos aun cuando esas estructuras sean feas.

Estos ejemplos anteriores no tienen otro objeto sino tratar de comparar esos dos mundos de la técnica. Por un lado, una técnica racional, lógica y, por otro lado, el absurdo más grande que el Hombre haya jamás cometido.

Yo afirmo, al comienzo de este trabajo (no de estos apuntes), que la historia de los tipos estructurales es la historia del Hombre en su lucha

contra la gravedad y que va desde los dólmene y trilitos de granito de un peso gigantesco, hasta la segunda velocidad cósmica que nos ha permitido visitar el Sistema Solar y que es consecuencia lógica de la historia de la lucha de clases. Además, también afirmo: *la alineación es una magnitud física que se expresa en kilogramos*. En definitiva el Hombre marcha irremisiblemente hacia la libertad y, en tanto es más libre, los objetos que crea son más ligeros, más lógicos y en forma asintótica tiende a soluciones similares a las creadas por la Naturaleza para los mismos fines. En la Naturaleza no hay desperdicios, el equilibrio es perfecto, sea en la materia orgánica o inorgánica, hay un aprovechamiento óptimo de los materiales. Las estructuras y los fenómenos biológicos han sido mil veces estudiados para ser aplicados a nuestra realidad. De allí ha nacido una ciencia joven: la biónica. Muchos fenómenos para los cuales la Naturaleza tiene una respuesta, al Hombre le ha costado siglos descubrirla.

Si analizamos el vuelo de una libélula o de un colibrí, difícilmente podremos desarrollar una nave mejor para ese vuelo. El helicóptero está muy lejos de una libélula, pero más cerca en el tiempo, si tomamos en cuenta que, aun en su larga vida, el Hombre no ha cumplido el primer siglo volando y ya llegó a Venus y Marte.

En un tiempo en que millones de personas son más libres, ha sido posible tal hazaña. Ya no son los sacerdotes de los faraones los únicos que conocen y dominan las Leyes de la Naturaleza. Hoy millones de seres que, a través de una encarnizada lucha de clases a lo largo de los siglos, son más libres, tienen acceso a ese mundo de infinita riqueza de la cultura y la ciencia. ¿Por qué entonces ese atraso tan brutal en el campo de las estructuras de la vivienda y casi todas las construcciones civiles? Vale la pena profundizar en un punto común en el problema de la vivienda a través de la Historia. Allí encontraremos parte de las causas, no todas, pero tal vez la más importante: aquella que se refiere a la propiedad privada del suelo.

Esta es una constante desde que el Hombre conquistó los primeros territorios y nacieron los primeros esclavos. Antes la tierra era de todos y había y sobraba para todos, el Hombre estaba apenas saliendo de las cavernas

y comenzaba a fabricar sus primeras herramientas. Hoy, a excepción de los territorios donde ha triunfado el socialismo, la tierra sigue siendo patrimonio de pocos y las construcciones que sobre ella se erigen son inamovibles a fin de aumentar su valor. Si las casas se movieran, no se podrían hipotecar, de ahí este término: *inmueble*; si no, uno se mudaría con todo y casa.

Digo que esta es una de las causas de esa irracionalidad constructiva, ya que la otra corresponde al mundo de los intereses propios del modo de producción capitalista. A los que producen hormigón les interesa hacer todo, absolutamente todo, de hormigón y luchan contra lo que evite el uso del mismo. Por ejemplo, Venezuela, con dos poderosas industrias propiedad del Estado como son la siderúrgica y la petroquímica, dueña además de sus recursos naturales, de plano tiene en sus manos la posibilidad de acometer, a muy bajo costo, viviendas de acero y plástico partiendo del hierro y el gas natural, pues de estos dos materiales están hechos los automóviles. Revisemos las estadísticas de cuántos carros ensambla el país y cuántas casas se construyeron. Lógico que podrían “ensamblar” millares de casas por año, las industrias del automóvil.

Las casas “ensambladas”: industrializadas, livianas, antisísmicas, movibles, desarmables y armables en otra forma, que pueden crecer como crece la familia, o mudarse según lo demanden las necesidades, adaptándose más correctamente a la realidad social, no necesitarían fundaciones, no habría que remodelar el suelo y producir las gigantescas heridas que los “urbanistas” asestan a nuestros recursos naturales, porque esas casas pueden convivir con los árboles del mismo modo que los nidos de los pájaros, sin dañarlos. Esas casas, esos hospitales, esas escuelas, esos hoteles, pueden hacerse con materiales más lógicos, más livianos, más simples; a la altura de la tecnología de los automóviles, de los transistores, de las computadoras, del Lem o el Luna-Móvil, más tropicales, más humanas, más por el futuro que para el pasado.

Siempre me es placentero cuando los niños o jóvenes entran en casas de este tipo que he construido: con pisos de plástico, son elásticas, vibran y se mueven, en las cuales da gusto oír la lluvia caer o el viento mover la

casa como si fuera un árbol. Solo a los niños les gusta porque ellos tienen la mente limpia y el futuro les pertenece. Los adultos tienen una primera y triste pregunta: —¿Y los ladrones?, en otras palabras: —Y lo que tengo, ¿dónde lo guardo?. Lógicamente no creo, ni le sirvo, ni gastaré más tiempo en hacer casas para responder a esa pregunta. Siempre respondo: —Compre una cárcel y viva en ella. Así es nuestra ciudad, llena de cárceles para todos, para los niños y para los que pensamos en ellos.

Pero, ¿es que no creo en el uso del concreto? No he dicho eso. No creo en el uso irracional del concreto. Los tipos estructurales de concreto utilizados en la vivienda, en los rascacielos actuales de nuestra capital, en los típicos pórticos de hormigón, no son estructuras racionales. Que son estructuras posibles de sustentarse y absorber la fuerza de un terremoto, es cierto, pueden absorberla, pero, ¿a qué costo? Lo grave, y es ahí donde se toca la herida de los productores de hormigón y cabilla: esos edificios, si su estructura fuera lógica y racional, podrían construirse con solo el concreto usado en el friso. Desde luego que debo explicar qué entiendo por una estructura *lógica y racional*. Tomemos por ejemplo cualquier estructura alveolar creada por la dialéctica de la Naturaleza, que use un material bastante similar al concreto armado como lo es la estructura ósea. Lo primero que observamos es su gran resistencia a los impactos exteriores y lo segundo es su conformación interna a base de alvéolos ovoidales alargados en la dirección del esfuerzo máximo. Imaginemos que los huesos están formados por huevos (sus cáscaras) colocados tangentes y que a su vez, en los espacios entre los huevos, existe la misma estructura alveolar de capas delgadas. Con solo presionar un huevo con las manos por su dimensión mayor bastará para comprender su organización estructural y su resistencia. O sea, considerando el techo y las paredes de una vivienda, de lógica, si son de hormigón, la forma óptima y liviana debería ser la más parecida a esa estructura alveolar indeformable, rígida y ligera como la bóveda craneana. Cuando vamos a salvar una gran luz como la de un estadio, por ejemplo, hacemos una cáscara de hormigón de 100 m. o más, de solo 10 cm. de espesor, como el techo del Duomo de Roma del genio de Nervi, he ahí una estructura lógica de hormigón. ¡Reto a los ingenieros a que la hagan plana del mismo peso y de la misma luz! Si reducimos dicha

cáscara proporcionalmente a diez metros de luz, ella puede construirse de un centímetro de espesor y soportar los mismos esfuerzos. Eso lo saben los ingenieros que estudian modelos a escala, saben que estos modelos son estructurales reales. Un centímetro es el espesor del friso de un edificio, luego sí es posible construir un edificio con solo el material de cemento gastado en el friso, el resto sobra y además pesa.

El problema no es el peso, es la protección acústica y térmica o el viento, pero no los terremotos.

Para ilustrar este caso de la cáscara de 1 cm., pondré dos ejemplos típicos, los mismos que expongo a los estudiantes de arquitectura para abrirles los ojos sobre este problema clave: *el soporte*. Cuando construimos un estanque de concreto en la azotea de una casa; por ejemplo, para 1 m. de alto y 1.500 lts. de capacidad, el espesor de la pared de dicho estanque es de 10 ó 12 cm., el fondo, de otro tanto, con cabillas de 1 cm., de diámetro cada 10 cm. No podemos prefabricarlo, pues vacío pesa una tonelada y requeríamos de una grúa. El estanque está bien calculado para la presión que va a soportar; pero para construirlo usamos, como depósito provisional, otro de la misma capacidad, del mismo material, que fue traído por solo dos obreros y además rodando, el espesor de la pared es de 6 mm., y además se produce en forma industrial y en serie: este es un estanque de asbesto-cemento. El asbesto hace cabilla, lo demás es igual. Sin embargo, usamos el otro en cuya construcción invertimos tres días. Con el concreto de ese estanque podemos construir veinte de asbesto (más el asbesto) y con la cabilla tal vez unos diez tambores del mismo tamaño, en láminas aún más finas de 0,5 mm., de espesor. O sea, se pueden hacer treinta estanques para almacenar 45.000 lts. de agua con el material de un estanque de concreto armado de 1.500 lts., correctamente calculado. ¡He ahí la más grande irracionalidad! Si el estanque de asbesto-cemento, en vez de tener 1m. de alto, tuviera 2, 50 y en vez de 1,20 x 1,20 tuviese 3 m. y el techo de membrana cupular, podríamos hacer habitaciones; si amontonáramos estas podríamos hacer edificios. ¿Eso es un sueño? Pues no, un sistema soviético de construcción de viviendas usa vagones-casas de asbesto-cemento simplemente apilados, o sea, no estoy inventando nada, estoy

reflexionando sobre nuestra realidad, sobre el mal uso de los materiales y sus consecuencias.

Para dar otra idea del uso irracional del hormigón al trabajar absurdamente por planos o por pórticos cúbicos, daré este ejemplo: 1 m. cuadrado de losa de piso del rascacielos más grande de Caracas —el del Parque Central— tiene 20 cm. de espesor y solo el material pesa aproximadamente unos 600 kgs. Para soportar 250 kgs. de personas y muebles. Si tomamos una ponchera de aluminio, hierro o plástico, de 1m. cuadrado con tan solo 1 mm. de espesor y 20 cm. de flecha, podremos montarnos encima todos los que quepamos sin poder deformar dicha membrana. Cuando nos bajamos, un niño de tres años puede levantarla, pues no pesa más de 2 kgs. Vale decir; el peso no cuenta, resiste lo mismo y hemos usado únicamente el material de una sola cabilla. Si Parque Central se hubiera hecho así, cuántos Parques Centrales podríamos construir, ahora, ¡ya!, no en un futuro lejano, y para variar, ajenos al peligro de un terremoto, pues un poncherazo no duele tanto como un peñonazo de 600 kgs. Además, podríamos mudarlo cuando la contaminación ambiental nos obligara a emigrar de ese holocausto.

Como comprenderán, estos apuntes no contienen aspectos teóricos sobre los tipos estructurales, son más bien la objetivización de un problema al alcance de nuestro pueblo, de los estudiosos de la ingeniería y la arquitectura, y por sobre todo, al alcance de los que anhelamos un mundo más libre, en un cielo más limpio para nuestro sufrido pueblo.

Pero lo más importante de estas ideas es sacar una conclusión valerosa para nuestra realidad y, en general, para el mundo en que vivimos. Es posible en estos momentos, con la técnica y los recursos con que contamos, arrancar por un camino más lógico y más acorde con el resto de las otras tecnologías. Para ello se requieren saltos trascendentales, bien lo sé. Dentro del régimen de producción actual es muy difícil dar el salto; pero si estamos conscientes de que marchamos hacia esa meta, debemos prepararnos a aprovechar los inmensos recursos que actualmente existen, crear en los jóvenes una nueva mentalidad, una filosofía de los tipos

estructurales, un nuevo pensamiento; meternos de cabeza en la industria avanzada, en la tecnología del acero, del aluminio y, por sobre todo, de los plásticos. Ahí está la ventana por donde mirar hacia un futuro cierto: una estructura ligera y lógica, de poliéster y poliuretano, capaz de cubrirnos y protegernos del sol, de la lluvia, darnos los muebles, los utensilios (recordemos las casas de plástico donde se alojaron los atletas de Munich). Si esta ligera estructura la colocamos en un entramado esterero-estructural de acero, como célula de vivienda en un andamio (desmontable), tendremos una libertad infinita de creatividad, de posibilidades, partiendo de una tecnología a nuestro alcance y aún virgen en este campo, pero cierta. Estas estructuras de un ínfimo peso estarán simplemente posadas sobre el suelo, del mismo modo que se posa un circo: abre como una flor su gran carpa y, al terminar la temporada, se marcha dejando el terreno vacío. Así podremos construir nuestras ciudades. Yo les llamo a estas células de vivienda “unimóviles” (unidades móviles de vivienda) que pueden alojar a una familia mínima, sumarse a nuestro antojo para desmontarse de nuevo y desplazarse a otro sitio, organizarse en múltiples combinaciones y, en definitiva, crecer o modificarse en forma similar a como crece y se modifica la actividad humana; una vivienda más a nuestra escala, casi como un morral, pero que no pese más de lo necesario, que no nos ate, que no nos lastre y, sobre todo, que no nos siembre.

Hace diez años intenté esta experiencia a través de la Corporación Venezolana de Guayana. Allí tuve la oportunidad de plantear esos andamios gigantescos de acero, partiendo de los tubos de la siderúrgica, donde colocar células de plástico habitables en grandes andamios inclinados, llenos de terrazas y jardines, produciendo abajo plazas sombreadas, aptas para soportar los rigores del sol guayanés; era un hotel el primer modelo. Las células de plástico estaban lejos de ser realidad, pues aún estábamos en pañales en ese renglón. Sin embargo, los mechorrios quemaban toneladas de gas y algún día llegaría la petroquímica de los plásticos. Por otras razones el hotel no fue construido, quedó la experiencia y abierta la puerta al futuro.

Una vez una señora, al explicarle cómo las cajas de plástico se acumulaban o se sacaban, dijo en forma burlona, pero sin mala intención: —Eso parece un lego (juguete creativo infantil para desarrollar la imaginación). ¡Nunca pensé que me dirían algo tan hermoso! Eso es lo que yo quiero, hacer casas así como los niños, al alcance de todos.

En el año 1967, en Cuba, mientras la figura del Che crecía, y aún más después de muerto, sobre el mundo de los desposeídos, compartí una hermosa experiencia con las brigadas escolares que salían “en el plan de la escuela al campo” a pasar seis meses allí. El propósito de la Revolución en ese momento era preservar, en caso de guerra, al menos la mitad de los jóvenes escolares. Pero, ¿cómo se expresaba esta acción en arquitectura? Esos jóvenes armaban sus carpas multicolores —sus aulas, sus dormitorios—, sacadas de los camiones militares y como arte de magia, en un día, un mar de carpas multicolores se extendía sobre los tabacales y cañaverales: había nacido una ciudad. Si había bombardeo, en cosa de minutos aquel mundo mágico se desinflaba y se camuflaba en la espesura del paisaje. Eran tiempos de guerra, la arquitectura correspondía lógicamente con la realidad. Por otra parte, en Oriente, miles de tractores en correcta formación hacían una muralla que partía la Isla de costa a costa. Los tractoristas en riguroso zafarrancho de combate avanzaban roturando los campos llenos de manigua, tenían como meta recorrer la ruta de Maceo hasta Pinar del Río. Pero lo extraordinario para nuestro ejemplo era que, además de los tractores, una ciudad rodante iba tras ellos, con viviendas, hospitales, cines, como las caravanas del Oeste americano. Esa era la brigada “Che Guevara”, una ciudad rodante que tenía como tarea roturar los campos de Cuba y una fortaleza en caso de combate. De nuevo la arquitectura era coherente con la realidad de un pueblo en tiempos de guerra, en revolución y de frente a la esperanza.

Pero si me preguntaran, de todos los ejemplos anteriores, si es factible aquí en nuestra realidad lograr ese sueño de la vivienda que no sea afectada por la lluvia, ni por el sol, ni por los terremotos, que sea económica y además nos acompañe, les diré que esas casas existen aquí en esta ciudad destartalada y petulante. Una de ellas es usada como pabellón para mostrar

y vender un conjunto residencial. Lógicamente de hormigón, en Santa Mónica. Por supuesto que el pequeño pabellón que parece una manzana de color naranja, mucho más fresco que cualesquiera de los apartamentos que promueve, de un ínfimo peso, es una casa plástica de espuma, una burbuja gigante, mucho más segura en un terremoto. Es muy posible, no lo deseo, que si hubiera otro terremoto, cientos de personas de las que vivirán en los apartamentos que en ese pabellón se promueven, irían a buscar refugio en la manzanita de plástico.

Está hecha por un alfarero de la arquitectura venezolana, uno de nuestros más brillantes arquitectos: Jorge Castillo. Trágicamente solo, en su laboratorio de San Antonio, entre tinas de poliéster y moldes, abre las puertas a un sueño a una esperanza cierta. Él las llama Maras, esa es solo la muestra de lo que es posible hacer aquí solo, sin ayuda del Banco Obrero responsable de los Planes de Vivienda, ni aun de los “magnates del plástico” y menos de sus colegas y sus Colegios. Cuando el Estado quiso ratificar su soberanía sobre el archipiélago Los Monjes, fue necesario recurrir a una Mara que un helicóptero pudo colocar en señal de posesión, junto a una bandera tricolor; lógicamente la Mara no podía ser de hormigón. Cuando Jorge Castillo quiso hacer algo eterno, imperecedero, anclado en la tierra, abierto a la posteridad, recurrió a la piedra, no al plástico, y un sublime cubo monumental de hormigón, que encierra toda la tecnología audiovisual de nuestro tiempo, surgió arrogante y majestuoso en la sabana inmortal de Carabobo.

Dos ejemplos de para qué sirven los materiales, dos ejemplos de cómo estar presente en la Historia y de cómo mirar al futuro. Si le tocara al pueblo dar el Premio Nacional de Arquitectura, quién más meritorio que ese alfarero llamado Jorge Castillo, pionero de las casa de espuma, la misma que una vez en el año 1954 pude ver en Canaima cuando encontramos un gigantesco copo de espuma posado en la arena; lo perforamos e hicimos una casa y nos quedamos atónitos mirando los esqueletos de los insectos y las hojas transparentes, estábamos dentro de las facetas de un gigantesco diamante donde un iris multicolor inundaba el espacio como en una fantasía cósmica.

Hoy, al pasar diez años de la experiencia del hotel Caroní y en medio de la angustia por la pérdida de miles de vidas bajo los escombros de Managua, al reflexionar sobre qué hacer en este mundo convulsionado, después de más de quince años dándole vueltas a estas ideas sobre las estructuras límites aplicadas a los espacios habitables, vuelvo la mirada sobre Hanoi, sobre las ruinas de los hospitales, los cadáveres reventados por las bombas y las minas, entre los restos de uno que otro B-52, con los ojos llenos de lágrimas y la cara roja de vergüenza por no estar a la altura de la solidaridad que demanda el heroico pueblo de Vietnam, de nuevo me pregunto si estoy en lo cierto cuando afirmo que *más importante que crear ciudades hermosas, es crear hombres libres* y que esas burbujas de plástico y de espuma, donde un hombre dueño de su esperanza pudiera vivir, trabajar y crear siendo dueño de su propio futuro, si las construimos ahora, y es posible, no van a estar amenazadas todos los días, ya no por B-52, sino por naves atómicas en órbita encarcelando la esperanza. Qué otro recurso nos queda más que ratificar este pensamiento:

*“Crear hombres libres es la más grande obra
de arquitectura de nuestro tiempo”*

LOS PROCESOS DE INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO DE LAS TECNOLOGÍAS APROPIADAS

Es del saber popular que encierra todo el saber

Fundamentos generales

El concepto de tecnologías apropiadas está circunscrito a los países del Tercer Mundo en donde, por la condición de países expoliados abastecedores de materia prima a las metrópolis desarrolladas y ante el retraso gigantesco, consecuencia de su absoluta dependencia, se ven en la necesidad de apropiarse por sí mismos de las tecnologías para su desarrollo, simplificarlas y ponerlas a su alcance, democratizarlas sin que sea necesario un profundo conocimiento para su adecuación, y por otra parte recurrir a sus raíces ancestrales, a sus inmensos conocimientos gestados en el desarrollo de su proceso cultural.

Hablaremos entonces de tecnologías de la necesidad, de lo necesario, logrando soluciones de altísima eficiencia con la mínima energía, como ancestralmente se habían resuelto todos los problemas de la técnica. Este concepto de tecnología de la necesidad estará enfrentado al proceso de tecnología del despilfarro, donde la tecnología hecha mercancía y el facilismo que brindan las máquinas que las producen al elaborar los objetos, los hacen cada vez más complejos, impidiendo a las grandes masas desposeídas tener acceso a ese universo tecnológico desarrollado, apartando a un lado procesos aún valaderos de las técnicas populares. Entonces el concepto de tecnología se orienta hacia la apropiación de los fundamentos de la super-tecnología y se apoya en etnotecnología aprendida milenariamente. De

otro modo no se explicaría la vergonzosa y aplastante derrota asestada por el pueblo pobre de Vietnam al imperio tecnológico más avanzado de la Tierra. Cuando un campesino en Vietnam, para defenderse de los invasores, adiestra las avispas contra el enemigo y sin uso de ametralladoras dispersa un ejército completo con un arma biológica a su alcance, demuestra con esto su sabiduría milenaria y el desarrollo de su inteligencia. El enemigo viene con tanques inexpugnables artillados, capaz uno solo de ellos de destruir y aniquilar una aldea. Ellos, “los atrasados”, inventan el hueco en trampas donde caen los tanques sin poder escapar. El hueco es un modelo típico de tecnología apropiada. Hay algo importante en este encuentro que es la confrontación cultural y por ello la tecnología apropiada no es otra cosa que un arma cultural de los pueblos para sobrevivir y comenzar su desarrollo independiente.

La tecnología apropiada tiene un concepto endógeno, autogestionario, biológico, que crece de adentro hacia afuera.

Los procesos de investigación

El acelerado empobrecimiento de los pueblos del Tercer Mundo y su separación cada vez mayor de las metrópolis dueñas de los avanzados procesos tecnológicos, han justificado que innumerables instituciones en todo el mundo se hayan abocado a la tarea de dar respuestas a corto plazo para buscar soluciones inmediatas de fácil interpretación e inserción en las comunidades empobrecidas del mundo subdesarrollado y subtecnificado. Se han creado innumerables fundaciones que han aportado capitales para estimular los procesos de investigación y desarrollo de las tecnologías apropiadas. El mundo desarrollado y los poderes que los sustentan están conscientes del carácter explosivo de la situación de los pobres cada vez más pobres, y no les queda otro recurso que destinar a su manera recursos a través de organizaciones no gubernamentales (ONG) que les permita incentivar el desarrollo de dichas comunidades, e incorporarlas a sus potenciales mercados.

La diferencia fundamental de estas organizaciones “benéficas” con aquellas que realmente resuelven problemas concretos a los pobres del Tercer Mundo es que las primeras actúan de arriba hacia abajo minusvalizando “los poderes creadores del pueblo”, y las segundas se generan dentro del mismo pueblo, se autosustentan y crecen de abajo hacia arriba con un carácter, podríamos decir, de crecimiento biológico.

No negamos el papel que juegan estas instituciones, millonarios recursos que dependen de los grandes poderes. Nuestro deber es recibir todo lo que a nuestro juicio resuelva correctamente nuestro problema y descartar todas las formas de paternalismo tecnológico volcado hacia la manipulación y la dependencia.

El papel de Naciones Unidas, Unesco, FAO, etc., es de mediador entre estas instituciones y la cruda realidad de los pueblos, donde el aporte más importante son los programas audiovisuales, educativos, publicaciones, intercambio planetario de experiencias y la formación de cuadros técnicos calificados en distintas especialidades que recorren el mundo impartiendo su experiencia, creando equipos multidisciplinarios de trabajo.

Tuve la suerte de dirigir durante año y medio uno de estos programas como el VEN 90-14 de Naciones Unidas para la superación de la pobreza y pude constatar las múltiples herramientas que se manejan, el grado de organización y su factibilidad cuando los programas están íntimamente ligados a las comunidades y ellas asumen su rol prominente.

Es el caso del proyecto de vivienda productiva, agricultura hidropónica popular del barrio Jerusalén de la ciudad de Bogotá, para 1961. Otra experiencia interesante es la de ONG en el Ecuador, por el ejemplo de la GTZ: organización no gubernamental alemana que desarrolla programas de vivienda y de salud en Baba Hovos (Ecuador). Promovió y financió un concurso nacional de la cual fui jurado sobre tecnologías alternativas al problema de la vivienda ecuatoriana con el apoyo del Estado. Es importante anotar que a este concurso asistieron ingenieros, arquitectos y empresas productoras de tecnologías de diversos países del área y los premios fueron

para las tecnologías vernáculas, es decir, para la etnotecnología y aquellas tecnologías apropiadas como el Hogar de Cristo de Guayaquil, del padre García. No entró en concurso por no estar representada por ingenieros o arquitectos que ofrecían el irrisorio precio de U\$150 por una vivienda de bambú prefabricada para montarla en un palafito, formada por cuatro componentes: una tarima de madera con sus pilotines, un techo de fibrocemento y un manual de montaje para un día de trabajo comunitario. Demostraba hasta la saciedad que sí había respuestas posibles para intentar atacar el problema de la vivienda. Quiero anotar que la vivienda más económica del Estado ecuatoriano para Guayaquil era de U\$5.000 con quinientas viviendas por año y la del padre García de U\$150 con cuatro mil viviendas por año, sin necesidad de tener un ministerio de vivienda para hacer posible ese milagro.

En América Latina ha habido excelentes esfuerzos en el campo de la investigación de las tecnologías apropiadas. Necesario es mencionar, primero que todo, al Grupo Gaviota de Colombia, responsable hoy del uso de la energía solar pasiva en programas de interés social en Colombia y con ahorro gigantesco de petróleo. Además de las experiencias del arquitecto Fermín Estrella durante más de diez años en México, con brillantes aportes a las tecnologías apropiadas: la publicación de libros fundamentales como *Arquitectura de sistemas*, por el cual obtuvo unos valiosos premios en México.

Toda la experiencia y los aportes de Álvaro Ortega, padre de la tecnología apropiada a la vivienda, en Latinoamérica y particularmente en Colombia. El conjunto de experiencias de Carlos Levington en Argentina con sistema de mallas de acero de mínimo peso para los barrios “misericordia” de Buenos Aires, apoyado en brillantes trabajos de investigación práctica, en las comunidades, quienes son los responsables directores de la producción de las mallas y de su construcción.

La transferencia de la arquitectura popular realizada en Bambú (Bambusa Guadua) en la región de Manizales en Colombia, por arquitectos que han llevado el bambú a los más altos niveles de la técnica como

Oscar Hidalgo, Simón Vélez y Marcelo Villegas, con valiosísimos trabajos científicos arquitectónicos y de diseño.

La obra extraordinaria, por su sencillez, del arquitecto Eliseo Guzmán, realizada en bambú normalizado para comunidades muy pobres de las zonas desérticas del Perú.

En el campo de la organización para la producción masiva de viviendas merecen especial mención los sistemas de las cooperativas de vivienda de Montevideo, responsables de la autogestión de sus propios barrios, utilizando sistemas de ahorro hipotecario con excelente resultado donde descollan los arquitectos Dipaula y Farizano, con excelentes diseños de ciudadelas autónomas semiprefabricadas que son ejemplo para América Latina.

Es importante resaltar la labor en la transferencia de técnicas ancestrales en las bóvedas de ladrillo recargado de Alfonso Ramírez Ponce, arquitecto mexicano, hoy galardonado con el Premio de la Red CITED para transferencias de tecnología en la vivienda popular, igualmente la obra en ladrillo recargado del arquitecto mexicano Fernando de Alba, recientemente fallecido.

Son dignos de mencionar los equipos de investigación y programas de desarrollo en Ecuador apoyado por Naciones Unidas, en la construcción de sistemas asísmicos de tapia pisada de nuevo tipo, con grandes innovaciones tecnológicas al alcance de las comunidades autóctonas en la montaña.

También debemos destacar como un hecho altamente significativo en labores de investigación, realizadas por el CEVE de Córdoba, Argentina, al lograr transferir a la vivienda popular técnicas de cerámica armada del maestro uruguayo Eladio Dieste; así como la labor del maestro mexicano Carlos González Lobo, al hacer lo mismo con las comunidades indígenas.

En Venezuela la Universidad de los Andes y el INAVI (Instituto Nacional de la Vivienda) desarrollan actualmente, con el arquitecto Juan Borges, prototipos de vivienda de tapia optimizada y adobe prensado con máquina Cimbarram, con resultados altamente positivos. Así como el programa de viviendas de barro en la comunidad de Los Arengues, en el estado Lara, dirigido por la investigadora Beatriz Hidalgo.

Es importante destacar los vastos programas de desarrollo de casi todas las universidades en América Latina orientados en esta dirección, así como las del grupo Craterre de Francia trabajando en el Altiplano peruano.

También los resultados de la experiencia del Departamento de Investigación de la Universidad de Cochabamba en Bolivia y del Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción (IDEC), de la Universidad Central de Venezuela en Caracas, con excelentes aportes tecnológicos, con cursos de maestría y soluciones, que han pasado a la industria una vez probados sus componentes en laboratorio.

El trabajo creador de un tecnólogo inmigrante español: Salvador Suárez Salvi, con cuarenta años de inversiones e innovaciones en el campo de las técnicas constructivas para la vivienda económica en Venezuela. Con él compartí experiencias de gran valor en el campo de las estructuras ultralivianas metálicas y de aglomerados plásticos. Igualmente bastaría hacer un balance de todos los aportes que en América Latina hacen los tecnólogos e inventores populares: innovando, mejorando y adecuando tecnologías al quehacer cotidiano, muchas de ellas desconocidas y minusvaloradas por los modelos tecnocráticos imperantes.

Es importante destacar al inventor don Luis Zambrano, campesino del corazón andino que construyó más de cincuenta minicentrales hidroeléctricas mucho antes de que llegaran las plantas hidroeléctricas del Estado, y finalmente mis experiencias en treinta años sobre la arquitectura de masas, la democratización de la técnica y los árboles para vivir en un concepto de vivienda integral al alcance de todos.

Conclusiones

No podrá haber desarrollo de las tecnologías apropiadas si no hay medios de difusión y de intercambio y sobre todo programas autosostenibles que no estén viciados de planes políticos pasajeros o formas de manipulación de las metrópolis interesadas en adecuar a sus intereses.

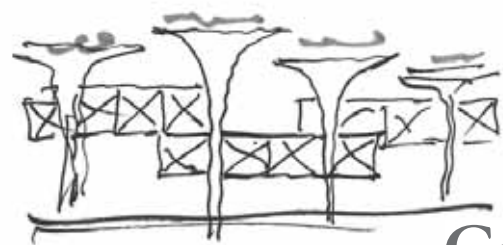
Se hace necesario el desarrollo de eventos nacionales e internacionales permanentes para fortalecer el intercambio, la investigación y el desarrollo de nuestras tecnologías.

Se hace necesaria la participación de antropólogos e investigadores sociales para atesorar los infinitos conocimientos etnotecnológicos perdidos en el universo popular y de las comunidades aborígenes existentes.

Del mismo modo debemos crear lo que en Santo Domingo, República Dominicana, bautizamos como la Universidad Popular Abierta del Tercer Mundo, encargada de unir todos los hijos que en el mundo trabajamos en la misma dirección para la publicación de libros, manuales, cursos tecnológicos, intercambio de experiencias, programas audiovisuales, para llevarlos a las comunidades.

Emular a Radio Sucatenza de Colombia, en cuanto a programas educativos, y conquistar espacios en la televisión latinoamericana y mundial donde el pueblo organizado y autogestionario pueda mostrar su capacidad creadora y abrir caminos a una sociedad más justa, más digna y más libre.

Y finalmente, formalizar en Latinoamérica la Escuela Itinerante de Arquitectura para la realización de propuestas puntuales en el área del desarrollo tecnológico que consoliden el intercambio y la posibilidad de hacer aportes necesarios a nuestra América.



Crónicas verdes

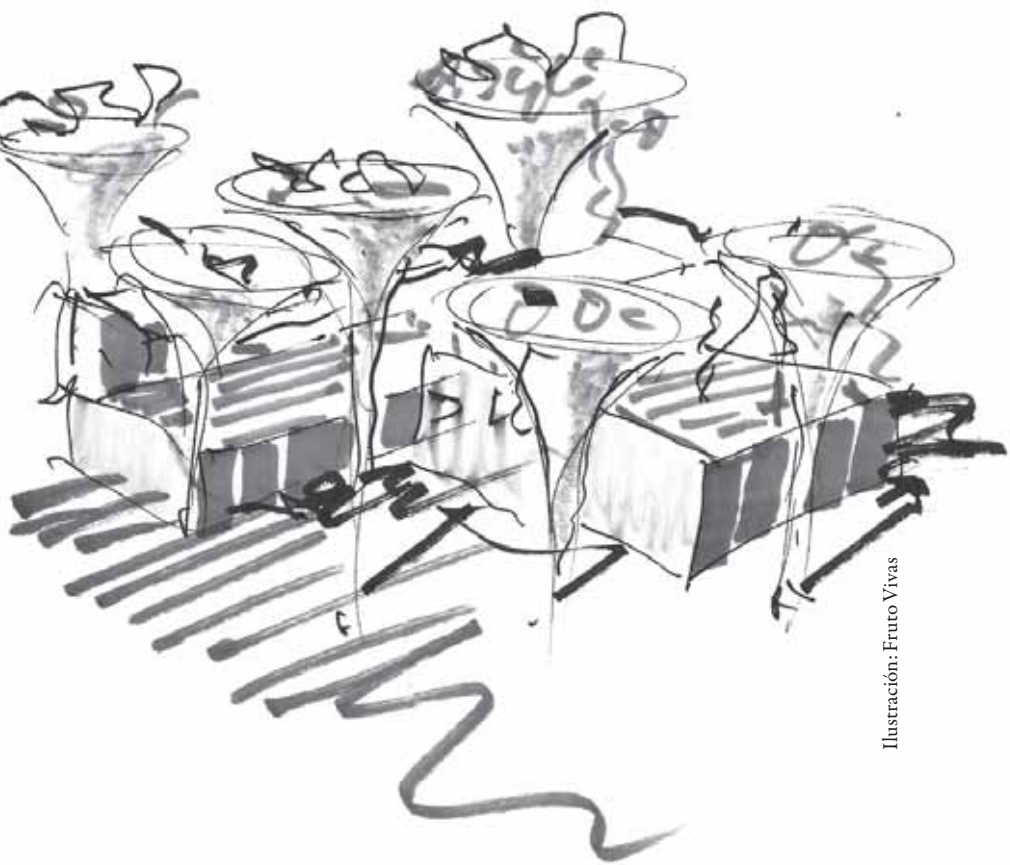


Ilustración: Fruto Vivas

EL MANIFIESTO VERDE

El documento, suscrito por los participantes del Seminario de Ecología Urbana celebrando en Quito propone declarar en emergencia ecológica el planeta Tierra.

Nosotros, amantes empecinados de la naturaleza, luchadores por una alta calidad de vida para todos, reunidos en el Seminario de Ecología Urbana en Quito, Ecuador, el 15 de febrero de 1998, montados sobre los vestigios de los tesoros ancestrales de nuestra cultura milenaria y bajo la majestad sublime del Pichincha, declaramos:

Que dado el deterioro peligroso a que han llegado la mayoría de los ecosistemas de América Latina y de otras regiones del mundo, a causa de la deforestación acelerada de bosques milenarios para beneficio de poderosos grupos económicos que exportan a países donde los árboles son sagrados como Estados Unidos, Japón, Francia, Gran Bretaña, países responsables de la deforestación de vastos territorios de Asia, África y América Latina, con la aniquilación de miles de especies vegetales y animales que no volverán a este planeta. Los mismos países superdesarrollados que han comenzado a borrar peligrosamente la capa de ozono, la que atenúa los rayos solares ultravioleta, responsables de las lluvias ácidas, del envenenamiento de los ríos, por la despiadada minería en las selvas tropicales con mercurio y cianuro. Ha comenzado la desertificación masiva de grandes territorios poniendo en peligro el agua dulce del planeta vital para sobrevivir. En consecuencia: en defensa de la vida biológica de la biodiversidad, del derecho al aire puro, del derecho a que puedan vivir nuestras futuras generaciones en un mundo sin polución, en armonía con

una naturaleza en perfecto equilibrio, preservando el clima y evitando la hecatombe que produciría el efecto invernadero, en fin, en defensa de la vida de nosotros mismos, pedimos declarar en emergencia ecológica el planeta Tierra que es el planeta Vida.

Comprometernos todos como sociedad civil en todas nuestras instancias: primero, como seres humanos, parte de los ecosistemas en peligro de muerte, a comenzar la gran batalla planetaria por la recuperación de nuestra biodiversidad y salvar nuestras ciudades.

Luchar por medidas ecológicas para tener un aire limpio en un mundo de árboles, pájaros y mariposas, para tener comida, clima, oxígeno, agua, que no es otra cosa que vida.

Pedir a todas las universidades institucionales, a todas las organizaciones del pueblo, incrementar la enseñanza de la ecología, incentivar el amor a la vida, a todo lo creado para la felicidad humana, condenar las armas de destrucción, luchar por la paz.

Desarrollar la ecotecnología, la tecnología de lo necesario, aprender de nuestras culturas ancestrales milenarias las grandes lecciones ecológicas subyacentes en los pueblos aborígenes del mundo. Convertirnos en misioneros todos de la ecoesperanza. No olvidar que por ahora estamos trágicamente solos en el Universo, como dijera el gran ecólogo ecuatoriano Arturo Eichler: o salvamos los árboles y vivimos con ellos o desaparecemos del universo.

Manifiesto aprobado por el Seminario de Ecología Urbana
celebrado en Quito del 9 al 12 de febrero de 1998,
presentado por Fruto Vivas

POREL AMBIENTE, POR LA VIDA

Para hablar del ambiente, que es lo mismo que hablar de la vida, del mundo biológico en general, debemos ubicarnos en el espacio galáctico en que nos encontramos, en la Vía Láctea, formada por millones de soles como el nuestro, en un universo lleno de millones de galaxias, millones de ellas aún desconocidas en la infinitud del espacio Interestelar y una estrella de esas, nuestro Sol con una docena de planetas, cometas, asteroides, girando a su alrededor a una distancia de millones de kilómetros de la estrella más cercana que es Alfa Centauro, dentro de una inmensa soledad en el espacio. Allí se encuentra, en uno de esos planetas que giran alrededor del Sol, el tercero, nuestra Tierra, la única con vida en el Sistema Solar, aún sin saber si en los otros planetas alguna vez hubo vida. Con los gigantescos telescopios de hoy se escudriña todo el Universo buscando en la soledad del cosmos un atisbo de vida ya no inteligente, como la nuestra, sino de simple vida.

Hace más de veinte años en un encuentro con uno de los ecólogos más relevantes de América, Arturo Eichler, cuando mi esposa le preguntó si existirían seres como nosotros en el espacio, nos respondió con una sentencia tenebrosa: —Vengo de un congreso en Suecia sobre la vida en el espacio y tengo la impresión de que estamos trágicamente solos en el universo.

Esta dura afirmación de un científico de la talla de Arturo Eichler nos tiene necesariamente que hacer reflexionar sobre la importancia de la vida en nuestro Planeta, sobre la gigantesca responsabilidad de los que estamos aún vivos de sumar todas nuestras voluntades, nuestra pasión,

nuestro corazón para contribuir a salvar todo el mundo biológico, llámese una mosca, una mariposa, o un elefante; debemos comprometernos, no con nosotros sino con la posteridad para evitar el derrumbe de este hermoso Planeta, cuando vemos una orquídea, una bromelia, una azucena, o vemos la inmensidad de lo que queda de la selva amazónica, la maravilla de las aves, un tucán, un pavo real, un avestruz, una guacamaya, y cuando nos vemos a nosotros mismos, a nuestros tatarabuelos, abuelos, nietos, hijos, entender la grandiosidad de la vida, el porqué de nuestra existencia, el maravilloso equilibrio entre el viento, la lluvia, las hojas de los árboles, que ese equilibrio, hace millones de años fue perturbado por un cataclismo y desaparecieron otras especies, dinosaurios, mamuts, etc., diferentes a las de hoy pero en la misma línea de vida. No queremos que suceda otro cataclismo igual, pero lo grave, lo tenebroso es que ese cataclismo no vendrá del espacio exterior sino que lo estamos produciendo nosotros mismos.

El desarrollo acelerado de hoy, las grandes potencias industriales que producen millones de bienes, autos, aviones, rascacielos, tanques de guerra, bombas atómicas, etc., producen también el envenenamiento del Planeta. Felizmente los millones de pobres, hambrientos, desamparados, que son la mayoría de los habitantes de la tierra, no envenenamos el aire ni los ríos, no acabamos con el ozono; tenemos claro quiénes son los responsables del desastre ecológico. En los arsenales atómicos de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Rusia, China, Israel, India y Pakistán, hay suficientes bombas atómicas para destruir trece planetas del tamaño de la Tierra, llenar de radioactividad suficiente como la que conocieron los mártires que inauguraron esta era tenebrosa iniciada por los Estados Unidos contra un pueblo ya rendido, Japón, en la Segunda Guerra Mundial: Hiroshima y Nagasaki. Por esos ciento cincuenta mil muertos quemados por radioactividad, es que debemos alzar nuestra voz y no olvidar que sin bombas atómicas, en el holocausto de las cuatro Guerras Mundiales del siglo pasado que fue el siglo de la muerte, murieron más de cuarenta millones de personas en la Rusia soviética, Alemania, Inglaterra, Francia, España, Italia; y después amargamente Vietnam, Irak, Afganistán, donde no quedó piedra sobre piedra, quedó solo la muerte de todo lo biológico. Los responsables, los autores, están allí intocables; el poder imperial de los

Estados Unidos está intacto, no tocado por la guerra, armado de odio y de armas hasta los dientes. Con esos monstruos vivos el Planeta estaría esperando otro holocausto.

Al adentrarnos en la Venezuela de hoy, en el estado actual de nuestros bosques y todos nuestros recursos naturales, debemos saber que en los últimos cincuenta años, con el desarrollo acelerado de nuestro país por su riqueza petrolera se han deforestado selvas tropicales completas como la de Guasare. En el Zulia, la gran reserva forestal de Ticoporo en el estado Barinas, donde solo queda un diez por ciento de bosques vírgenes. La selva de San Camilo en Táchira y Apure, de Turén en Portuguesa, la de Imataca en el estado Bolívar... ninguna de esas selvas existen, solo quedan los rastros y sobre todo la pérdida del líquido vital que es el agua, todas las cuencas de los ríos han sido salvajemente afectadas. Hay que salvar hoy los Parques Nacionales, como el Henri Pittier, Roraima, Canaima, Paria, Los Andes. Para reponer el agua de los ríos, estamos obligados a hacer gigantescas campañas de reforestación, de educación ambiental, de desarrollo de una cultura ecológica. Que todos los medios de comunicación se aboquen a preservar la vida. Venezuela tuvo ejemplos grandiosos de prohombres que contribuyeron a crear las bases de un pensamiento ecológico, Francisco Tamayo, Henri Pittier, Alfredo Jhan, Arturo Eichler, José Vicente Mora, Agustín Codazzi, Leandro Aristigueta, Francisco De Lacio, Tobías Láser; movimientos ambientales como FORJA con luchadores incansables como José Moya, Aníbal Isturdez, Mercedes Otero; con grupos ambientalistas en todas las universidades y muchísimos científicos, profesores y pueblo incorporados a las campañas ambientales, escuelas, liceos, etc.

Al movimiento ambientalista hay que darle prioridad: la radio, la televisión, la prensa, toda la actividad divulgativa debe formar un gran frente de acción ambientalista.

Que todo preescolar tenga un huerto, que toda casa tenga un huerto, todo liceo, toda institución debe luchar por la autosuficiencia alimentaria de todas las instituciones.

No olvidar a los pioneros: Ofelia Suárez con su plan “Labasura es un tesoro” conmovió a Caracas por sus programas ambientales y educativos de producción de “Compost”, siembra de los cuatro huertos: *El huerto de la alimentación*, las hortalizas, los aves, los peces; *el huerto de la salud*, las plantas medicinales; *el huerto del vestido*, el algodón, el lino; *el huerto de la vivienda*, el bambú, la teca, el mangle.

Es posible estremecer los saberes de nuestra sociedad aprovechando las nuevas organizaciones del Poder Popular, cuya tarea central es asestar un duro golpe a la pobreza, allí es donde prospera la lucha por la defensa del ambiente, por una salud ambiental.

En la lucha contra el dengue y todas las enfermedades tropicales, malaria, fiebre amarilla, hay pioneros como el doctor José Vicente Escorza, biólogo, Premio Nacional de Ciencia, con su programa sobre el uso del azufre en la vivienda: pintar con agua de azufre las casas, agregar azufre al friso, lavar los pisos con agua de azufre y no usar pesticidas que acaban con la plaga. Y con nosotros, el doctor Gabaldón con su gran campaña contra el paludismo.

Quiero concluir proponiendo que se cree la Universidad del Ambiente, que es la universidad de protección de la vida, para lo cual en Barquisimeto se montó el Pabellón Ambiental que se llevó a Alemania: *Una flor de Venezuela para el mundo* para allí hacen funcionar el núcleo matriz de la universidad y que se llame a Leandro Aristigueta, Francisco De Lacio, José Vicente Escorza, a presidir su fundación.

Que se cree una emisora de radio y TV dedicada solo al ambiente. Emular experiencias hermosas como Gaviota de Colombia y Radio Zucatenza, también de Colombia donde los campesinos tienen ya una universidad para la vida.

Y pedir cambiar el nombre del planeta Tierra que es casi todo agua, que es la fuente de la vida, por el nombre real que le corresponde: planeta Vida.

EL HUMO

El azufre: responsable ancestral y popular de la salud ambiental

Para el año 1980 tuve la suerte de conocer las investigaciones realizadas por el biólogo, Premio Nacional de Ciencia, doctor José Vicente Scorza, realizadas por él en la Universidad de los Andes, núcleo Trujillo, sobre los vectores que producen gran parte de las enfermedades tropicales endémicas en Venezuela.

Muchas de estas investigaciones están basadas en el estudio de nuestras culturas ancestrales y nuestras tradiciones populares, de cómo nuestros aborígenes y campesinos enfrentan el sinnúmero de enfermedades endémicas presentes en sus ámbitos ambientales.

Son altamente conocidos los aportes de los epidemiólogos venezolanos en este campo desde el sabio Rafael Rangel. Los resultados sin precedentes en el mundo de las campañas antimaláricas iniciadas por el doctor Gabaldón y en particular por el doctor Félix Pifano y Jacinto Convit, entre otros, nos permitieron conocer todos los vectores responsables de la transmisión del paludismo, el mal de Chagas, la anquilostomiasis, fiebre amarilla, la lepra, la leishmaniasis, etc.

El doctor José Vicente Scorza toma un nuevo camino en su investigación en el que intenta hallar la razón por la cual en las viviendas de las comunidades aborígenes que aún perviven, no están presentes los vectores responsables de la transmisión de las enfermedades tropicales endémicas, y analiza en profundidad el uso del humo en las viviendas.

El primer aporte es que la vivienda aborigen tiene el fuego en el centro casi siempre encendido, ahumando intensamente todos los biomateriales: palma, junco, mangle, bambú, etc. Dichos materiales son previamente ahumados antes de ser colocados en las estructuras de las viviendas, sirviendo de repelente a todos los insectos, del mismo modo que se ahuma la carne, el queso o el pescado.

Es conocido el fuego como elemento ancestral en la vivienda; la palabra hogar es sinónimo de fuego. Este nos permite aislarnos de los animales —pues es el único que coexiste con el hombre—, darnos abrigo y cocer los alimentos.

El incienso, la bosta que usa el llanero para espantar la plaga, los espirales, los palitos de sándalo de India y las fogatas de los excursionistas, son muestras del uso del humo como repelente de insectos y otros animales.

La vivienda española que heredamos no tiene el fuego en el centro como la vivienda ancestral aborigen.

El doctor Félix Pifano, al igual que todos los epidemiólogos, afirma algo cierto en el caso del chipo, vector del mal de Chagas: este se aloja en los huecos de los muros de baharaque de los dormitorios, atacando por la noche a sus habitantes. El doctor Escorza afirma que donde está el fuego no hay insectos, que se debería dormir en la cocina; esta contradicción queda claramente resuelta con la observación de la vivienda aborigen, que al estar toda ahumada, queda protegida de la presencia de insectos perniciosos, por tener el fuego permanente en el centro.

Me tocó corroborar personalmente esta afirmación del doctor Escorza al visitar un asentamiento aborigen contemporáneo realizado en un proyecto denominado “La Conquista del Sur” en el estado Amazonas, en la periferia de Puerto Ayacucho; donde se cometió el más grande irrespeto a las culturas ancestrales al traer constructores y arquitectos, y construir comunidades con viviendas de bloques y piso de concreto, techo de asbesto-cemento, verdaderos hornos y todos sus servicios —letrinas, luz

eléctrica, acueductos—, pero a espaldas de sus habitantes, repitiendo los mismos modelos de viviendas del resto de Venezuela, diseñadas para satisfacer oscuros negocios, independientemente de la calidad de las obras y a espaldas de los usuarios.

Al llegar con el gobernador, un prestigioso sanitarista me dijo con vehemencia: —¡Al Sur del Orinoco no hay chipo! Y yo, repitiendo el discurso del doctor Escorza, le dije: —Al Sur del Orinoco están vivos todos los mismos vectores de las enfermedades tropicales, pero están las culturas ancestrales donde sus viviendas sabiamente construidas no tienen chipo y su diseño es superior a la vivienda rural por su carácter bioclimático, y sus materiales ahumados.

Evidentemente al visitar una comunidad donde en forma absurda mezclaron diferentes etnias —piaroas, yekuanas, pemones—, encontramos que cada una construyó sus habitáculos, solo tres, uno para cada etnia, donde cabían todas las familias conservando sus tradiciones ancestrales y formas diferentes de construcción de sus churuatas, y al preguntarles por qué no vivían en las casas de bloques de cemento, contestaron que daban gracias al Gobierno por las casas, que eran muy buenas para guardar el maíz y la yuca, para corral de cabras y gallinas, pero no para vivir ellos, que sabían hacer sus propias casas.

La segunda observación importante de las investigaciones del doctor Scorza fue la referente al uso del azufre en las comunidades rurales como factor de saneamiento ambiental. Detectó que en una comunidad donde hay un enfermo, se acostumbra a espolvorear azufre alrededor de la cama para garantizar que ningún insecto se le acerque. En consecuencia, con la ayuda de sus alumnos del núcleo de Trujillo, seleccionó una comunidad de casas rurales en una zona donde estaban presentes la enfermedad de Chagas, la leishmaniasis, el paludismo y la fiebre amarilla. Eran casas típicas de muros de bloques, piso de cemento y techos de láminas de asbesto-cemento.

Seleccionó dos viviendas desocupadas y procedió primero a impregnar una de ellas con agua y azufre y luego a infestarlas por igual con huevos de los insectos, vectores responsables de la transmisión de dichas enfermedades. Al cabo de dos meses, los estudiantes revisaron las siembras de huevos en las dos viviendas y se llenaron de sorpresa al ver que en la vivienda impregnada con agua y azufre no había un solo insecto: habían crecido y abandonado la vivienda. La otra la encontraron totalmente invadida. Esto sucedió en 1979-1980.

Inmediatamente pasó una comunicación a la dirección respectiva del Ministerio de Sanidad para aumentar su conocimiento sobre el uso popular del azufre. Fue así como un sanitarista del estado Trujillo, le comunicó que en la comunidad La Cejita, cerca del aeropuerto de Valera, las viviendas construidas en la barranca norte, la gente no aceptaba el “DDT” por ser esa zona la parte sana de La Cejita, y la barranca sur estaba totalmente infectada.

Esta circunstancia llamó la atención a los investigadores, al no poder detectar la razón por la cual era una zona totalmente sana, hasta que un estudiante preguntó que de dónde se extraía el barro con el que estaban hechas las viviendas, a lo cual los habitantes los llevaron a la quebrada de donde procedía el mismo. Al examinarlo se encontraron que era un manantial sulfuroso, corroborando la hipótesis del uso del azufre como factor clave en la salud ambiental.

Desde 1980 el Estado venezolano conoce dicha investigación y siendo el primer productor de azufre en América Latina —ya que nuestro petróleo hay que desulfurarlo para exportarlo—, hasta ahora no ha sido posible lograr la recomendación fundamental que es mezclar la pintura con azufre, agregar azufre al cemento de los bloques y al barro de los adobes o recomendar impregnar las casas con este. El azufre mientras no se queme, es inerte.

Solo el Gobierno de Nicaragua, en 1980, invitó al doctor Scorza a dictar una conferencia sobre el uso del azufre. En este país los vientos sulfurosos de los volcanes crean áreas sanas sin plagas.

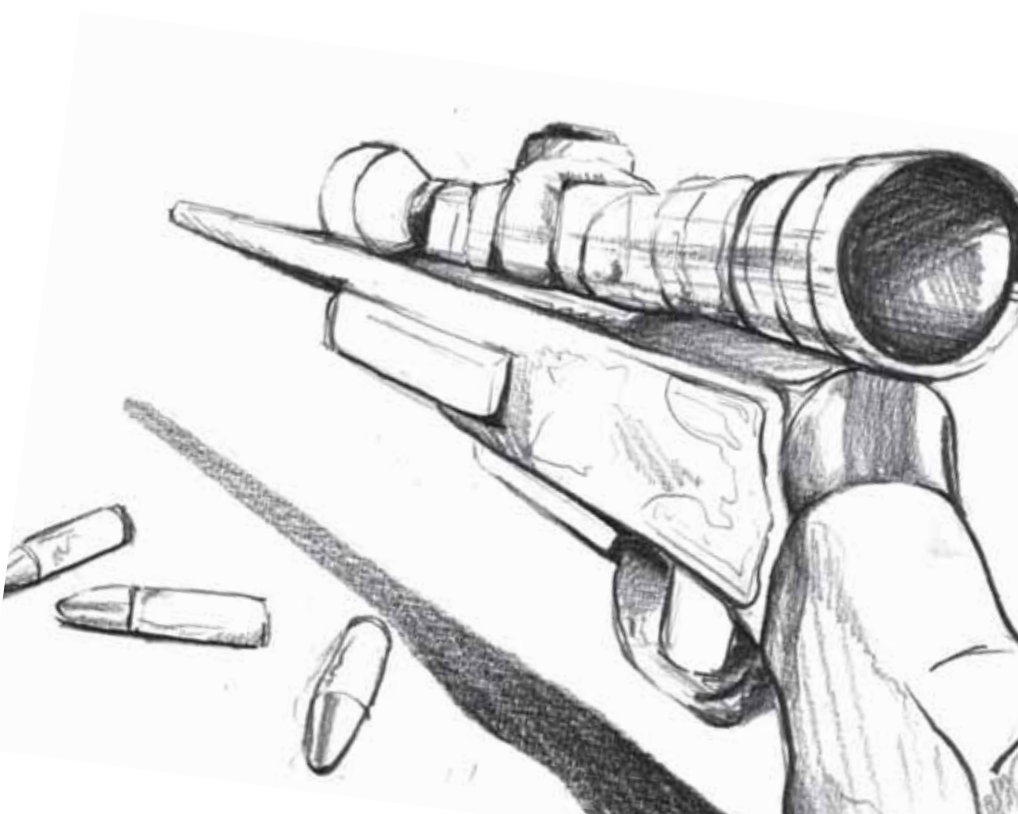
Queremos divulgar a través de los medios estas iniciativas para que sean asumidas por las comunidades.

Se hace necesario retomar nuestros valores ancestrales y tomar aquellas soluciones que sean posibles de aplicar a nuestras necesidades. No olvidemos que la operación de corazón abierto fue posible gracias al curare amazónico, con el cual se hace la tubocurarina que permite paralizar los músculos del corazón para intervenir quirúrgicamente en los trasplantes.

Japón acaba de poner como norma de protección de la madera, la costumbre ancestral de ahumarla para no usar repelentes que dañen la salud del hombre.

El ahumar y el azufrar la vivienda son dos caminos simples para coadyuvar en la salud ambiental sin tener que gastar en pesticidas altamente nocivos que matan la plaga y al hombre por igual.

Reflexiones sobre la guerra



TANTO HORROR Y TANTA MUERTE

Tucupita, Venezuela. 26 de enero de 1991:

De nuevo veo el sol rojo sumergirse en el caño Mánano entre manglares enmarañados que filtran el crepúsculo... más abajo las lágrimas sobre la bora que baja lentamente por el río, del pueblo warao... mimetizado entre la selva esperando la luz de algún relámpago.

De nuevo hoy, cuando la humanidad ve con horror la hecatombe de una nueva guerra donde una gavilla de poderosos acorralan y masacran a un pueblo árabe bajo el mandato insólito de las Naciones Unidas, ¡Oh! barbarie, me parecía imposible que yo fuera a presenciar otra guerra mundial esta vez de todos contra uno, donde brilló en el horizonte, para reivindicar la vida, la estrella solitaria, hoy “solitaria entre comillas”; de Cuba heroica, Yemen y Corea que hablaron por nosotros, que condenaron esta insólita locura de darle todo el poder al Rambo más peligroso de este siglo.

Hacía un tiempo que no lloraba con un dolor tan profundo, lleno de la más grande impotencia: ver a nuestro presidente unirse al coro de asesinos y provocar este holocausto.

Seguiré amando aun con más locura la alegría de vivir; lo que me queda de existencia será para engrandecer lo que quede vivo sobre las cenizas de Bagdad.

Siento que hoy más que nunca le cantaremos a la vida con todo el odio a los causantes de tanto horror y tanta muerte.

SEGUNDA INVASIÓN A IRAK, 1995

Queridos hermanos latinoamericanos:

Hoy cuando de nuevo volvemos con horror a presenciar otro genocidio, hoy a espaldas de Naciones Unidas, por las dos potencias más grandes de la Tierra con garras atómicas acorralando la esperanza, practicando puntería sobre un pueblo inerme que se supone que tiene armas químicas, sin que este les pueda responder, ¡qué cobardía!

Que nunca reciban el castigo sobre sus rascacielos, porque el pueblo norteamericano no tiene la culpa de que su “porno presidente” lance sus armas contra el pueblo para tapar las pantaletas de Mónica Lewinski.

El saber popular



LOS INVENTORES POPULARES

Don Luis Zambrano: el constructor de sueños

Campesino de la región de Bailadores, estado Mérida, Venezuela, con solo cuarto grado de instrucción escolar, dedicó toda su vida al desarrollo e invención de técnicas populares para la vida campesina. Desde muy niño hizo sus primeras turbinas de juguete, después las adaptó para producir electricidad, reciclando chatarra construyó sus primeras micro centrales hidroeléctricas y mucho antes de que llegara a los pueblos de los Andes la electricidad, sus turbinas llevaron la energía hidroeléctrica a los pueblos y las haciendas de la montaña. Muchas de las turbinas diseñadas por don Luis superan en rendimiento las turbinas convencionales conocidas como la Pelton y la Michael Banquis. Muy cerca de Bailadores don Luis montó su taller y durante más de cincuenta años construyó diversas máquinas para el campo, tales como la de procesar el café, con un rendimiento superior a las máquinas del mercado, clasificadoras de ajo, procesadoras de fresa, herramientas para la agricultura, mecánica automotriz, construyó su propio torno mecánico para producir sus máquinas, y desde hace más de cincuenta años, diseñó y construyó el prototipo de un motor de explosión rotatorio bautizado como el Turbosam, el cual probó con gran éxito. Un motor de solo veintitres piezas para doscientos caballos de fuerza. Diseñó un dispositivo para utilizar el gas metano producto de un *bio digestor* hecho por él, en motores de automóviles. Su trapiche que era movido por energía hidráulica y al ver disminuido el caudal para mover las máquinas inventó una válvula para poder usar el gas metano y decía con orgullo, que los carros se moverían con el excremento que tenemos en la barriga.

Le fue conferido a sus ochenta años, junto al científico Jacinto Convit el Premio Nacional de Ciencia, el máximo galardón científico que otorga el Estado venezolano. La Universidad de Los Andes le confirió el título de doctor honoris causa, para el cual tuve el honor de ser orador de orden. El primer doctor en Venezuela con tan solo cuarto grado de Instrucción.

Don Luis Zambrano junto con don Carlos del Pozo son pioneros de la electricidad en Venezuela.

Don Carlos del Pozo fue encontrado por Humboldt en su viaje a Venezuela a principios de 1800 en la ciudad de Calabozo, estado Guárico, hizo las primeras máquinas eléctricas mucho antes que Volta y al igual que don Luis era un campesino autodidacta.

En el libro de Humboldt *Viaje a las regiones equinocciales* él le dedica un gran elogio a don Carlos del Pozo como el precursor de la electricidad.

Don Carlos del Pozo tenía tembladores, peces que producen electricidad conectados a dispositivos inventados por él. Esta es una figura importante junto a don Luis Zambrano en el desarrollo de técnicas al alcance del pueblo dentro de la filosofía de la *tecnología de la necesidad*.

EL QUE SABE

Homenaje a la memoria de don Luis Zambrano, campesino andino, inventor, filósofo y doctor honoris causa de la Universidad de los Andes y Premio Nacional de Ciencias. En Mérida vive desde hace años una pareja providencial de investigadores sociales, una psicóloga y un físico y filósofo. Sus nombres: María del Pilar Quintero y Plinio Negrete.

En un viaje a Mérida, Plinio Negrete, que es profesor de física de la Universidad de los Andes, me pide que le ayude en una conferencia sobre física, vista por un arquitecto a sus alumnos. Yo le respondo que la clase no se la voy a dar yo, sino los campesinos de un caserío de Bailadores, estado Mérida, que se llama Las Tapias.

Fue así como un domingo lleno de la luz maravillosa de la montaña, llenamos cuatro autobuses de la ULA, estudiantes y profesores, y nos dirigimos a Las Tapias.

Yo, años antes, cuando diseñé el centro de acopio de una cooperativa de campesinos en Bailadores, fui a la finca de su director para visitarlo y me mostró con orgullo una escopeta de dos cañones, una excelente factura, y me dijo: —¿De dónde es esa escopeta? Como no tenía ninguna marca, lo más que le dije fue que era colombiana o brasilera. —Pues no, vamos y lo llevo para que conozca al artesano campesino que la hace, el viejo Velandia. Así conocí Las Tapias y fue así como llevé a la universidad con sus estudiantes a ese centro de tecnología y saberes populares con raíces ancestrales españolas y propias de los campesinos.

Llegar a Las Tapias era una odisea, ir por un camino colonial entre piedra y barriales, y encontrarnos con un centro insólito de máquinas hechas por los campesinos, funcionando, produciendo electricidad por ingeniosas turbinas hidráulicas, aserrando, cepillando y cortando maderas en máquinas rústicas de su propia fabricación, un molino de trigo de más de cuatrocientos años de existencia con una gran piedra circular girando, y encima una tolva llena de granos de trigo y debajo una turbina hidráulica de alta perfección movida por una caída de agua.

Vamos a hacer el recorrido con los estudiantes para cada uno de los artilugios mecánicos, comenzaremos con nuestra llegada al encuentro con el “viejo Velandia” y la señora Velandia. Ella ofreció a todos una taza de café en el patio de su casa-taller y todos nos reunimos a aprovechar el calor del sol. De pronto la psicóloga, María del Pilar Quintero, le dice a la señora Velandia: —Qué delicioso es el perfume que irradian todas las flores. Para lo cual ella le contesta: —Entonces métanse todos pa dentro que va a llover. Y luego, cuando viene el chaparrón, María del Pilar le pregunta con gran curiosidad: —¿Y cómo supo usted que iba a llover? Entonces vino la sabia respuesta del saber popular: —Bueno, ustedes no son leídos y preparados en la universidad, ¿ustedes no saben que cuando las plantas emanan perfume es porque va a llover?

Evidentemente el cambio de presión producto de la lluvia hace que las plantas exhalen perfume, así comenzaron las grandes lecciones de aquel histórico viaje a Las Tapias.

Cuando entramos a la carpintería de Baudilio Velandia, otro de los grandes artesanos, nos encontramos con cuatro máquinas movidas por una pequeña turbina hidráulica, con una tubería de solo 2 pulgadas de diámetro y la turbina de 25 cm. de diámetro, con una caída de agua de 40 m., moviendo por poleas todas las máquinas, parecía el taller de Leonardo Da Vinci. El torno o la sierra parecían máquinas de sencilla fabricación, pero la cepilladora realmente estaba llena de gran ingenio, al ver el cepillo giratorio con cuatro machetes afilados incrustados en canales del eje, que era de aluminio con sus tornillos para apretar las bandas de

acero (machetes afilados), le preguntamos si alguna vez habían visto una cepilladora. Nos dijo: —Pues no, así no las enseñó hacer Dios. Y toda su sabiduría fue atribuida al creador.

Al llegar al molino de trigo y ver la calidad de harina que molía, vino la pregunta de ley: ¿quién hizo la turbina movida por el agua?

—Bueno, las primeras que habían de tiempos inmemoriales eran paletas de madera, como esta ya gastada que ustedes están viendo, entonces vino el *viejo que sabe*, cogió las turbinas gastadas y las copió igualitas pero gastadas, y las hizo de aluminio. Esas son las que mueven el molino y no se gastan porque ya están gastadas.

— Y, ¿dónde está el viejito que sabe?

— Está mas abajo de Bailadores, donde hay una capillita por ahí sube y se va encontrar con gran taller, unos tornos y un trapiche.

Y así, con esa romería de jóvenes estudiantes, nos fuimos al caserío de San Pablo a encontrarnos *con el que sabe*, que no era otro que don Luis Zambrano.

Ya antes habíamos estado con el viejo Velandia viendo la razón por la que yo conocía Las Tapias a través de un fabricante de escopetas. Nos mostró todos los tipos de escopetas que él hacía, y era tiempo pasado. Cuenta Velandia que cuando vino la Guardia Nacional para que yo le reparara una ametralladora, le hice una mejor a la que le reparé y se la regalé, y el precio que me pagó es que por órdenes del Gobierno me prohibieron hacer armas.

El taller de su casa tenía una pequeña fragua donde él fundía hierro en pequeña escala, un taladro inercial inglés de 1850 que taladraba una pulgada sin electricidad moviendo un volante inercial de 20 cm. de hierro; taladro que no existe en el mercado. Cuando le hablé de los taladros populares de los campesinos de las montañas que hacen machetes

y herramientas con una piedra redonda de volante, sacó uno que tenía y delante de un ministro de Ciencia y Tecnología, doctor Carbonel, perforó una lámina de acero con taladro de 5 mm. Ese día le fue concedido el Premio Nacional de Tecnología Popular.

El taller de don Luis Zambrano... el que sabe

Llegamos al taller de don Luis Zambrano, él pegado en torno movido por agua y con el orgullo de haberlo fabricado totalmente; muchas de las anécdotas que contaré sucedieron en fechas distintas, pero forman parte del acopio de todos los sabios aportes hechos a la tecnología por don Luis Zambrano.

Cuando cumplió ochenta años, la Universidad de los Andes con Plinio Negrete y el geofísico Raúl Esteves, organizaron un enorme agasajo con títeres, cantores, etc., y un regalo: una microcomputadora. Cuando todos llegamos al enorme centro de tecnología a conversar con don Luis, no podíamos hablar porque el ruido enorme de un motor diesel que movía el trapiche, no nos permitía oírnos. Raúl Estévez le pidió que apagara el motor y don Luis le dijo:

—Ustedes me trajeron una computadora de regalo y yo les tengo un motor funcionando con mierda. También de regalo, para lograr la independencia de Venezuela, el gas que calienta, la comida, nos hace hielo, en la nevera, nos muele la caña y nos mueve los carros, ese es nuestro petróleo que llevamos en la barriga.

Y nos mostró un *bio digestor* de gas metano conectado a una tripa de camión que tenía sacos de cemento arriba para impulsar el gas. Lo trascendente de este aporte era la válvula inventada por don Luis para pasar de diesel a gas metano y la tenía conectada a su camioneta. Al preguntarle si alguna vez había visto un *bio digestor* de gas metano, nos respondió que no, y con un chiste que tal vez no sucedió, nos dijo:

—Yo supe que los peos prendían; el día que mi compadre me llegó todo chamuscado de un incendio y me dijo, anoche llegué del potrero lleno de garrapatas y le dije a mi mujer que con una vela y la esperma caliente me las quemara, y al llegar al fondillo se me fue un tiro y se me prendió la sábana y aquí estoy chamuscao. Así conocí el gas metano y descubrí que podemos mover los motores con mierda.

Entre los inventos de don Luis hay uno muy singular: la máquina peladora de fresas. Un agricultor de fresas le pidió una máquina para quitar el cogollo a las fresas porque él fue a los Estados Unidos a comprar una y allá las fresas al madurar pierden el cogollo y aquí tengo una gran cantidad de muchachos pelando fresas a mano.

Don Luis le respondió como si ya supiera cómo iba a ser la máquina y le dijo: —Yo le hago la peladora de fresas, pero le voy a hacer solo medio invento, la otra mitad del invento es suyo. Y así comenzó a construir la máquina.

Hizo dos cilindros de largo variable, de 20 cm. de diámetro, con muchos huecos del tamaño de un cogollo de fresa, y los colocó uno dentro de otro para que giraran los dos, cada uno en un sentido. Dentro colocó un cepillo hecho de alambre similar al de lavar teteros, y lo hizo girar dentro de los cilindros. Colocó una tolva para alimentar los cilindros que estaban inclinados y fue metiendo fresas, primero una para ver cuando al entrar el cogollo en los huecos se caía el cogollo de esta manera y por cálculo intuitivo de probabilidad dedujo que con un metro veinte de largo todos los cogollos eran cortados. La probó, llamó al agricultor y le dijo: —Usted mete por aquí las fresas y por aquí le salen peladas. Y este contestó: —No puede ser, don Luis, lo que voy a tener es mazamorra de fresas. Don Luis, muerto de la risa, le dijo: —Eso es verdad, le dije que era medio invento y la otra mitad del invento es suya: tráigamelas congeladas y se las pelo todas.

Ese es don Luis, el inventor. Otra máquina ingeniosa fue la clasificadora de ajos de la cooperativa de Bailadores, primera productora de ajos del país. Le pidió a don Luis el diseño de una clasificadora de ajos que consistía

en tres cribas (cedazos) de malla, colocadas una arriba de otra en orden de ajitos pequeños abajo, ajos medianos en el medio y ajos grandes arriba. Colocadas las cribas inclinadas, con un motor vibratorio que las movía y en tres sacos por separado, iban cayendo los ajos. Máquina de un gran simplicidad e ingenio.

El aporte más importante de don Luis fueron las turbinas hidráulicas diseñadas y construidas por él. De niño cogía una naranja, la atravesaba con un palo, la ponía en dos horquetas y le ponía palitos alrededor. Sus turbinas fueron probadas en los laboratorios hidráulicos de la Universidad de Los Andes, demostrando que las de él superaban en rendimiento a las turbinas industriales. Un día que vamos al taller de San Pablo, don Luis muestra una linterna movida por un motor de bicicleta conectada a una manguera para regar el jardín, y muerto de la risa nos dijo: —Esa es mi manguera para regar el jardín de noche. Pero el invento central de la vida de don Luis es el “Turbozam”, motor de explosión diseñado durante más de veinte años cuando aparece el motor americano Wanquel. Ya había inventado un motor rotatorio de una sola bujía, yo lo bauticé como una ametralladora redonda que se iba pegando los tiros ella misma.

El motor era de veintitrés piezas con dos masas rotatorias, una con un eje y la otra libre que al estallar la gasolina hacía girar y la golpeaba contra la pieza fija. Tenía un volante y el diámetro del motor era de 20 cm. para trescientos caballos de fuerza.

Cuando don Luis construyó el primer prototipo, lo hizo funcionar sin lubricante. Él, al preguntarle que por qué sin lubricante, nos dijo que para ver por dónde se va a romper, el llevó su motor hasta la máxima fatiga. Supo las partes débiles del mismo, le fue copiado por un farsante y mandado a Japón donde aparece referenciado con otro nombre.

Don Luis nunca tuvo apoyo de algún Gobierno de turno, le dio electricidad a muchos pueblos de los Andes, haciendas y fábricas. En el pueblo de Piñango y en los del Sur aún hay turbinas funcionando. Voy a reportar una experiencia importante de don Luis. Cuando por vez primera lo

llamaron para hacer una turbina para el pueblo de Gaviria, en el estado Mérida, en pleno páramo, fue con los ingenieros del Ministerio a medir el caudal para hacer la turbina y él apuntó que esa quebrada tenía 40 lts. por segundo de caudal. El ingeniero le dijo: —¿Y cómo la calculó tan rápido? Yo no necesito medir nada, con la vista me basta. Los ingenieros midieron el caudal y eran 40 lts. por segundo. Le pidieron que le mostrara una funcionando y los llevó a una hacienda donde comprobaron la calidad de las turbinas de don Luis.

Don Luis fue invitado por Enelbar, empresa que surte la energía eléctrica de Barquisimeto, que tenía los tornos de mayor calidad. Don Luis se enamoró de un torno de la empresa Malara. En un gesto insólito le preguntó dónde tenía su taller, el caserío de San Pablo en Bailadores. Regresó a su pueblo con un torno nuevo, regalo de la empresa. Lo único conquistado por don Luis, son los tornos hechos por él.

La anécdota final de este genio soñador de la montaña fue un día que llegamos a su casa y don Luis había perdido una mano con una turbina de un ventilador, le habían regalado en Barquisimeto una prótesis para suplir su mano derecha. Él transformó la prótesis en un portaherramientas, es decir, volvió su mano una herramienta. Cuando llegamos, lo encontramos montado arriba de la turbina que le había quitado la mano como un niño, dando vueltas en la casa diciendo: —¡Acabo de inventar el motor sin ruedas! Un perro al pasar por la orilla de la turbina, la puso boca abajo, ella empezó a rodar por la casa y don Luis se le montó arriba, esas naves existen movidas por el aire. Aquí se muestra otra vez su genio creador.

Cuando en el taller le preguntamos a don Luis cómo hacía las piezas del torno, con tal precisión nos dijo: —Esa se las dejo al numerito. —¿Cuál numerito? —Bueno yo cogí una rueda de un metro, le medí la circunferencia y me dio 3,14, eso se llama Pi. —Don Luis pero ese es el número más largo. —A mí no me hacen falta esos números porque eso se lleva el grueso de la segueta.

DON VICENTE ZAMBRANO CONSTRUCTOR DE AVIONES EN LA MONTAÑA

Si pregunta, no hay respuesta

Entre los grandes amigos de Aquiles Nazoa estaba Aureliano González: periodista, escritor, autodidacta, además una de las más brillantes venas humorísticas de la Caracas de los años 50.

Aureliano, por allá por los años 80, me pidió que le hiciera una casa en Boconó y durante la construcción de la casa me dijo que iba a crear la “avanzada cultural de la vivienda”, un taller-escuela para hacerles casas a los campesinos en Boconó, estado Trujillo, y esto coincidió con la gran inundación del valle de Boconó en 1980.

Al enterarnos del desastre un grupo de profesores de la facultad de Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela, organizamos brigadas solidarias para viajar a Boconó y convocamos a todas las facultades de Arquitectura de las demás universidades del país y constituimos la “avanzada cultural de la vivienda”, bajo la dirección de Aureliano González.

Los primeros brigadistas del centro del país nos reunimos en Barquisimeto para hacer una práctica de tres días en mi taller de construcción de viviendas, queríamos que los estudiantes supieran manejar un pico, una pala, un soldador, hacer una mezcla de concreto, etc., puesto que las escuelas de arquitectura no tienen talleres para prácticas de construcción.

Solo contaré una anécdota muy aleccionadora del día en que todos llegamos al taller. Hacía calor y fue necesario mandar a comprar refrescos para todos. Cuando los trajeron, les dije a los jóvenes que para poder tomarlos había que hacer el destapador de las botellas. Todos, sin excepción, sacaron sus carpetas y sus lápices para diseñar sus destapadores, en el taller había todas las herramientas para fabricarlos. Les dije que los cuatro obreros de la planta también iban a competir en la construcción de los mismos.

Para sorpresa de los estudiantes el primer obrero buscó un clavo en la pared y destapó su refresco, otro puso la botella en el borde de la mesa y abrió el suyo, el siguiente puso su refresco en la hebilla de su correa y destapó su botella y el último se la puso en los dientes y la destapó, cuatro destapadores distintos y ningún estudiante, ninguno había dibujado el suyo.

Esta fue la primera lección recibida por aquellos aprendices de constructores. Nos citamos todas las brigadas en el pueblo Flor de Patria, en Trujillo, para llegar en una sola caravana en medio de la lluvia. Así entramos en Boconó, a encontrarnos con Aureliano González, nuestro director. Nos llevó a una posada campesina llamada “Tiscachic”, que en lengua timotocuica quiere decir: Todos somos hermanos.

Allí hicimos la primera asamblea y le dijimos a todos los brigadistas que no sabíamos lo que nos íbamos a encontrar en medio del desastre y que hiciéramos una colecta para poder comer. Una socióloga, Belkis Oviol, se ofreció para manejar los recursos y dijo que todo el mundo echase lo que quisiera o lo que pudiera en el bolso, pero todos comerían igual. Primer acto de solidaridad colectiva entre los estudiantes muy pobres. Así llegamos a la primera comunidad a construir con perfiles metálicos y techo de acerolit las primeras casas, en total treinta y cinco, en quince días de trabajo, solo el esqueleto, las fundaciones, el piso y el techo. Era curioso: las casas venían del diseño de Alemania, pero las hicimos.

Todo fue realizado conjuntamente con los campesinos que perdieron sus viviendas. El grado de compañerismo estaba expresado en

ejemplos como este: cuando regresábamos de la montaña cansados y exhaustos, caminábamos sobre el río, y Belkis, la socióloga, gritó: —Vamos a bañarnos. Sin pensarlo se quedó en pantaletas y sostén, y se tiro al río. Inmediatamente toda la brigada se desnudó y en paños menores disfrutamos del agua helada de la montaña.

Aureliano organizó a todos los niños campesinos y creó la brigada de constructores infantiles que él dirigía, para pintar todas las piezas metálicas de las casas. Cuando llegó el domingo, al levantarnos, Aureliano nos reunió y nos dijo: —Hoy no trabajaremos, les tengo una sorpresa. Nos vamos toda la caravana para aquella montaña para que conozcan un inventor que está metido en el corazón de la selva.

Llegamos después de subir por caminos infames a un taller de techo de zinc con un letrero afuera que decía: —Taller mecánico, no se hacen trabajos particulares. —Entonces, ¿para quién trabaja?, preguntaron los estudiantes. Al abrir la puerta del taller, nos encontramos con un señor mayor y un niño trabajando. Él se nos presentó diciendo: —Vicente Zambrano pa servirles. Y adentro, aún sin terminar, vimos el esqueleto casi listo de un helicóptero. La sorpresa fue extraordinaria para todos al ver en plena montaña un mecánico campesino construyendo un helicóptero colgado del techo. En una tabla, una sentencia: —Si pregunta, no hay respuesta.

Aureliano nos presentó como una brigada solidaria con el desastre, y don Vicente, lleno de una gran emoción y un inmenso deseo de comunicar todos sus sueños, comenzó a relatar por qué estaba haciendo un helicóptero.

Nos dijo:

— Lo primero que yo hice fue un avión que voló muy bien y cuando me vine para la finca en la montaña, como la carretera es tan mala, decidí hacer mi helicóptero para bajar al pueblo y llevar a misa a mi mujer y a mi hijo.

— Es decir que usted no hace aviones y helicópteros para venderlos.

— No, yo no vine aquí a hacerme rico, yo vine aquí a disfrutar de mi vida. Me busqué una mujercita, y le dije, si usted hace un adobe y yo otro, nos casamos y hacemos la casa. Y fue así como nos juntamos y todos los días nos levantamos a las cuatro de la mañana con el hijo a hacer pan que vendemos a las escuelas del campo. A las ocho de la mañana ya estamos desocupados y mi mujer se va con sus comadres, y yo me voy con el hijo al taller a construir lo que me da la gana.

— Bueno, don Vicente, y díganos cómo hizo su avión.

— Y yo soy mecánico y no sabía nada de aviones, busqué toda la información que pude y decidí aquí en Boconó hacer un avión, ya que en Venezuela nadie que yo sepa había construido uno. Me busqué un motorcito Volkswagen que no usaba agua, allá por los años cuarenta, y con aluminio fabriqué la cabina y las alas, y con los campesinos de la parte alta de Boconó, en un campo vacío, lo limpiamos, lo alargamos y fabricamos la pista para despegar. El avión lo volé sobre los barrios de Boconó y, cuando quise aterrizar, el avión se me enredó en un árbol y no me pasó nada a mí. Recogí los restos del avión, lo armé de nuevo y lo guardé aquí en la montaña muchos años. Después, siendo ministro de la Defensa, el general Paredes Bello me mandó aquí a la montaña una comisión para saber si era verdad que aquí se había construido un avión que había volado.

Cuando la comisión vio el avión listo para volar, le preguntó a don Vicente que cuánto pedía por el avión, y él respondió:

— El Ministerio de la Defensa no tiene toda la plata que me tiene que pagar porque ese avión, es mi vida, y la vida de un hombre no tiene precio.

— Entonces, ¿qué le decimos al general?

— Dígale que como el Ministerio no tiene toda la plata que cuesta el avión, que se lo regalo, que es un regalo a mi país.

La comisión le comunicó a don Vicente que si el avión no vuela, ellos no se lo llevan, porque no quieren maquetas.

– Dígale al general que yo le vuelo el avión en sus narices.

A los pocos días llegó un transporte y llevaron el avión con las alas plegadas al aeropuerto de Maracay, y fue así como un piloto experimentado de la aviación venezolana voló el avión ante la presencia incrédula de miles de espectadores. Le hizo un récord de treinta y seis horas de vuelo, y hoy el avión de don Vicente Zambrano está en el Museo de la Aviación, en Maracay, como el primer avión hecho en Venezuela por un mecánico campesino de la montaña.

El primer día que don Vicente probó el helicóptero, este se elevó y se pegó contra el techo del taller y la cabina se quedó dando vueltas con las hélices pegadas al zinc. Un compadre le dijo: —Vicente, apaga esa vaina. Y él le contestó: —Carajo, déjeme, ¿no ve que estoy volando el helicóptero de don Vicente? Voló perfectamente y está expuesto hoy en el patio del Museo de Los Clavos, en Boconó.

Esta crónica, unida a la de don Luis Zambrano, nos muestra la capacidad de nuestro pueblo, donde ninguno de los dos personajes inventó sueños para enriquecerse, sino para servir con pasión a su pueblo.

SERGIO BARONI

UN PLANIFICADOR DE UN MUNDO NUEVO

(Caracas, 12 de noviembre de 2002)

Conocí a Sergio como alumno brillante del taller ocho en el primer año de sus estudios de arquitectura de la Universidad Central de Venezuela en Caracas.

El primer problema que resolvió al entrar a mi cátedra fue de una estructura con sorbetes de papel encerado, realizada con solo tres sorbetes (pitillos para tomar refrescos) para soportar el peso de un ladrillo de arcilla. Quedando en primer lugar, compartimos con profesores de Italia, Vittorio Garatti y Gotardi; de España, Joaquín Rallo, y de Cuba, Ricardo Porro. Coincidíamos en el tiempo con la gesta heroica de Cuba en 1959. Todos los nombrados, incluyendo a Sergio, volaron a incorporarse a la Revolución naciente, de último Ricardo Porro.

Me reencuentro con todo este plantel de *arquitectos de la esperanza* en Cuba, en 1965, cuando por tres años me incorporo a la Revolución al frente del taller de técnicas constructivas del Centro de Investigaciones del Ministerio de la Construcción en La Habana, Cuba.

Para ese entonces Sergio ha concluido sus estudios de arquitectura y junto con Hugo Da Costa y Vittorio Garatti, entre otros, gana el concurso para la construcción del pabellón de Cuba en la Exposición Mundial de Montreal, Canadá, y entra de lleno a trabajar en los planes fundamentales para la planificación del territorio.

Y es allí donde deja su vitalidad creadora, todo su entusiasmo delirante de un italo-venezolano-cubano, dejando plasmada su obra en vastos programas de ordenamiento urbano y territorial que son sus obras fundamentales.

Se integra en forma militante y total a la Revolución asediada por las hordas contrarrevolucionarias, financiadas por el Pentágono. Adquiere la ciudadanía cubana.

Formamos en 1966 una brigada comunista de trabajo voluntario junto a Garatti, Rallo Gotardi, Mario Coyula y en una hermosa gesta titánica trabajando de noche, construimos cuarenta y tres círculos infantiles para atender a niños de madres trabajadoras. En tan solo un mes, usando el trabajo voluntario de las madres y los niños en los barrios humildes de La Habana.

Para ese entonces se había creado el Ejército de los Constructores para realizar en tiempo extra la autoconstrucción de viviendas, fue así como Sergio fue constructor de su propio edificio donde pasó casi todos los últimos años; un conjunto de viviendas experimentales denominado “Sistema LH”, diseñado y producido en equipo en la planta experimental del Centro de Investigaciones.

Cuando regreso a Cuba de visita, años después, Sergio y Eneide me reciben. La casa de Sergio siempre fue como mía; el pago de alquiler era una botella de Ron Pampero Aniversario en su estuche de cuero, que Eneide coleccionó con cariño.

Sergio se doctora como planificador y pasa a cumplir tareas internacionales como asesor en planificación y conferencista en múltiples eventos.

Completo mis encuentros con Sergio cuando él como asesor del Ministerio de Planificación en Venezuela es nombrado parte del equipo para el proyecto de Eco Desarrollo del Eje Norte de Los Llanos, del cual

soy su director junto a un plantel multidisciplinario de expertos planificadores, trabajando conmigo en equipo, aportando valiosas ideas para planes de ordenamiento territorial. Regresa a Cuba para quedarse para siempre en la tierra prometida donde dejó todos sus sueños.

Hoy se hace necesario y obligatorio recoger sus memorias, atesorar toda su producción intelectual, de un hombre cabal que fue consecuente hasta la última hora con la Cuba heroica, con la Cuba de siempre.

Caracas, 12 de diciembre de 2002:

Eneide:

No tengo palabras para poder hablar de Sergio, fuimos y somos hermanos.

Compartimos sueños hermosos y los vimos realizados.

Dejamos un mundo inconcluso donde está inmerso nuestro compromiso de siempre.

Te digo como le dijo don Simón Rodríguez a Manuela Sáenz en Paita después de la muerte de Bolívar: “Me voy Manuela porque dos soledades no pueden estar juntas.”

Con todo mi amor para ti y para Sergio.

LUTECIA

Sí, Lutecia. ¿Hoy siento unas horribles ganas de vivir? ¡Sí, ganas de vivir!

Hoy llegaste a mi mente mientras yo tarareaba plácidamente una melodía de Albéniz y tú, en una ventana de la esquina de Balconcito con tus crinejas negras con dos lazos azules, me mirabas con tus ojos verdes bajo tu piel morena.

¡Oí sonar la campana del tranvía y te dejé con una tímida sonrisa escondida indescifrable!

Tenía yo quince años, iba para la escuela, no sabía quién eras. Quién era esa figura misteriosa que todas las tardes se asomaba, sin hablar, escondida en la magia de un encantamiento.

Así... así... muchas tardes más ta, tarararara, ta, tatratatatata, tarará, tarará... tarárara.

Quién era esa mujer, quién era. Unos cuarenta años más tarde bajando las escaleras del Museo de Bellas Artes de Caracas, en una bella exposición de Gladys Meneses dedicada al Delta del Orinoco, alguien me susurró al oído por la espalda aquella misma melodía, la misma que yo silbaba al pie de una ventana de La Pastora donde una morena de ojos verdes me miraba al pasar: —¡Dándome un beso me dijiste que soy yo a quien tú le silbabas esa melodía! ¡Yo soy Lutecia Adam! Ahora entiendes más aún por qué hoy tengo unas horribles ganas de vivir, ¡sí, *de vivir*!

Estabas allí viendo tu Delta en la locura maravillosa de una gran artista, entre remolinos y agua fuertes, el Delta que te vio crecer, nacida en Paria —Irapa—, entre manglares y corocoras rojas, entre guaraos y cayucos.

Te hiciste misionera autodidacta de cursos para la salud. Mavesa te abrió las puertas y recorriste Venezuela enseñándonos a tener una alimentación sana, libre de todo el veneno que nos llega en las latas.

Contigo conocimos el amaranto de los aztecas que los campesinos llaman Bledo y Pira. Las tres especies que juntas devuelven el nitrógeno a la Tierra y que son especies autóctonas de América: el maíz, el frijol y la auyama. Retomaste todo el saber popular para volver al casabe, el papelón, la artemisa, la sábila, la hierba luisa, el llantén, la verdolaga, la ruda, etc.

Has hecho de los saberes ancestrales todo un emporio de conocimiento aplicado a nuestra realidad. Tu cuerpo mismo se convirtió en laboratorio para vencer los males que te llevaron a California a comprobar lo que tú ya sabías.

Todo lo que ya conocíamos de Keshava Bath se unió a tu plan de salud y nacieron los más hermosos manuales donde tus hijas le pusieron todo su encanto en los laboratorios de la naturaleza, los textos más valiosos que abren la puerta a nueva educación para la vida.

Tú, pionera de una nueva cultura donde tú misma eres el maravilloso ejemplo. Estamos obligados a crear la Universidad para la Vida, la Universidad Lutecia Adam, con sede en Hato Viejo junto al nido maravilloso donde atesoran todos tus recuerdos, hecho de barro vivo con el encanto de lo que yo llamo la *arquitermura*.

Lutecia, permítenos a todos los que hemos recibido de ti las más sabias lecciones para conocer la alegría de vivir, poderte hacer un homenaje permanente creando desde ya la Universidad para la Vida Lutecia Adam.

AQUILES NAZOA EN EL RINCÓN DE MI MEMORIA

Comenzaremos por Micaela, la madre de Aquiles, cuando una señora que fue vecina de ella en el Guarataro, barrio de Caracas, le dijo con violencia:

—¡Yo le maté el hambre a los Nazoa en el Guarataro!

Y con su voz altiva, Micaela le respondió:

—¡Eso es absolutamente falso porque el hambre de los Nazoa es inmortal!

Estando en el apartamento de Micaela en Propatria, Caracas, tocaron la puerta y se presentó un evangélico y le dijo:

—Señora, vengo a hablar de Cristo.

Y Micaela, furiosa, le respondió:

—Aquí en mi casa no se habla de nadie y menos de ese señor.

Una tarde se le presentó una vecina con un ataque de histeria:

—¡Micaela, quiero gritar! Quiero gritar... no aguanto las ganas de gritar...

Entonces Micaela la llevó al balcón y le dijo:

— ¡Grite carajo, grite!

Y la vecina se esgañitó gritando y así le pasó el ataque.

Las anécdotas innumerables de Aquiles, llenas de un humor sarcástico, las trató de recordar... las que pude compartir con Aquiles.

Un día junto con Antonio Estévez nuestro excelso compositor, le presentaron al doctor Gonzáles Gorronzona, señor de la alta sociedad caraqueña. Antonio lo saludó y le dijo:

—Mucho gusto doctor Gonzáles Gonorra.

Y Aquiles lo corrigió diciendo:

—No, Antonio. Es señor Gonzáles Burrundanga.

Otro día Aquiles llamó a Antonio Estévez para que fuera con él a la plaza de El Silencio, Caracas, para que viera tocar violín a un cieguito por-diosero. Y cuando Antonio oyó tocar al cieguito, le dijo a Aquiles:

—Que cieguito del coño, ese carajo lo que es sordito.

En una conferencia histórica sobre Rómulo Gallegos que se realizaba en un centro cultural que quedaba en la plaza del municipal, al lado del viejo hotel Majestic, allá por los años cuarenta, un joven vestido de sombrero y liqui-liqui blanco interrumpió a los oradores que glorificaban a Rómulo Gallegos y les leyó un soneto publicado en el periódico *La Alborada*, por los años 1920, de Rómulo Gallegos, ensalzando a Gómez. Inmediatamente comparó el estilo de Gallegos con el de Andrés Bello, para afirmar que en las obras del primero se veía al pueblo desde arriba, con cierto desprecio, mientras que el segundo era el mismo pueblo.

Estaba junto a él y recitó: *Píntame angelitos negros*.

Contaba Aquiles una horrenda anécdota cuando él le hablaba a un escritor amigo para contarle la tragedia que había vivido al salir de *El Nacional*, viendo a una pobre señora pidiendo limosna para enterrar su niño muerto que tenía en los brazos, y el pendejo del escritor le contestó:

—¿Tú te refieres al periódico *El Nacional* o al Teatro Nacional?

Una de las anécdotas de mayor ternura y valentía fue cuando al salir del mercado de Quinta Crespo, Caracas, vio que la policía había recogido a los niños que se comían las frutas de la basura y los metieron en una “jaula”. Ya presos, en un descuido del policía de guardia, les abrió la “jaula” y los soltó a todos, encerrándose él con candado. Cuando llegó la policía le preguntaron:

—¿Qué hace usted ahí?

—Yo soy Aquiles Nazoa.

—¡Lléveme preso por comer basura!

Cuenta Aquiles que en uno de esos superbloques de treinta pisos que tienen las ventanas de bloques de concreto, un abuelo le hizo a su nieto su carrito de hilo y el niño echó el papagayo como si fuera una carta en un buzón de correo para ver si volaba. El papagayo se enredó en una gándola que pasaba y se llevó todo el hilo. El niño, que no podía ver su papagayo, gritó lleno de alegría:

—¡Abuelo, abuelo! Mi papagayo está volando.

Y hablando de superbloques, yo le contaba a Aquiles otra anécdota sobre la vida: una amiga querida que nos alojó en su apartamento en

momentos difíciles de nuestra vida, cuando mi esposa Dafne esperaba el parto de mi primera hija y que había sido esposa del doctor Julio Mota.

Cuando estábamos un día jugando con sus dos niños, ellos se paraban con las piernas y los brazos abiertos, y se subían por el marco de la puerta. Entonces, yo le dije a la señora:

—¡Cuidado, que si ese niño se cae se fractura el cóccix y puede quedar lisiado para toda la vida!

Entonces me dijo:

—Déjalos Fruto, que esa es su mata de mango.

Después de oír mis consejos, el niño sacó del bolsillo de su madre una foto de él, y me la dio diciendo:

—De ahora en adelante yo quiero estar siempre contigo.

Y por muchos años esa foto me acompañó, gesto que no puedo olvidar.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
CRÓNICAS DE LA REBELDÍA	27
Mararito. Los primeros pasos de la lucha armada, 1960	29
“Hoy es un día para morir”	33
Julio Verne. Ricardo Gómez...“ El Bobayo”	41
El quinto comunista	47
La media arepa	51
Hombre obrando	53
Zuly: devuelta a la vida	55
Odisea en sol mayor	59
RECORRIENDO AL PAÍS	65
Buscando a Venezuela	67
Rebeldía wayú	71
El milagro	73
Cuándo podré volver a sonreír	77
El samán que se negó a morir	81
Purguey y Tucuyo: dos ciudades perdidas en la selva	83
El niño don Yon	89
REFLEXIONES SOBRE ARQUITECTURA	91
Oscar Niemeyer	93
Carta de la mitad del mundo	95
La arquitectura hecha luz	99
Son tiempos de creación	101
Hacia una arquitectura del compromiso	105

Ha sido vejado el patrimonio cultural de Barquisimeto	115
El rostro agredido de nuestra ciudad	119
Más vale prevenir que lamentar	123
La vivienda como hecho cultural. La casa, objeto de manipulación política	131
Managua y Hanoi: tiempo de reflexión	139
Los procesos de investigación y desarrollo de las tecnologías apropiadas	151
 CRÓNICAS VERDES	 159
El manifiesto verde	161
Por el ambiente, por la vida	163
El humo	167
 REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA	 173
Tanto horror y tanta muerte	175
Segunda invasión a Irak, 1995	177
 EL SABER POPULAR	 179
Los inventores populares	181
El que sabe	183
Don Vicente Zambrano: constructor de aviones en la montaña	191
Sergio Baroni, un planificador de un mundo nuevo	197
Lutecia	201
Aquiles Nazoa en el rincón de mi memoria	203

Edición digital
abril de 2017
Caracas, Venezuela

Fruto Vivas (La Grita, edo. Táchira 1928)

Uno de los más destacados arquitectos venezolanos, por la trascendencia y versatilidad de sus diseños arquitectónicos, mediante los cuales ha contribuido de manera audaz y significativa a la arquitectura contemporánea. *Sus Árboles para vivir*, proponen un novedoso e ingenioso sistema para el rendimiento de los materiales, mediante el cual se obtiene una inigualable armonía con el ambiente. A partir de 1955 inicia una carrera ininterrumpida de éxitos entre los que destacan: el Club Táchira, en Caracas, enmarcado dentro de la llamada arquitectura populista venezolana, el hotel Moruco en Santo Domingo, edo. Mérida, y en 2002 construye el Pabellón de Venezuela para la Exposición Universal de Hannover.

Ha sido nombrado profesor honorario de las Universidades de Los Andes: Centro Occidental Lisandro Alvarado, Santo Domingo, Veracruz y Cuzco. En 1987 recibió el Premio Nacional de Arquitectura de Venezuela.

Como pensador y crítico social, Fruto Vivas es autor de varios artículos, ponencias y libros entre los que destacan: *Reflexiones para un mundo mejor e Ideas para una Caracas posible*.

La presente obra compendia un conjunto de crónicas y artículos escritos durante un largo periplo de su tránsito por una vida plena de vivencias y reflexiones, de gran contenido sensible y revolucionario.



9 789801 437352

